

3474
E863.4
A843m

806
868

José M. Astudillo Ortega
(J. ASTOR)

MORLAGADAS



Cuenca—Ecuador

1941

66

EDITORIAL DE JOSE M. ASTUDILLO REGALADO

Obra editada por
la gentileza del M.
I. Ayuntamiento de
Cuenca

UN MINUTO:

El nombre de «Morlacadas» con que fue presentado éste esbozo novelesco, explica su razón de simple ensayo, que encierra más bien, cuadros de paleta local; de mediocre espíritu populista.

No es una novela. Pero es un afán folklórico; un brote moroso de afecto a las costumbres de la tierra. Hubiérase llamado «Calendario Morlaco» o «paisajes natios».

Lo estimaría como ensayo de aporte a lo vernáculo, a lo nacional en literatura.

Lo forjé hace muchos años, y desempolvándolo, fuése al primer Concurso de carácter novelístico, promovido por el M. I. Concejo de Cuenca. Concurso en el cual, inmerecidamente, obtuvo Primer Premio.

Desde que lo escribí lo dediqué a Cuenca,

y a mis amados padres: Dn. José M. Astudillo Regalado—Decano del periodismo en el Azuay, artista laureado,—y Dña. Rosa Ortega, (Q. E. P. D.) dulce y buena madre, que vive en mi corazón.

J. M. Astudillo Ortega

LAS MERCEDES

Noche la del 23 de setiembre! Bajo el palio estrellado de las vísperas, en el atrio del templo de la Merced agrúpase la «banda del pueblo»—la de los Pases, la de las Misas a tutta orchestra, la que acompaña los santos sacramentos de la Hermandad—la misma banda típica de maestros de esa anónima cofradía de la pobreza que canta... y que sopla...

Faroles a la entrada luce cada tenducho. A sus puertas se exhiben de rato en rato las quinceañeras, por cuya mirada se relamen los afamados jóvenes del día. Cunde el olor de frituras y empanadas, por entre los farolitos que alumbran las repuestas mesas al aire libre.

Destácase la fachada de la Iglesia, como si hubiérase avivado su blancura con la iluminación de las Vísperas, con la profusa luz de los pabellones de faroles alquilados y puestos ahí por los convidados, comedidos y devotos del barrio de la Merced y de Todos—Santos.

La Merced de Cuenca al codearse con las legendarias callejuelas de Todos—Santos, respira aún hálitos de conseja.

Por ahí vagan mozos a lo aptaño; bochincheros que pasean un eterno paletó de innóminada procedencia; un *tapulotodo* que disimula «la falta de camisa y no sobra de chaleco»: Artesanos que trabajan en visperas de festividades para prolongar su tradicional descanso en la «quincena», en la «novená» o hasta en el año corrido de renitente *chuchaque*, abrigado por la solapa y el cuello alzados al primer frío de auroras y de tardes, cuya noción se ha perdido en el sueño diurno de la tambarria; la siesta y el recordarse a no se qué hora y en no sé dónde. . . exhalando un bostezo de «puchos» y peras maduras.

Retumba la banda del pueblo, con acompañamiento de silbos y retozos de granujas, desensartando airecillos cantables, bailables y *tomables*. . . como para dividir el límite de las dos dulías; de puertas adentro, plegarias y devociones; de puertas afuera, ¡gloria, muchachos! ¡música, maestros!

No importa la antigüedad del repertorio, con el mismo que se invita a la función del Circo y se acompaña a la «huahua muerta». Piden música los globos y los cohetes que piruetean y que bailan, en el escenario solemne de la noche.

El bombo ha insinuado el comienzo de cada pieza con los tres apremiantes golpecitos al borde del aro. . . Bajo el cielo jocundo de las visperas, casas de estilo toledano; balcones minúsculos; ventanucos floridos y arcaicos; tapiales en desplome; muros y murallas de factura colonial; somno-

lientos pretiles que se dan la mano; acequias en la media vía. Hornos, tugurios y ambiente chulesco, invitando estaban a la juerga, a la aventura de amor criollo, o al anhelo voluptuoso de confundirse con la enigmática vida del arrabal. . .

Por ahí arrastrábanse esos últimos cabos de cuando:

«Era Cuenca hace dos siglos
un panteón de espadachines,
con sus brujas y vestiglos,
y sus variados jardines».

¡Vestiglos del barrio de las Secretas!, Espadachines y rondas de la *calle larga*. . .

Para la fiesta de las Mercedes acicalábase la guitarra decidora y nocharniega. Aperitivos aromas de hojuelas calientes, risotadas en la panadería del renombre y, canturreo, al principio tímido, y luego, a todo pulmón, de esos *tristes* de la antología regional, mientras el horno acariciaba como una gran estufa casual de amor y campechanería.

Hay animación en la casa de Dña. Mercedes, esposa de D. Francisco Pesántez.

De seguro habrá convite a tamales y buñuelos, no sin que antes se sirva el humeante *canelazo*, a la salud de Mi síá Merceditas.

—Noche de serenatas! conversaban en el salón.

—Tenorios y tenores alzarán el pecho pespunteando la vihuela—seguía el verboso Dn. Panchito:—«como en nuestros tiempos». . .

(Tiempos en los que, junto a las rejas, al pie de las ventanas, debajo de los balcones, o sobre la piedra fría y enserenada indicadora de la puericalle, la serenata fruía su declaratoria).

Refería D. Pancho de sus encontrones con las patrullas y el cruzarse de murguistas, cuando alzaba ese rico pecho el conocido «Tacarango», el «tacacho León—guñaba jacarandoso el viejo su otoñera pata de gallo—a quién pintó el tuerto Calle en sus recuerdos de la añeja provincia.

—Esa voz del Tacacho, modulante, desbordábase, vibraba en lo alto de su corpachón y en lo alto de la noche: crecía... se expandía, oíase en 3 o 4 cuadras... y más de cinco vagos «le hacían la segunda».

Una noche como ésta y de éste balcón de la casa de mi Michi, enfadado su padre por las continuas serenatas que interrumpían su justo sueño, llovió un chubasco de orinales poco cristianos sobre nuestras filarmónicas cabezas... ¿Te acuerdas?

Sonreía ruborizándose la simpática Merceditas; y mi Comandante Pesántez con la «iluminación de toda buena vispera»: seguía interminable:

De la oscuridad salía la voz de la ronda lancera exigiéndonos la *Licencia*, que costaba \$1. 2 sacarla a esas fieras de los Intendentes.

Volaban asustadas las lechuzas; a lo lejos, aullaban conmovidos otros tantos canes, y de no sé dónde, de repente, a nuestros yaravies, unía su rebuzno algún jumento romántico...

—Calla, hombre: ya empezaste con tus cosas...

—Já, já, já! Y el taita Juan Largo parecía un sauce llorón, era buscado para los serenos, con su grupo de músicos de capa y figle, porque todos ocultaban el instrumento bajo la capita.

Y así íbamos, como espectros que resbalan en las tinieblas; materialmente tanteando las pa-

redes; metiendo las manos en las acequias, para ver si íbamos calle arriba o calle abajo. Y así íbamos de puerta, en puerta inquietando a las donosas, a las lechuzas, a los perros...

—Y a los burros, taita Panchito: cuente, cuente...

—¡Viva el recuerdo! ¡Viva mi santa!...

—¿Y quieren saber ustedes de la cuelda de mi viejo? hacíase lenguas mi siá Merceditas.

—Para hoy había reservado el pobre su sorpresa ¡mamitico!

—Ven, acá, Juanito. Ven a que saludes a las niñas...

—Este longuito ha sido el mejor regalo: ¡Pancho de mi vida!

—¿Cómo te llamas? - le asediaron Micaela y Felicia, amigas que vinieran «por la Santa», y para despedirse a una escuela rural, a la que iría Micaela con su nombramiento de Preceptora, acompañándose fraternalmente de Felicia, con la consiguiente pena de Rosaura, bibelot unigénita del tardío enlace de D. Francisco.

—A ver, Juancho, canta lo que cantaste anoche.

El indiecito se sabía al dedillo esa tristísima y monótona cantilena religiosa en quichua: «La Pasión», enseñada en sus Misiones por los severos Redentoristas, y otras cántigas montañesas aprendidas de su padre, allá, a las caídas campestres de sus tardes de Domingo.

—Canta, hombre, lo que sepas...

—A ver, «La Venada»... insinuóle la Patrona dejándolo.

El ¡«Rucu—cuzcungo»!

—«La puerca raspada», dijeron a una, saludando salerosos el Largo Arias y el Coto Beltrán, camaradas de mi Comandante Panchito, tomando asiento en las sillas de vaqueta de la sala de recibo.

Y con expresión vivaz en sus ojos, donde parecía concentrarse el alma de la raza, el indiecito entonaba sus airecillos monorritmicos, melancólicos y acompañados de silbos:

«atatay, nu tingu midu,
atatay, di qui mi matis,
atatay, duña il cochillo,
atatay, miti numaspis».

—«Lástima de mi mulita» . . . «Catachi, viddalla»; coreaba el Largo.

—«Al Baile has venido botando la casa», repetía el Coto.

—«Curiquina», alza la pata . . .

«Subri di cirru vicinu
ya istá chapando la luna . . .
allcu—suirti, mal jurtuna,
tingu que cujir caminu . . .

Mallu, ya huacú cuzcungo,
pripa chinzhi, Mallitu,
¿shungu animal? ¡mapa shungu!
sangulutia diltuditu.

Subri quipi pun chicuti,
il ushutas punirás,
un puñadito di muti,
il pijuano . . . y nada más! (1).

acabando, a todo pulmón, con la fuga del «cachi caldito»:

¿Ay? cachi caldito
mal sazonalito,
con chulla huevito,
con pan de manteca,

Si plata tuviera
huambritas comprara . . .
. . . la carne comiera
y el hueso botara . . .

Ay? cachi caldito,
bin sazonalito,
con patac quisillu,
bin mizquinaditu
cun rátag mutuchu
bin mizhquichiditu . . .

Hasta que tuvieron a bien despedirlo, con versión a la cocina, porque pudo amanecerse con su repertorio, fragante a esteras, a chozil, a poyo y a quebrada.

Cantaba todo lo traído de su campo, quizá en són de auto consuelo; más con el sentimentalismo de ave enjaulada, que parece lanzar a sus um-

(1).—“Contrastes”. ALFONSO ANDRADE CH.

brías, un eco de nostalgias y adioses, llorados alma adentro.

—Es INGON todavía, alegaba doña Michi!

—Anda, Juanito, anda a la cocina; y saliéndose al corredor amonestaba a sus domésticas:

—Darán, pes al cholito un puñado de mote.

—Pues, ahí lo tienen continuaba D. Pancho—cuando menos lo pensé me hice del longuito. El Pascual Ringri, peón concierto de mi Sr. Dn. Tadeo Morocho—por evitar de que el Patrón se lo lleve a éste ótro a su servicio, me contó afligido que trataba de venderlo; a lo que, abriendo tamaños ojos le dije: entre los dos no hubo dificultades; yo he sido el apoderado de tus juicios y tú me conoces. No tienes más que hacer, sino darme a tu Juanito: que en lo del precio no hemos de parar. Yo le he de dar escuela, y si sale vivo, hasta Colegio: ¿caso no tenemos al Dr. Mayancela, al Padre Lobato, al sabio Chimbo, que de simples *Huiñachishcas*, con el tiempo y las aguas se han transformado en grandes hombres?

—Nos citamos este día, para la escritura de consignación, acordándome de Michi.

—Salud!

—Que les dure...

—Y que les madure!

—Por la Santa.—Y se apuró el turno de mistelas.

Micaela no cesaba de ponderar lo bueno que era el Visitador Escolar; lo fino que se portaba con ella; cómo le había facilitado y PREPARADO para el concurso...—y la que quiere ser mala...

—¡Ni hombres, ni mujeres! continuaba siá Merceditas, que entraba y salía—como decía mi tío: «no hay hombre que muera mocho, ni mujer sin cornamenta».

—Nosotras?, NO—siguió Micaela: qué haciendo? Ahora no más le dije dos verdades al Director de Estudios.

Y salieron a fisga las historietas de lo que hogaño llamamos de «normalistas y normalistas»; los *frutos* de los exámenes; las licencias de cuarenta días por enfermedad; y los líos de toda la chismografía del folletín picaresco de la preceptoría rural, sobre todo.

La guitarra invitaba al baile, alentadora y pandereteante; la musa popular deshaciase en estrofas de chispa y de circunstancias; el braserillo humeaba a la entrada de la sala, con el «agua caliente», para los turnos.

En un ángulo de la salita, Dn. Pancho departía en su tema con los camaradas del viejo tiempo, y, entre risas y memorias, remojaban ciertos episodios:

—¿Recuerdan ustedes, de las polainas del maestro Quinde?».

—Cómo era eso: se acercaron Micaela y Felicia; el *Largo* calló su guitarra y el *Cotolo* el arpa. De rato en rato, acudía siá Merceditas, impartiendo las últimas disposiciones para la mesa de los tamales y buñuelos.

—¿Quieren que les refiera cómo le agujerearon la oreja al huequiado Célleri?—seguía don Pancho: En fin otra vez ya les he contado del «Sombrero del Chaucha Sigüenza»; del «Lupe

Durán», y del MECHERO Cabrera; con quienes caías prisionero, Cotolo.

—No, nó: ¿Cómo fué de las polainas del maestro Quinde?

—«Entre los de la *cinta azul*, ningún soldado más convencido, ni mejor disciplinado» que el maestro Quinde. Buen cristiano, cuencanote, hasta decir basta; zapatero y veguista de corazón.

«Había marchado el Caudillo a la campaña de Tanquis, caserío que a lo largo del río Pangor se divisaba entre cabuyales, callejones, tapiales y paredes rústicas: allí seiscientos veguistas derrotamos a cuatro mil chapulos!—lo decía con aplomo lapidario. . .

Como preparativo marcial, mi maestro Quinde habíase confeccionado, para uso personalísimo un vistoso par de botas, de cuero beneficiado; con chapas, ojaladuras metálicas; pasadores de seda, de tamaño elegante y caballeresco y dobles zuelas recocidas, que no hubo más que desear.

«Y así, armado caballero, partió entre las huestes aguerridas del Coronel Vega Muñoz».

«Al primer encuentro, mi cabo Quinde tuvo la mala ventura de caer prisionero».

Entonces, el indomable alfarista Lovoviejo, encarándose con el cabo Quinde, y fijándose en sus relucientes polainas, le increpó con socarrería:

—Ajà, conque tú de a botas, mitayo, y nosotros con estas OZHOTAS que se nos caen de los pies? ¡Sáquese las botas!, yà: lo ordena el Sargento Loboviejo; pero, yà mismo, só roscón, tal y cual. . .

«El pobre sintió que se le iba el alma; pero

en condiciones de prisionero, no tuvo otro remedio, sino sacrificar las queridas y envidiadas prendas, con tanto desvelo rematadas las visperas de la bizarra salida.

«Preso, escoltado y vapuleado, quedóse descalzo el maestro Quinde, a suplicar que por misericordia, se le diera algo, en el campamento enemigo.

Loboviejo, una vez enfundado las flamantes botas, que las remiraba como hechas sobre medida, lanzóle a la cara sus chanclos o restos de *chaquicaras* enlodados, y más duros que un fierro.

—Ahí tienes para tus *ssipis*, longo bandido!... Así y todo, avanzaba el prisionero al vivac del ejército alfarista; mientras en todo el maldecido trayecto, no despegaba sus ojos de las amadas botas, que lucía el enemigo. Todo lo perdería: la bandera, el partido, hasta la vida misma, con tal de que las botas volvieran a su poder. Meditaba planes siniestros, súbitos. Y lo peor, que su Caudillo y sus conmitones de la CINTA AZUL, aún no le habían visto, lueiéndolas al comando de la última Compañía.

Al día siguiente, zigzagueaba como rayo la noticia de la derrota de los chapulos y el triunfo de los veguistas.

Era la época en que los Caudillos guerreaban por sport, por pasatiempo, como quien jugara al tresillo. . .—cholos, Quieren ir a la batalla?

—Vamos, ¡mi General!

—Y si no tenemos armas?

—Las tiene el enemigo: vamos a quitárselas. Cada noche era una asonada.

Hasta mujeres y niños se habían militarizado.

Las mujeres jugaban al espionaje, y los chicuelos, con los casquillos. . .

Sabedores del triunfo, los presos sentían bailarles el alma, y enloquecían de gusto.

¿Y ahora? . . . Las vísperas desfallecían casi, con el alma encanutada, al escuchar la fulmínea sentencia del Sargento Loboviejo:

Si triunfamos? Ustedes al Panóptico; . . . y si perdemos. . . Ustedes serán fusilados, roscas maricones.

Los presos estaban en suspenso: esperaban de un rato al otro cumplirse los vetos.

Más las tropas chapulas, con la idea de la derrota, perdieron la moral y olvidaron sus amenazas. Había que salvar el pellejo y ver para qué servían los pies. . .

De súbito, el cabo Quinde recupera sus indómitos bríos y ya no tiene sino una terrible pregunta: ¿En dónde está Loboviejo? ¿Dónde está el *tocho* Loboviejo? . . .

Sus botas no se le iban de la imaginación; corría desalado por los rincones del Cuartel, en pos de sus botas, obsesionado, luciferino, mientras sus demás compañeros salían al encuentro de los camaradas triunfantes, en medio de VIVAS y de gritos desaforados.

Quinde con la obsesión de sus polainas no se daba reposo, hasta que al fin fue a encontrarle a su contrario en el desván del último patio.

—A ver, só longo: Mis POLAINAS: ¡Sáquese mis botas! Le ordena el cabo Quinde. ¡Sáquese ya mismo! . . . el panóptico o el patíbulo, grandísimo maricón. . .

Y avanzaba Quinde como tigre victorioso, con

ademanos de júbilo y los puños en alto. Ahora le tocaba el turno. Lanzóle los chanclos al Sargento Loboviejo, y calzándose incontinenti las POLAINAS, gritaba: «Viva Vega», «Viva Cuenca», «Viva La Cinta Azul». . .

— Y ¡viva la Santa! . . . terminaron a carcajadas, pidiendo un nuevo turno los oyentes.

Illuminados de antañones prestigios duermen arrullados por tunales, arbolados y pencas de los valladares los primigenios harrios de las Monjas, de la Merced, de Todos—Santos: De esa legendaria Iglesia, quizá la primera del lugar, erigida allá por Mayo de 1557, de orden de Ramírez Dávalos y Nuñez de Bonilla, fundadores de la muy noble y muy leal ciudad de Santa Ana de los Ríos de Cuenca.

En las tiendas humildes, donde la concertina alienta los últimos Sanjuanitos, bostézanse aguardentosos Vivas a la Santa, galleando preludios de estrofas sin autor; gastando sin saberse de dónde; riendo y llorando, porque los labios están nerviosos y los ojos sensibles.

Abrense los portones coloniales de la casa de Dn. Pancho; y escúrranse las sombras del Largo y del Cotolo, que van pensando en «componerse el cuerpo» con la chicha de mama Simona. Chicha espumosa y afamada hasta para «enfermedades secretas».

¿Irian a los tamales de la Cuerda, o al picante de Mama Pimpi. . . a refrescar los riñones y esos hígados con el ticti de Mama—huasha. ¿A dónde irían?

Nada desaguaba su paladar reseco como la refrigerante idea de *hacer causa* con un cariucho

en la carretera de San Roque, y asentar con la chicha proverbial de la mama Simona; donde se encontrarían con el Ciego, el cojo Malla, o el Maco: Con los ases de la reposona; para reír, y sólo para reír, con sus agudezas y sus dichos: con la broma del uno, la ocurrencia del otro y los chistes de todos.

Era el Calendario. . . era la costumbre.

Las campanas de la Merced, a vuelo, convocaban a Primera Misa. Los cohetes del albazo despertaban el sobresalto de los ecos en las negras lomas comarcanas. La aurora ensayaba enfoques que prometían azul claro y murillesco de Día festivo de verano: un día como dosel para la gran Procesión de la Patrona de Armas de la República.

Al pié de la ciudad, el poético río Tomebamba, tendido con la fidelidad de un perro, lamendo sus orlas primaverales, cantaba su Avatar; recitaba la Gesta, entre sorbos de paisaje; abrazando la paz del terruño con indisoluble amor de cristiano, que a las faldas de la amada, fuera depositando el retrato del cielo, con la dedicatoria de un idilio eterno. . .

A lo lejos, cantaban los gallos madrugeros.

Entretanto, afuera, en el arroyo, en la media calle, bajo la bohemia capa muaré del estrellado cielo matinal, quejándose invisible, pasaba el dolor errante.

CAMINO DE NARANJAL

Octubre bañaba su media tarde con sucesivas duchas veraniegas: tempestades de granizo, rayos, centellas y chaparrones que la patriarcalía del ingenio popular bautizara con los nombres de:

Alfanzazo, al torrencial aguacero del final de Setiembre, caído el día de San Miguel.

Rosariazo, a la tormenta y pedriscos que se desatan a poco de pasada la Procesión a medio día de la Morenica del Rosario.

Y Cordonazo, a la lluvia que festeja al Padre San Franciseo.

Lavada la atmósfera, peinadas las lomas, y «mudado» el cielo con vestido azul—regalo de la Primavera—y aplanchados celajes al sol de secano, parecía que por éstos octubres, la tierra también disponíase para entrar—refrescada y pulcra—en la Escuela del trabajo.

Preludiábase la época de las aradas, que roturan el suelo andino para las *siembras* del maíz.

Y sobre los surcos, el bautizo lustral de la chicha de las siembras.

Pascual regía el arado de San Isidro. Este año ya no iba sembrando su chico Juan, que delante de la yunta era el mejor guía,—tish... tish...

Cabalmente con su venta hubo para la chicha, el trago y el cui de las aradas de su pegujal.

Pascual estuvo más avejentado y triste en estas deshierbas; mientras los sudorosos labriegos de la hacienda de Dn. Tadeo Morocho iban subiendo de punto, el trabajo de las lampas, con las continuas «*fuerzitas*» que les propinaba el cántaro de la «*chicha* de las deshierbas».

Respiraba sonriente la tarde por el humo de las chozas el insuperable olor aperitivo del aji de cui, que por obligación pedía la chicha de las siembras, de las deshierbas, la de las aradas: chicha y cui—uchu, ¡inocentes albricias del Calendario del terruño!

En compañía de Vicente, sobrino de Dn. Pancho, encaminábase Juan Ringri hacia la Escuela esa clara y fresca mañana de Octubre.

Desde la casa—quinta de la familia Pesántez, Juan Ringri, llegaba tarde a la Escuela, llevando escrito en su aspecto melancólico, el retraso y el acoquinamiento, agravados por las homilias de la patrona y las azotanas de los maestros.

Al amanecer, ya salía, silbando o cantando, caminito de la acequia, para despachar el obligatorio servicio doméstico de la más pública y trascendental de las higienes.

Juan iba otras mañanas a la compra del pan para el desayuno; y mientras los patrones esta-

ban con el café servido, él se había embobado en el mercado al detal de las pulperías de la esquina, y comedíose a la venta al menudeo, presutando siempre sus buenos oficios por el interés del *vendaje*, o de los *calecitos*, que no podían faltarle de la faltriquera.

Al llegar a casa, la letanía:

—«Elevado», «babas tibias». ¿dónde te tardas? esto es de todos los días. Candil de afuera... oscuridad adentro.

La criada rezongaba el chisme de cajón:

—No sé qué está respondiendo, niña; éste fiero largo, condenado; hasta malas palabras sabe...

—¿Que has dicho?

—Sólo caraju, ñita, porque no quiere devolverme mi mediosito que coji de los capillos anoche.

—Y no estabas jugando al *choipi*?...

Y aura si que he de avisar que te ví con el hijo del zapatero, que volvió de la Costa, y dijo la ñita que es «masón».

Eso era el colmo: sólo el látigo para el indio.

El indio es bueno a las malas: ahora verán cómo le pongo un santo.

Y en verdad que con los rapaces del barrio era el número UNO para la RAYUELA, los trompos y el CHURUCO; así como por las noches, sobre todo lunadas, para las COLORES, la UCUCHITA... el santo mocarro...

¡Pobre escolar! ¡Pobre chico del campo! que desde la distancia de una casita perdida, avanzaba tarde y mañana, hasta una de las escuelas de la ciudad.

Cruzaba a todo correr la plaza provinciana, con su recio calzado de zuela; ciñendo la holgada

y mal hecha casaca de casinete, y el pintarrajeado guarniel que reventaba abotagado de libros descosidos, pizarras y cuadernos.

Pensemos con tristeza en su afán de aprender lo que aprendían los muchachos de la ciudad, y a nuestros oídos sonará una lección tartamudeada, un cacareo de respuestas... memoria... taladros: la letra con sangre entra.

¡Escolar del campo!, detén allí tu agilidad de potro: yo me acerco a decirte que nada tienes que aprender. Ni es humano que dañes la potencia de tu pupila en los antros de la clase; ni enfermes con posturas viciosas, ni es justo que sufras las pullas, sintiéndote huraño y pringoso, en medio de chiquillos noveleros, mimados y maliciosos.

¡Escolar del campo! quisiera enseñarte:... más, ¿Qué te enseñaría? Tú debes enseñarme a ver con tus ojos claros, contagiarme de tu aroma de tomillo; prestarme la dentadura de mazorca candel y el secular bronce de tu piel.

Debes infiltrarnos de tu vida sencilla y sobria; de tu agilidad de potro y tu salud de yerba...

Te obligaron abandonar tu escuela—la de la Madre Naturaleza—rehuyendo la visita del Dr. Sol; las lecciones del viento, profesor de energía y Libertad; el gimnasio del árbol, el conservatorio del jilguero y los Mandamientos del Agua, preceptora sin mancilla de Higiene y de Trabajo...

¿Aritmética? Aprenderías en tus rebaños, frutos y cosechas; de Geografía te hablarán otros, laderas y ribazos. Historias?, de poco valen; y es mejor el buen ejemplo de los labriegos sin historia.

Eso lo has dejado, escolar campesino, y por más que sigas a toda carrera, llegarás tarde a la

escuela urbana: nunca darás una lección; enflaquecerás, volviéndote iracundo, desconfiado, y en la Repartición de Premios, te llamarán al fin, para darte una estampa de las que se envían a los comercios, para distribuirlas *gratis*.

Y Juan a la vuelta de pocos años, no soportó más.

En la escuela, para él, extraña y hostil, devanaba su imaginación un porvenir inquieto, azul, como el humo de su cabaña, que el viento lo llevaba no se a dónde.

Revoloteaban por su cabeza las tenidas con el hijo del zapatero del frente de Todosantos, que decía palabrotas, que una vez a su «taita amo», a su taita Pancho llamóle «hijo e fraile» «serrano curuchupa»... que hablaba fuerte y rasgado, vuelto del Guayas a los años y con fama de hereje, de magnetista, *ni sé qué*.

Y al demonio de su travesura creció el tentáculo obsesionante de salir: «al embrujo del trópico», de donde volvería con mocora y terno blanco; llaveros, tirantes y «lengua guayaca», trayéndose bollos, ahumados y cocos naranjaleños: ¡oh! el embrujo! se le iba el alma... mientras colocaba el farol a boca—noche—el farol pedido por las pitadas del chapa para el alumbrado público—colgándolo ceremoniosamente del balcón de la casona.

Por ese entonces, el aislamiento provinciano alzaba sobre la somnolencia de los cerros su interrogante contestado por cuatro días de mal camino:

—¿Cómo será Guayaquil?

—¿Juan?

—Mande ña

—Te haces tarde; anda a la escuela. . . Mejor será que teja sombrero hasta darle oficio. ¿Qué te gusta?

Callaba Juan, no atinando qué contestar. Todo le gustaba. Picaba de sastre, de albañil, de músico, de hojalatero. . . de pintor

—Siete oficios y catorce necesidades—tirábale de las orejas la amita: sólo el sombrero no le entra; rudo para lo que no le conviene.

Pero, él a soñar en algo, que él mismo no precisaba, en su inquietud de pájaro.

—EL LONGO es volador, murmuraban en la vecindad.

Acercábase por aquél entonces la temporada de Carnestolendas. Por encima del hospiciano laberinto de la trashumante feria del jueves, volaba la nota del PITO DE CARNAVAL:

—eco escapado del Raymi
o silbo de los pucáras,
como un aullido que huyera
a la orgía de las tanzas». . .

PITO O PIJUANO, que algún ignoto sileno del Ande soplara, por la travesía accidentada, monte adentro.

Por eso el *pito de Carnaval*, aunque parezca reliquia de duelos primitivos o señal combativa, entre gentiles, para los corazones de la ciudad, era un recuerdo, una balada o un adiós. . .

Ese *jueves de Comadres*, cuando la patrona engolfóse en las compras para el MENU de los *tres días*; y Dn. Pancho no pudo salir de las escribanías, sustanciando lios judiciales de labrie-

gos y mulatos, salidos como hormigas, para aprovecharse del jolgorio carnavalero, bien sea festejando el triunfo, o ASENTANDO la pérdida del pleito; ése jueves señaló premeditadamente Juan, para su fuga.

Esa mañana madrugó, después de una noche de insomnios, clavada en la nuca la idea que oyó alguna vez a Dn. Pancho de que «lo primero para emprender un viaje es oír una buena misa». . .

A éllo salió tras de su patrona, como de costumbre, con la alfombra bordada al hombro y el reclinatorio a la cabeza. Nunca se le viera tan edificante.

Desde la puerta de casa midió Juan la jornada; contemplando las lejanías lapizlázuli del Cajas. . . y vislumbró el camino de Naranjal.

Por el cual flotaba la copla:

«Adiós Cuenca, de mi vida,
tierra donde yo nací
para todos fuiste madre
y madrastra para mí».

«Adiós escuela; adiós servicios pedestres», adiós, amigos del arroyo. . . y sin sentir hambre, ni fatiga huía Juan como avecilla desenjaulada, apretando en la punta de su cotona el sucre dejado por uno de los clientes de Dn. Francisco, para papel sellado.

Camino adentro, rabiatabase a los viajeros que silbaban, arreando sus recuas. . . Ya no se oía, por cambroneras y camellones, sino el chapalear de las acémilas.

Que ímpetus de saltar los bardales y arrojar-

se sobre la grama verdínea de los llanos infinitos. . . de quedar por ahí. . . ¿y para qué? . . . Al salir, llamaban a coro las campanas Catedralicias; ahora estarían siguiendo el curso de la vida ordinaria: la casa. . . los barrios. . . los conocidos.

Con la indecisión de la edad y de la culpa, seguía Juan maquinalmente por la ventisca del Cajas, sin darse cuenta de los paisajes, asociando a sus ideas fantásticas historias de emparamados; la risa engarrotada y sardónica; las crispaturas de la inanición y cuántas peripecias había oído sobre las garmas y celliscas de ese cerro bravo.

Por las lagunas de los riscos volaban asustados los PATILLOS, y hablaban las aguas tan a mezza vocce, que nada se adivinaba de sus secretos. Y un viento, el último viento de la sierra, las peinaba, lamía sus rizos. Y parecían abrir desmesurada pupila esas lagunas encarceladas en granito, en busca de otro cielo, de otro sol y de otra pena. . .

Y seguían los caminantes, bajo la bruma, cosidos hasta la médula, por la garúa perenne y fili-forme de los páramos; sordos a la canción de los torrentes, que se precipitaban locos hacia Cuenca...

Postillones, arrieros, *Huidos*, profesionales y comerciantes; los que iban y los que volvían, encontrábanse casualmente en los mesones, y pasaban, como DIOS les daba a entender, la noche.

Juan iba ajeno a los mirajes del camino, y al silbido de los pajarillos del monte, que estaban tan felices, desde su rama nativa, pifiando al viandante, que con ser el rey de la creación, tenía que sufrir, más que esas criaturas inferiores, las crueldades de la vida.

En el celaje de la noche, enfocado por las rendijas del chozón del último tambo, fulgores de alta mar consonaban con el graznido de las aves montuvias, muy distinto de los gorjeos de la serranía, y en esos ecos perdidos, el viajero pensaba, fantaseaba mejor, con el frenesí de los insomnios y de los cansancios. . . alguna ilusión. . . Guayaquil. . . el mar. . . la vida o la muerte.

Naiden es profeta en su tierra, señor—rezonaba el correo, dirigiéndose a un profesional joven, que iba con ellos, para EJERCER en Manabí.

—Hora bajamo de «la boca» y a lo año de étar en «Pechichal», regreso a mi tierra, al pie de mi Cojitambo, de ese viejo que etá corcovao, como para abrazarnos. . . Cuánto extrañaré de mi bollo é maduro; de mi verde frito; de mi bolón, de mi pecaó frêco. . . a lo año que volveré a vé a mi suca. . .

—Y tú, ha probao ló chifle? Se me lo dieron cuando fui llevao pá Jesús María, a ser «padrino de uña», onde mi compadre José Rosa. . .

—Si Dió dá la vida y salú, gorveré en abril; si Dios quiere, en la Semana Santa. Me invitó mi comadre Salamé al pan de Jueves Santo. Shá mé parece que oigo esa buya: a la vez gritan: pan de durce, liza, cuajá fréca, suspiro y bicochuelo, humitas, carapachos, empanáa, langóta, fritáa con longaniza, hermano. . .

—Que se me desagua la boca. . .

Juan sentía el más urgente repiqueteo de tripas, a las que sólo entretuvo a su salida con un hartazgo de manzanas de Sayausí, que se las tomó subido a los silvestres manzanares del camino.

—Shó—añadía otro—vendí yá mi *palomera*,

como pà volvé a mi cariucho, a mi zambomuro, al ajiacu y jabas con mote: ar pié del capuli.

—Ah, ¡serrano, a comé mishquiucho y papas con gusano...!

—No ha de ser tóa la vida de pasarse con champús y mazamorra morá.

—Eso é en la *cena* é lo MUERTO, cuando la víspera de finaos los esperan a los difuntos con un banquete, pà comerse después lô vivo la sobra é lo muerto...

—Pero, me yevo la oración del Juto Juez y de la piedra Imán, por si acá, hermano...

—Pasando a otra: aquí en el tambo hay mucho que lian pelao el ojo...

De un rincón del promiscuo aposento, salía de rato en rato, como conjuro de agorería, una tos hilante, seca, metálica...

—el mardito paletero—se comentaba.

—Y ¿Cuánto tiempo viéne estando en el Guayas? Oíase más tarde.

Un año cinco méh, dende TRONQUERO hasta Municipal, en la bomba Aspiazu: shó tuve má concha en el incendio de la Quinta Pareja, mar dita sea!... Hora etará mi zamba en Villamil, tercer piso, dende que salimo de la cinco equinas; de ánte viviamo en er Artihero... Ay! Guayaquil de mi amoreh...

El cholo que ha marchado al Guayas cuando regresa a los penates cordilleranos, hace ostenta de despotricar COSTEÑIZADO, aunque no hubiere demorado en la costa sino días, a que sus familiares exclamen:—¡el fulano ha vuelto CERRADITO!...

—Y vó muchacho,—le dijeron a Juan—te

va pah la cóta? Dijo inflexionando montuviamente: Ahí tiene que trabajá. Púúú—Dende la tré de la mañana gritan: «El Pan» «La Basura» y la mar. Todos venden; tóos se bucan, y el que no trabajó se jodió, hermano.

Ahí no se anda como en Cuenca... Ligerísimo. Y lo tendido. Ese comercio ambulante. E de ver trapo, boteya rota, paloescoba, lo que te imagines. Y suda, hermano, y toma heláos; chicha helá, freco heláo, tóo heláo.

Sí, siñur—masculló Juan—, quitándose la cachucha.

—Cuidao con que en Naranjal te cante la «Valdivia»: el que la oyó etá frito... mà vale que te silve el Chigüisa, que es de agüero, y anuncia que se yega. Cuando oigas un cohete en el Guayas no creas que es fiéta, Pachuco: éso é señal de incendio. Si vas a Yaguachi, a la Fiéta grande del Santo Patrono, señor San Jacinto, has de decir: «sópla viento, San Jacinto»... ¡Uuh, hermanito! en Guayaquil tieneh mucha cosa que aprendéh: A correr lo Gayo e San Pedro; a merendá con lo muertoh. Una ve ahí me julépiaron por una vaina, hermano; y fue la primera ve que me dejé pisar la punta el poncho.

A lo lejos, parecían oirse trinares montuvios, al amanecer...

—Ese è el canto del «santa Crú», que es primo de la «Valdivia».

—Ma parece que fuera gorpeado der TUCAN o Diostedé. Eran cloquidos montaraces.

—¡Son lo pacharaco de Pahuancay! Juan se imaginaba vuelto con el terno de dril a su Cuenca, y luego, a su campo. Pancho y taita Pascual se le

venían desde tras de los montes dejados. Sintióse sólo, tuvo miedo: el terrible primer miedo de no tener a quien volver los ojos.

Clima, cielo, tierra, rostros extraños. Hasta los compañeros de viaje le dejaban, cuando el vapor se alejó por la ría.

Al cerrar la noche, el croar grotesco de ranas tropicales o *chugchumamas* arrulló con resonancia de cántaros rotos, su soledad prendida a la niebla costea como a cálido seno de nodriza extraña... en cuyo exótico brazo acabó por dormirse.

Llegado a Naranjal un domingo de tarde, cayóle a Juan el aguacero de la temporada, como fomento tibio, como ducha caliente: la gasa pesada del invierno tropical.

En la plaza presencié la *pisada del poncho*, entre montuvios: era el pretexto para una esgrima a machete limpio; un duelo a muerte, feroz, macabro.

—Se han bebido tóo el producto del PEPI-TEO, y del BUNJE, comentaban los circunstantes, entre interjecciones, mientras bufaban y se arremetían los contendientes.

—Voy Chonero!

—Doy doble...

—Pago y voy Vinceño!

El espectáculo que a Juan le estremeciera, era mirado como lidia de gallos...

Juan quedóse en Naranjal, entre la servidumbre de la hacienda de San Pablo, que necesitaba de braceros para la recolección del cacao—la PEPITA DE ORO, de la Costa. Ahí se estuvo cerca de medio año; y después, en unión de otros

jornaleros, palúdicos y tuberculosos—los más—embarcóse a la Perla del Pacífico, en un enganche de peones para la pavimentación.

Zarpó el vapor. Cabeceaban con la brisa del crepúsculo los manglares y lianas de los bajos como despidiéndolo. En alucinante distancia volaban gaviotas y alcatraces.

El poniente era un sansón deforme cuya cabellera de fuego iba cortando el mar con la acorada risa de las aguas.

—¡Guayaquil, Guayaquil!

Pasaban por la ría balandras y canoas, humeantes de olla montuvia.

Ah!: era la nueva emoción; era el ambiente nuevo.

Ahora Cuenca quedaba detrás de azules lejanías; pero a las espaldas. No hubo para qué acordarse de ella. Todo lo llenaba la nueva ciudad. La bella ciudad agrandándose con la luz del amanecer. El Puerto con sus visiones espléndidas.

Era el alma de Guayaquil que abrazaba y casi lo enloquecía de aturdimiento.

Una emanación indescriptible inebrió su espíritu: eran atmósferas dinámicas; eran violentas ráfagas de comercio recién abierto...

En vez de calma serraniega, bullicio tropical.

En vez de monte, ría...

En vez de frío, calor. Sí, un calor!

—Guayaquil, Guayaquil!

En una de las zahurdas del típico barrio del Conchero,—cenáculo de parias y misterio biológico de la metrópoli porteña—vegetó un par de años: fue al hospital con perniciosa y allí, en ve-

cindad de lechos, fraternizó con un esmeraldeño, marchante de tagua y de caucho; y con un marino centro—americano, grumete de balandras.

El caló del roto y la jerga tropical, desarrollaban episodios de sus vidas y proyectos para el futuro, entre olores de recetas, caldos polentas; quejumbres y golpes de tos, hasta que, en una sedante hora de convalecencia, cuando se sienten alas en cada poro, conferenciaron los tres, para embarcarse a las compuertas de Panamá, en el caletero «Jesús María» que debía salir aquella semana proa hacia Esmeraldas, con tagua, cacao y bananos, con *rumbo* al gran canal.

¡Panamá canal interoceánico!, la cosmópolis de las esclusas.

—Adonde noh ehpera la suerte—como juró el marino salvadoreño.

—Ahí, frente a los cuatro mundos, echare-moh lah carta, pá ver a donde nos sopla la fortuna. . .

CAR- NA- VAL

Cada palabra tiene su magia, y por sí sola es un cuadro: ¡CARNAVAL!

Con cuanta fe la pronuncian los labios rosa de las jóvenes, los golosos de los niños, los marchitos de los ancianos.

La bonachona imaginación popular había lo personificado: Chambergo de duende con tapacete; zamarro a la cañari y jorongo de castilla; aire jovial y campechano, tal era TAITA CARNAVAL, que llegaba de no sé dónde, como el epicúreo sileno, coronado de pámpanos.

El sol del domingo reflejábase cabrilleante en las acequias; y, valga la imagen cursi, parecía jugar carnaval, regando polvillos de su purpurina luminiscente sobre los tejados, las plazas antiguas, las rejas y los balcones que invitaban, y sobre todo; las acequias, centro y emporio de la andante truhanería.

La casa de Dn. Pancho recibía a sus invitados, entre los que no debían faltar: LARGO Arias, con su guitarra valenciana; COTOLO Beltrán, con su arpa Davidica y José Contento, con su cadenciosa voz de soprano.

«Ya le vengo conociendo
al señor don Carnaval:
ni muy chico, ni muy grande,
hombre de mediana edad».

Así sonaba la copla en las esquinas de una legua al contorno. Los barrios de renombre sacaban a relucir a cuánto holgazán y mentecato pasaba la vida entre broma y jaleo. . .

Micaela y Felicia Delgado, exprofeso habían venido del villorio, aprovechando de la vacante reglamentaria, a pasarla con los amigos Pesántez, de cuyo salón eran obligados y casi únicos *píes* de baile.

Doña Michi añoraba por la ausencia de Juan.

—Estando enseñándole. Si ya sabía la Doctrina hasta los Artículos de la Fé. . . vieran cómo saludaba. . . todos decían: «vida, que lindo sabe educar la Michi».

Ay! las malas compañías. Como decía mi tío: quien con *globos* se junta. . .

Don Pancho y el *Cotolo* recordaban, entre draque y draque, de su heroico tiempo de campañas, en las guerrillas del célebre Caudillo Dn. Antonio Vega, de los generales Cañas, de la Vega, Ríos y Campanas, de la CINTA AZUL. Hasta que el COTOLO, caldeado de añoranzas, embrazaba el arpa de innominados dueños, para

cantar el *Curuchupa*, a dúo, con sía Merceditas.

«Sobre las tumbas de un campo—santo,
deudos* y amigos lloran después;
y aunque murieron por «Dios y Patria»
ellos no tienen losa ni cruz». . .

—Oiga, don Pancho. ¿Por qué nos llaman CURUCHUPAS?. CURO significa Gusano; y Chupa, cola: no puede ser. O talvez sería por decirnos cola de los curas. . .

—Pobre Cotolo: tú no sabes nada, a pesar de ser el más curuchupa. Ni siquiera sabes todas las estrofas de ésa canción de nuestra post—guerra, casi religiosa, porque nosotros sostuvimos el Ideal como religión de Patriotismo.

—He oído que un Riobambeño Cevallos Sánchez, la compuso aunque taita Lucho Cordero creo que nos decía que uno de los Marchan G. o don Manuel Salcedo, fueron autores. No estoy bien; pero, me parece que la compuso el Dr. Novillo. . .

—Oyeme: y esto es la pura verdad. «Si recuerdas, que, de 1895 al 98 en Riobamba, Dn. Pedro Lizarzaburo, y en el Azuay, el Coronel Vega Muñoz, comandaron las guerras civiles de Tanquis, Pangor, Norámbote, en Girón, contra el General Manuel Serrano, bajo el interinazgo de Vicente Lucio Salazar. Si te acuerdas de nuestro 22 de Agosto, en el Cebollar: ah? cuando Luis F. Rada, nos traicionó en el puente de Balzay, y cuando cayeron esos héroes por los riscos de Culca y el «hueco de la pólvora». . .

—Pero, basta, Panchito: quieres traer este

rato toda la historia, que te he oído desde que me enamorabas: qué 5 de Julio, qué Cinta Azul, qué Cebollar, qué la de Girón, qué la de Balzay...!

—Bueno: oíganme por la última vez, aprende, Coto, a que no te crean muy *treinta pesos*. «El primer Batallón de CURUCHUPAS, recibió este apodo en Quito, cuando el Pollo Ortiz, organizó su columna de voluntarios.

Como en Gatazo y Girón, vencieron los Liberales, los vencidos sufrimos y sufrieron demasado:

«Entonces, el Sr. Dr. Emilio Uquillas, fervoroso Conservador en esa época; antes de amistarse con Dn. Eloy y otros radicales, antes de pasarse, como tantos otros, con armas y municiones, al campo adverso, llevado de entusiasmo, en casa de don Bruno Dávalos, entre copa y copa, improvisó estos versos:

«Sobre las tumbas de los que mueren,
deudos y amigos lloran después:
corre sobre ellos piadoso llanto. . .
mano amorosa plantó un ciprés».

«En Chambo y Químiag héroes sin nombre
su vida dieron por «Patria y Dios:»
y de sudario de sus despojos
no hay una tumba, no hay una flor».

«El autor pidió a la espiritual Damita Chimboracense, niña Delia D^a. diestra en el arte de Mozart, que adaptara esos versos a música adecuada, lo que tras breves ensayos, lo realizó satisfactoriamente.

Pasados algunos días, en casa de Daniel León Nájera, acompañada al piano la hábil artista, cantara los improvisados versos, que no le parecieron perfectos al exigente Dr. León, quien se comprometió a escribirlos sobre el mismo tema:

Copia: Coto, si gustas; los tengo en la punta de la lengua:

«En Chambo y Químiag, en cruda guerra,
héroes sin nombre vieron su fin.
Hoy les cobija la virgen tierra
bajo los bosques de ese confin».

«Sobre esas tumbas que nadie ha visto,
tiende el olvido negro capúz;
y aunque murieron por Patria y Cristo,
ellas no tienen losa, ni cruz».

«Sólo la niebla de la montaña
baja esas tumbas a visitar;
con respetuoso llanto las baña,
y una arirumba se vé brotar».

«Y narran todos los campesinos,
que tras la sombra crepuscular,
con liras de oro seres divinos
sobre las huesas van a cantar. . . »

—«De Cuenca lejos en cruda guerra». . .
¡Sigamos cantando, Comandante!

—¡Viva el Carnaval!

—¡Viva la Cinta Azul!, ¡Viva mi Comandante!

—Abajo Al. . . !

—Chist! Un turno servido por Micaela, que quiere hacer probar su mano.

El Comandante Pesántez, como ocurría cada vez que echaba una cana al aire, hacía melopeya a las estrofas, con sus juramentos de no haber percibido jamás un centavo de los gobiernos liberales; a pesar de haber sido llamado muchas veces, a reincorporarse al servicio, con haber olido pólvora; y tomado muchas plazas, sin haberse VOLTEADO.

—Nosotros luchamos por Dios y Patria, nó por un sueldo, como ahora; y Pancho Pesántez, primero morirá de hambre, antes que servir a los CHAPULOS.

—¿Y esto no se asienta?...

Fué el año de mayor alegría en el hogar de Don Pancho. Nadie echaba de menos la falta de Juanito. Sólo sus compañeros de travesuras, Vicente y Rosaura.—angelical pimpollo de la casa—deploraban a ratos, la ausencia de su cholito mandadero; aunque a poco le olvidaban, extasiados en las «chilenas», «polkas», «san juanitos» y «suelos», alentados e interpretados por Micaela, Felicia, don Pancho, siñ Merceditas, Coto y los otros compinches, diestros en la coreografía y el chabacano culto a la Euterpe criolla.

—Aura, Comandante —oíase a los «contunos», cuando Pesántez colocaba donairoso la mano izquierda bajo las alas de la levita, y sacando de esos bolsillos, batía en lo alto el pañuelo con la diestra en su auténtica «danza con figuras».

Quién había de decir que tanta animación resultaría el UANUNA CUCAYO, la última reunión presidida por la abnegada esposa, la santa misía

Merceditas, de quien nadie se hubiera atrevido a pronosticar que tan pronto dejaría a su viejo en negra viudez, a su «Pancho de mi vida».

Al verla, bailando y carnavalesca, con botella en la una mano y la copa en la otra; pañueleando como nunca el «arroz quebrado», la «sangüaña», el amor fino» y el «calza que te han visto», del ñaup tiempo de su viejo, con quien zapateó como en el día de sus bodas...

¡Quién había de suponer!...

Dicen que la luz es movimiento; pero, entonces parecía reposo y paz; pereza y laxitud, sobre la ciudad provinciana.

Las tiendas eran altares al dios Carnestolendas, con sus gradillas de polvos, plumas, papel picado y cajitas de sorpresas; no iban en zaga las tiendas de menor cuantía, a cuyas puertas sobresalían las bateas de huevos amontonados sobre paja, chorreantes de agua rosada y obturados con brea de Paccha; blancos cascarones llenos de la carnavalera «agua de ataco», «Que no hace mal», como reza la copla.

Un tufillo apetitoso de MOTE PATA; dulces de higos y duraznos de la estación, diluíanse sávido, en el provocativo de la chicha de jora, y el saturante de los *canelazos* y Agua de Florida de Lanman & Kemp.

Sentadas al umbral de las casonas y de las ventas comadreaban las patriarcales gentes; y de cuando en cuando, alguien prendía la chispa, que entre ellas enardecía el juego, hasta quedar pintadas y atiborradas de erin a cola, de los siete mil colores; bien sabido que en tales emergencias, no podían faltar MATARA (scirpus S.) soplándola

a mansalva; enmeladurada de ojos, huevos crudos, azul de Prusia, negro de hollín. . .

Cruzábanse los enamorados a pedir *entrada* donde los «adorados tormentos», seguidos de valioso *parque* de polvos y esencias—fíos que pasaban a la categoría de *huesos*, para ser abonados en la honesta vida matrimonial con el haber de Dulcinea.

Y la gallofa de la vecindad, a tomarse las esquinas, flameando como pabellón, la manta negra, con caja cenca y con cencerros. Hechos una sopa. Pasados de frío.

¡Qué falta hacia en la esquina de Todosantos la agilidad del cholo Juan y la ausencia de su estridente voz que sobresalía de la chusma gritadora del Agua—peseta! . . .

Del «agua» que no llovía, sino se la disparaba del menaje revolucionario de trastos desenzolados, de baldes que gozaban de letras de retiro involuntario, de latas en disponibilidad, que hasta ayer disfrutaran de jubilación y plena invalidez en los traspatios. . .

El músico de soplo que venía del compromiso, la china futre y el indio brabucón que pasaba terciado el chicote eran las víctimas. Desde San Sebastián a Todosantos; desde el Gallinazo al Chorro se atajaban las acequias para formar lagunas en las esquinas.

Agua dulce de San Sebastián, agua del Capulí, que indudablemente apagó la sed de Juan Ringri cuando prófugo de su suelo por el camino de Naranjal rumbo a la Costa, cantaba o lloraba por él la copla popular:

«Adiós, agua dulce
de San Sebastián:
ótroz más felices
te la beberán. . .»

Bajo el sol hilarante sonrieron las casonas durante los días de pagano jolgorio, que fueron triduo de paz, de amor y de recuerdo, en los tibios cenáculos de la Morlaquía.

CUARESMALES

Cuando se dió cuenta taita Pascual de la fuga de su Juancho, averiguada el otro jueves, entre libaciones y consultas con el Brujo, su dolor fue a estallar incontenible en la choza, acompañado del cañizo pingullo, y de una borrachera en común con sus allegados.

Le lloraron como a muerto. MAMA HUACA, la compañera del *adivino*, le aconsejó en última instancia:

—Taita Pashco, anda puñirás prendiendo un velita bocabajo al *umu* di Catredal o más bin —añadió de súbito—vamúchi al PRUMISA, onde mamita del Cisne, monzhirro milagrienta.

Y en medio de griterío feral, se conchabaron a lo último.

Para ese año, Pascual estuvo de *llavero*, y se aproximaba la Semana Santa.

Empeñó donde amo Tadeo el título comunitario y el del huasipungo, volviendo, a los años, a

darse el lujo de Prioste mayor de su Pueblo.

Ese día invitó a los acompañantes, para su fiesta del *Jueves Santo*. La copa era tarjeta, era pacto, era palabra de honor. . .

Mediaba la Cuaresma, con su celaje de penitencia, su olor de membrillos abrialeños y un tu-fillo de pescado. Era el ayuno a pan y chocolate, cuando de ordinario se almorzaba a las 10, se merendaba a las 4, y a la noche, se apuraba la jícara: (tamales, el sábado; el pollo del jueves y el cui del domingo). Entonces, las Bulas eran clásicas y la cuaresma conventual.

La Casa de Ejercicios del Corazón de Jesús, recibía ese año a «la flor y nata de Cuenca», como afirmaba Don Pancho Pesántez, encerrándose en ella en unión del Coto y otros conocidos.

La Casa daba impresión de adustez medioeval, con sus celdas estrechas y oscuras, que por todo mobiliario ofrecían dos o tres *tarimas* de recios carrizos afianzados sobre orquetas de capulíes: allí entraron los linajudos chacareros, atraídos por la fama de elocuentes oradores; allí, los artesanos, carne de cañón; allí la burguesía, carne de buen ejemplo y junto a otras repletas y voluminosas humanidades, la de Dn. Tadeo & e hijos con servidumbre, distinciones y otras santas holguras, para que del encierro salgan nó como trapenses, sino con cara de obispos. Tronaba el púlpito sobre esos cogotes rollizos y esos abdómenes desafiantes: «Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja». . .

Por los tachos y luengos corredores de la empradizada, recoleta y colonial Casa de Ejercicios se deletreaba con lento paso el «Lavalle», o

el «Manual del Porpetuo Socorro», que ayuda al exámen de conciencia.

Gamonales de brazos cruzados; chagritas con la vista baja.

Dn. Pancho resuelto a no hablar más mal del prójimo; Dn. Tadeo y Cía. prometiéndose a prestar sus caudales para «obras de beneficencia» o con el módico interés de que el mil por mil de la posteridad lea sus nombres como título de propiedad o como membrete de documento público !Llor a los acreedores!

De las celdas del Largo, del Coto y compinches de armas y municiones, escapábase la bocanada del buen *quemado*, o de gloriados con *punta* para evitar el cólico y otros males de las abstinencias.

Meditaciones y suspiros profundos llenaban el silencio de la Capilla, en las pausas del órgano que gemía el «Guamán», o tono de oración, yara ví como lloro indígena que hacía pensar a los pobres en sus deudas, y a los ótros, en la eternidad.

Saldrán santificados después de la Comunión General, a la hora en que les esperaba en sus casas, la tradicional Fanesca del Jueves Santo.

Habían comenzado las fiestas de Semana Mayor en nuestras serranías.

Racial y eminentemente ritualista el campesino, es muy posible que si se le arrancara del ceremonial católico, como la Conquista le desenraizó del culto del Sol, no plegara tan fácilmente al Socialismo científico, ni al comunismo de patente moscovita, o de cualquier otro sello, si se le privara de sus Fiestas.

Ayer bailó en Cori—Kancha sus kashuas y y ayrihuas: después, si ya no le podemos llamar inca, sino apenas mitayo, runa o indio, presta sus yaravíes a los himnos cristianos, vuelve a su religiosidad; obsequia sus danzas sagradas a las Festividades; abandona la SORA por el espíritu de caña; y sigue buscando en el culto Católico sus pretextos raciales, para mesa epicúrea al aire libre; la música a pleno bombo, las campanas que asorden, los cohetes que atruenen, las chamisas que abrasen; la CHICHA, que siga regando la tierra de Pachacámag, como en los ofertorios del Raymi, en los solsticios de Tahuantinsuyo. . .

Desde los DIALOGOS de San Juan de Nove-dades, hasta el MANTO—QUICHUNA del sábado de Gloria, median otros tantos priostazgos, en que toman parte GUIONEROS Y PENDONEROS por lo común, caciques y mulatos, que disponen de patio y corredores para el reparto de pan, cajas de manjar, insignias de los *pasos* y chicha dulce, a los niños convidados para la procesión.

Allí de las LOAS; de los RETOS; de las CURIQUINGAS: los primeros, niños y niñas aldeanos, que recitan de pie y en traje de carácter, sobre los cercos de las cuatro esquinas de la plaza parroquial: las ótras, disfraces grotescos, que remedan a esa ave sagrada del tiempo incáico.

Costumbre debía ser entre los indígenas, vestirse de aves y animales de sus blasones mitológicos, que hoy los llaman, degradando y mixtificando ritos en sus disfraces: *Borrego—danza*; *runa—danza*, *huagra—danza*, *curiquinga*, etc., para ejecutar bailes de fiesta, al modo de su épo-

ca con la más ceremoniosa de las Coreografías: la del TUCUMAN; la del HAYANFAILE, la del DUNDUCHIL; la vaca loca... y otras locuras...

Los *Santos Varones*, son otros conspicuos y caracterizados personajes, por lo común decanos de Sacristía o antiguos DOCTRINEROS, que verifican el acto material del DESCENDIMIENTO, con gran pañuelo a la cabeza y una cota paleolítica, alquilada al pertiguero de la Catedral.

Pero, de entre todos estos Priostes, de la Gran Semana, ninguno más circunspecto y destacado que el LLAVERO: lo era Pascual.

Y cómo no sólo es uno el de la *asistencia*, sino que son varios los que forman la corporación, de allí que se les diga:

Los Llaveros

Son vanguardia en el pelotón de gente; el grueso del cortejo, que empieza a llamar la atención desde el Jueves Santo. Quizá desde el miércoles.

Allí los vemos venir: encasquetado el toquilla, hormado ad-hoc, o en otros casos, el tarro, la pavita o el mocora, buscados en la prendería, donde se alquilan guirnaldas y ropas de INOCENTES; sereno el semblante lampiño, los ojos encarnados por la gula o la pereza, hierática la nariz ganchuda y el rictus de indo-américa en los labios. El resto, considera, alma cristiana!

Son los llaveros que vienen llenando la carretera en escuadrón o en columna al fondo, al son de un paso—doble, un poco triste, por tratarse de la semana de *pasión* y un poco alegre, porque al

fin, el prioste, es prioste... ¿y llaverero? sólo el que tuvo cara de financista.

Irrumpen de la plaza, a vitorearles, la bienvenida, tres o cuatro camaretas, que hipan ¡HURRA!, al unísono con las campanas de cuaresma que salen al encuentro de la comitiva. Los llaveros vienen de capa o de levita: de negro en todo caso.

En la paz del Pueblo.

Entre el piar de nidos y gomereros.

Bajo un cielo de *semana santa*...

Detrás de los llaveros, marcha con la serenidad y ecuanimidad de los justos, la gamonalía de cuatro leguas a la redonda.

Más fuerte y marcado, cuanto más se acerca a la Iglesia rural, acompasa la entrada de los llaveros, ésa especie de pasa—calle, medio fúnebre y medio marcial, medio—criollo, medio colonial; medio yaraví, medio fuga, que por ser el mismo para todos los años, bien pudiera llamarse el paso—doble de los Llaveros.

Lucen al sol los escapularios bi y multicolores, que rematan en pectorales de lentejuelas, y por las espaldas, en una águila bordada con hilos de argento.

La cinta de Pascual,—que va al medio,—de la que pende la llave sagrada, que recibiera de manos de su párroco, en la Adoración del Monumento, se distingue por su anchor, pedrería y por las dimensiones del cóndor que cuelga a sus espaldas, del tamaño de una gallina gorda.

Cinta obsequiada por la Ama—niña, por la ña Michisita, en recuerdo de su Juancho.

Presiden el religioso desfile las Curuquingas

de oficio, danzando bravamente, en una atmósfera pastoril, abaniquada de árboles paralelos y cascabeleada de campaneos feligreses.

Para eso van detrás: el basorno, el figle, el cornabacete, *el llustidor* (Especie de trombón); el bombo, el redoblante, el bajo y el requinto; no han pintado todavía los costumbristas la psiquis de los músicos de la banda del pueblo! ¡de esta caricatura doliente del arte que camina.....

Todo por su Juancho.

Por el bienestar del benjamín de su choza, a que se cumpla la voluntad de Dios—oraba hondamente taita Pascual, togado de LLAVERO.

Y este ir y volver procesional, se repite dos, tres veces, al día, durante jueves y viernes santos, luciendo el coramvobis y serenidad Atahualpina de quienes se dejaron ver del pueblo, como cuantiosos *entrantes*, o padrinos de fiesta.....

Junto al llavero mayor, ibase de acompañante, el decano de aquél culto, especie de maestro del gay—fiestear, por haber cargado la llave algunos antaños. Con levita alquilada, zapatos de asistencia, sombrero a la pedrada y bastón a la funerala.

Regresados cada vez a la *posada* donde hospedan familiares y relacionados de los llaveros, ahí los esperan el mantel ad—natura tendido sobre la grama y a orillas de la vertiente!

Departen beatíficos; inspiran respeto a los asistentes y no se quitan la indumentaria de flete, ni el calzado sofocante, en largos dos días de paquete.

La música no falta; las campanas los anuncian, los cohetes los vivan.

¡Cuántas veces desde la entrada, hasta la salida de la iglesia, en un sólo sueño se despachan, sintiéndose amautas, o cushipatas!, y esperando con bostezos, la hora del desfile, al son del PASO—DOBLE DEL LLAVERO.

Entre tanto, en la ciudad, la multitud pululaba, en los rezos de la Semana Mayor.

Noches de luna, evocatrices de las noches palestinas: de la luna eucarística de la Tierra Santa; Noches de la Cena, de la Negación, de los Olivos.

¡Hasta el plenilunio elevado como hostia por los trémulos silencios provincianos del Viernes Santo!

La familia de mi Cde. Pesántez atravezaba la plazoleta del Carmen Alto, entre el gentío que rezaba las siete Iglesias.

D. Pancho, con reluciente tarro de unto y el bastón bajo el brazo, añoraba al oído de su Dña. Michi las procesiones antiguas de *Almas Santas* y de los *Santos Pasos*, que solían guardarlos las casas principales y las capillas monásticas...

—Allá, por el 84, en los tiempos de orden, en los buenos tiempos.....

Pero, se callaba, reprochándose de recién convertido. Había perdonado a todos sus enemigos, hasta a los políticos, que son a veces imperdonables...

Emergían del monasterio carmelita como curiosos encapuchados, árboles negros, árboles monjes de estirada cogulla, galvanizados de luna, del astro suave y nazareno, vestido de su mayor albura, como para comulgar esa Noche Suprema: «recolitur memoria Pasionis».

Cantaban Trenos y Salmodias las Contemplativas desde allá adentro de su inviolable claustro.

Rosaura oía y se extasiaba ante las coloniales y diminutas ventanas, con cierto lejano sentimiento vocacional, tan de la época.

—Por esas ventanas—detúvose don Pancho a repetir la leyenda de las hijas del Gobernador Tormalec:—Reclusas en la flor de su juventud por la testarudez chapetona del padre, esas ventanas son testigos del apóstrofe triste que, con dejo de cautivas, lanzaban las monjitas Tormalec, arrojando piedrecitas a la plaza colonial y diciéndoles: «Id, piedras del convento, siquiera vosotras a conocer la calle, que no la veremos nunca».....

En las esquinas de las plazonas apostábanse, bajo el cuidado de un gendarme, los encarcelados, cubierto el rostro con una roja zaraza dentro de la que hinchábase una entonación lúgubre, como aullido largo, gemebundo:

«Fieles cristianos, una bendita caridad, por amor de Dios».

Limosna que pedía un platillo a los pies del crufijo que decoraba la tosca mesa.

Crujía la cadena que engrillaba su empeine, crujía la silleta, crujía su garganta de gozque amarrado; crujían los centavos y crujía en el alma la muda protesta del amor cristiano a las fierezas de la cárcel...

Crujía el eco de la retreta fúnebre frente al atrio de la Catedral bisabuela y a los agobiados arcones del cuartel viejo.

—Ah... en éste Cuartel... y se tragó el

pensamiento largamente madurado, mi Comandante Pesántez; iba a decir en éste albergue de chapulos, macheteros y «amigos de la causa», y tosiendo, como quien ha deglutido una píldora, apenas se limitó a decir:

—En éste Cuartel vetusto hay mucha historia americana: de aquí salió Calderón para ir a inmolarse en el Pichincha; aquí descansó Bolívar de sus triunfos de Libertador; por aquí pasó Sucre a derrotar a los peruanos en la campaña de Tarqui... en éste cuartel que tantas cosas encierra... y se mordió los labios.

Estaba convertido.

¿A dónde hemos de ir a las TRES HORAS? —preguntaban Trinidad y Duluca, que venían a la cola de la familia.

—Hay que averiguar dónde predicarán Tomás Alvarado, Juan Cuesta o Nicanor Aguilar, los *picos de oro* del púlpito cuencano, replicaba unciosamente Dn. Pancho.

Sobre todo para el descendimiento o el LLANTO DE MARIA, eran insuperables: su don oratorio solía ir hasta las lágrimas...

Viernes Santo

Señoreaba la luna. La ciudad oraba embozándose en el armiño caudal de las brumas andinas.

Vicente pensaba en lo que le contarán las beatitas Trini y Dulu.

—¿Será verdad, Alicia, que el Viernes Santo, hasta los pajarillos ayunan?

—Talvez, contestábale candorosa—porque to-

da la tarde ha callado el Turpialito que Pascual nos trajo el último jueves que vino y no le halló a nuestro Juanito.

¡Sábado de Gloria!

Las campanas de resurrección atolondran a los parroquianos, nada menos que se trata de un coro a tutti, de los sacros bronce, cuyas ondas estremecen la atmósfera, las paredes, «Los cielos y la luz»; es tal el ruido con que se regocija la Santa Madre Iglesia, que ni se puede hablar, ni oír, hasta el extremo de que los parches auditivos se quedan todo el día temblando, con el eco de las reidoras campanas de Pascua Florida, anunciadoras de la Aleluya.

Mientras canta el preste: «GLORIA IN EXCELSIS» se rasgan los velos muarés y lilas de los altares, la gente menuda y los aprendices de sacristanes se apropian de las cuerdas de la torre, y batan a todo brazo, desde el badajo de la campana mayor, hasta las campanillas de sus laringes.

Ellos se ingenian por armar la bolina y urdir el chiste alusivo a la Resurrección triunfante y gloriosa de Jesús, cuando los soldados que custodiaban el Santo Sepulcro, cayeron atónitos y deslumbrados y se quedaron de espaldas «como estupefactos», contusos y boquiabiertos...

Desde la víspera Vicente y otros, entre la chusma bullanguera, andaban tras la colecta de perros, cuyo centro de secuestro era el Cuartel, donde quedaban listos para el instante del «Gloria»...

Atados a la cola sendas latas encohetadas, a

su traquido rechinante, cabriolaban, aullaban y volaban desalados los infelices canes, rabiando más y más ése instrumento de suplicio...

Era el espectáculo: las calles se amontonaban de curiosos, que a mayor abundamiento reventaban petardos y cohetes nipones, para acelerar el correr desenfrenado del fiel compañero del hombre.

Irían a parar los cuitados, en el rincón de algún bosque cercano y acogedor, en donde dándose cuenta de si han muerto o viven aún, lanzarían suspiros de satisfacción y quedaríanse a reposar la canillera y la canícula, provocada por los MATA-
PERROS.

En las casas hubo derroche de ocurrencias y bromitas de todo calibre; en la cocina era el empujón, entre gente hecha a las armas; en los patios, las preguntas inofensivas y en las plazas, y de balcón a balcón, volaban los consabidos cumplimientos sobre los quebrantos y caídas.

Al salón iba la criada de la vecina, llevando tablillas, vendajes y ortigas, para hacer más gráfica la chanza, con esos adminículos propios para un resbalón, golpe o traspicé, o caso fortuito...

La alegría era campechana, saludable, casi infantil; el día cosquilleaba con su sol, con su azul celeste, su verde campesino.

El último estremecimiento de la campana pascual aún conmovía al perro vagabundo y CHALLI, que bajo la cordial ramada de la pradera lamíase la estrangulada cola.

¡Pascua Florida! Pascua de Abril, la profana sonrisa tradicional te festeja por estos andurriales, con la nota especial de que los corderos de los ju-

díos, son aquí toscamente reemplazados por el sacrificio no muy cruento de los «Perros Pascuales» . . .

A las tres de la mañana, del domingo, Trini, Dulu y doña Merceditas, acudieron donde las Carmelitas, a la acostumbrada misa del Resurrexit.

En retornando a casa, misiá Merceditas sintióse presa de escalofrío. Cundió la alarma y hubo que esperar al Galeno.

Era ni más ni menos que la bronconeumonía u hogaño «la gripe Española» de pronóstico reservado, por tratarse de persona cardíaca.

El soplo inclemente de la orfandad y la nube negra de la viudez se cernían fatales sobre el cristiano hogar de don Francisco. . .

LA RO ME RIA

Y llegó septiembre, mes de la Romería a Loja. El indio de Cuenca, fiestero y ostentoso, que se concierta para toda su vida, a trueque de endeudarse en los priostazgos de ruidosas fiestas; consumidor impenitente del alcohol, supersticioso y cristianote, pleno de la fé del carbonero y continuador leal de las costumbres de sus antepasados, es el prioste nato de la fiesta austral de la milagrosa Virgen del Cisne.

Quién aventura un negocio, pierde su recua, ha estado en artículo de muerte, o en fin, ha sufrido un duro y apurado trance, sobre todo, nuestros abusioneros indios, hacen la formal promesa, de ir el OCHO de septiembre a Loja, peregrinos y a *pata*, ameritando así la misa, que van a PASAR a Nuestra Señora de Guadalupe, advocada «del Cisne», por las devotas provincias.

Y con el plazo de un año, el campesino prepara su peregrinación, a veces, acompañado de la cara mitad y de la prole, y en todo caso, compro-

metido con los vecinos y parroquianos de la feligresía, para salir juntos, y juntos darse a la vela; y así mismo, regresar en amigable paz y compañía.

Se han liado los petates; las casas de los campos quedan herméticas y silenciosas. Ha llegado la hora del viaje. El camino a Loja se está llenando de garrulería rústica de yaravies vetustos y monótonos; ventas y posadas de la rectilínea carretera, con sus ágaves, retamas, capulicadas y nopales, se ven invadidas por el apiñado cordón de caravanas, propicias a los ayes cerriles; a los lloriqueos del rondador; al desacorde incaico de la desafinada concertina, «ronca de tanto gañar», y a los JUYES, y adioses con que la indiada alharaquea el sufrimiento de ausentarse, aunque fuese un dedo, de los lindes nativos.

Las despedidas demoran de seis a seis, entre menudas libaciones, con las que se remojan el brazo, la reconvención o las ofertas.

Por todos los caminos la cabalgata: a dos estribos la «chaza suca», con el toquilla coquetamente llevado; luciente el arremangado bolsicón y terciado el paño gualaceño y reluciente. A la grupa, el balde, el poncho de aguas y otros enseres de previsión caminera. Y con ella, los suegros, el chazo del marido que la amarca como cosa propia; y el compadre y el vecino, en los trotones.

Brama la concertina sus tonatas, con las notas más largas de las canciones más tristes.

El marido apéase por la grupa, en la taberna. Para alborotar de nuevo las alforjas; para ajustar las cinchas... y otra vez la despedida, entre el impacientarse de las buenas mulas y los caballos «amañados al mal camino»....

Tres, cuatro, cinco días de a bestia... Es justo que metan bulla los preparativos.

El indio hace gala de salir de Cuenca lo más ebrio posible, tumbándose intencionadamente del caballo, desafiando a la Policía, *choleando* al gobierno y rayando de insolente; vociferando interjecciones como HUARACAZOS, hasta que, una vez avanzada la romería lejos del poblado, a las rampas del monte, como nadie le ve, ni escucha, el buen viajero no tiene sino que seguir tranquilamente la partida.

Pascual Ringri—concierto del latifundista, don Tadeo Morocho,—iba entre el gentío de caminantes.

A la noche,... los indios parloteaban, entre ronquidos de la caravana trashumante, tendida en el santo suelo, bajo cualquier cobertizo de los solitarios mesones de la jornada.

En quichua conversaban. En quichua reían y luego roncaban como soplando quipas. A la madrugada, otra vez el vocerío en la *lengua oficial*: el quichua, que tan armonioso resuena por las breñas Andinas.

—Así, juin ingañan patrunis; así miso taita Pacho Pesántez, ojreció poner a mi huambra Juan en Iscuila y enseñar escrebir, diosolopague, a que sea como amos abogados.

Y Pascual había creído cerrar sus ojos en paz, después de ver a su Juanchú, a la manera de los hijos del sacristán y del Teniente Político de su pueblo, que estaban en la ciudad. El uno estudiando para maestro de capilla, y el otro, en el Seminario, para TAITA CURITA, y se quitaba el sombrero ante esta idea.

Su Juan, hubiera avanzado; cuando menos, a Juez Civil, y entonces. . . Entonces el amo Tadeo le hubiera regalado chacritas, como solía regalárselas a los jueces, tenientes y taita curas que exclamaban a los cuatro vientos la propaganda de «semejante filantropía». . .

Al dormirse en los tambos de la jornada al Cisne, sonreía Pascual, ante la soñada dádiva de las chacritas.

—Qui más ti quiris mitayo? . . .

—¡Upalli, mapacuintos! . . .

Y roía, roía, como un can famélico, las más rosadas ilusiones.

El milagro de la Promesa.

* * *

Arribaron a las goteras de Loja.

Era el momento de FACHAR, o juachar, como lo decían; y, efectivamente, hicieron un alto a orillas del Zamora, para lavar en sus «magnéticas» linfas los pies enlodados, que lucirían como obsidianas; bañar el caballejo rengo y descoyuntado por los barrizales; chafar la camisa almidonada, la cotona nueva, el pañuelo albeante al pescuezo. . . Había que hacer el alto a orillas del Zamora, para el estreno de las alpargatas o del calzado inexhorablemente justo; para vestir a la MOJIER con albanegas y huallecas y collares, con el monumento de follones de los colores más escandalosos; lavar kipas y bocinas, para que retumben, y por fin, después de soplar con aguardiente las mataduras de la recua y echar bárbaramente puñados de ají a que caracoleen a costa de aquel

suplicio, calarse el sombrero hormado, y. . . a Loja.

Reunidos en grupo compacto comienza la boлина. Piafan los potros; tabletean rechinantes los cascós y ululan hipadoras las concertinas; los ginetes galopan armando la de Dios es cristo, y resuenan en las serranías del Villonaco las tremebundas semibreves de las bocinas. Con lo cual, entran en la plaza, e ipso facto, antes de ir a las posadas, apéanse para saludar y encender la espelma votiva a TAITA DIOS DE LOJA; mientras afuera, relinchan las bestias impacientes que a la sombra de la Iglesia mascan los frenos y martillean el suelo de la frontera; donde va tomando la atmósfera un cariz de Fiesta. Entre tanto:

Los músicos que vinieron a horcajadas sobre las composturas y valijas, la banda que viniera contratada, preludia tonatas que estuvieron de moda, allá por el 93, traídas por los soldados que llegaban de Quito.

Da comienzo el bombo, al que sigue, sin dar pié con hola, el registro plutónico del Bajo; a ellos pone en paz el resoplido de un pistón, que parece batutearlos; después, el clarinete hace prodigios de GALLOS y apoyaturas, y un trombón, completamente desorbitado del tono, bordonea sincopas, en compensación a los apócopies de los platillos y redoblante, hasta que, el requinto, con dos pitadas en falsete, hace curvas para agarrarse a destiempo al dacapo.

* * *

Luciendo sobre el abultado abdómen la clá-

sica leontina de oro, los mercachifles de los pueblos fronterizos del Perú allí acudían para la Gran Feria del Cisne, con sus baratijas, los «paños piuranos», tan codiciados por las bolsiconas morlacas. Bisutería y arneses; los pellones, las alforjas, y sobre todo, esos caballos de raza, con aperos chapeados y frenos con argollas de plata. Menudeaba el negocio de mulares, rucios y criollos. Se hablaba en Pesos o en Soles. Y hablaban fuerte los negociantes que habían de volver con cientos de potros como botín de la Feria.

Hay un vaivén de chalanes que sacan la raza, giran y sofrenan a la raya.

Ya llegarían para transportar harina de los molinos y alfalfa a las «yerbaterías», los burros lojanos, de fama. Y los caballos de raza; la ágil mula lojana y los búfalos de brazos, que lucirían por el paseo, ostentando la estampa del hacendado.

Bajo las toldas de peruanos se cantaba las bailables marineras. Oliase el auténtico «seco de chivo» y servíase la calabaza del refrescante «claro», *cojudos* de ese «claro», tantas veces recordado por don Pancho, cuando refería sus anécdotas del destierro a Piura, a donde lo expatriaron en junta de otros valientes adalides de la «Cinta Azul»...

* * *

Pasa el Gran día.

Los romeros piensan en la LLACTA, a la que debían volver con recuerdos de la tierra del Cisne; y, entonces, allí el inflarse de las alforjas con

turrone y rallados; los mismos que, al aparecer en el mercado de Cuenca, señalarán el retorno de la popularísima Feria del 8 de septiembre, para asistir a la cual, se terminaban a fines de agosto, los jocundos preparativos.

Y por donde se fueran, volvieron los romeros a sus caseríos: Fiestaman, Fiestaman! Venimos de la fiesta, parecían decir sus alforjas paiteñas; los rallados y turrone de la dulce Loja, que ocupan puesto de honor en las mesas del Mercado. Ya estamos aquí, resoplaba la recua negociable de caballares, traquetéando sus cascos por las calles de la ciudad y de los pueblos.

!Fiestaman!: sonreían los bocadillos obsequiados a las amistades.

Fiestaman: olían los ricos mazos de tabaco del huerto lojano.

¡Fiestaman!: transpiraba revolcándose en el santo suelo morlaco la nueva mula, que de hoy en adelante portará la balija de los correos del Sur.

Pascual mandó su charol *urcushca* de turrone, bocadillos, como heraldo de su llegada, a saludar a la ña Merceditas.

—Siquieran esos tristes ralladitos. . .

* * *

A los pocos días, el milagro fué.

Don Francisco sabía ya del paradero de Juan.

Al siguiente jueves de su regreso de Loja, encontróle don Pacho a Pascual, a mediodía, cuando había liquidado sus ventas de paja, leña y carbón, traídos del cerro comunal a la luz de las siete cabrillas. . .

—Alabado sea Jesucristo, taita Panchito—saludó Pascual con melosidades de perro que llora de gusto y de gusto agita la cola.

—Vénte, viejito, para darte una buena noticia—y le haló del poncho: Mis clientes de Sayausi, que llevan el correo por Naranjal, acaban de llegar de Guayaquil y les sorprende hablando de Juan Ringri. ¿Qué te parece? Yo les he dado señas, y con curiosidad les he preguntado, más que si fuera su padre; y ellos me cuentan haber hablado con él en la hacienda San Pablo, de Naranjal.

Ha indagado por mí, por tí, ha suspirado por nuestro Cuenca; dizque está alto, parece un montuvio—relamíase don Pancho, con su verbosidad acostumbrada—Y me han asegurado que salió junto con ellos a Guayaquil, en un enganche de gente que iba al trabajo de las Obras Públicas, en el muelle. No te aflijas, Pascual:

Así lo ha querido Dios. . .

Pascual incontenible, limpióse los ojos con la punta de la ruana, y ululó en ese cantado indígena, con que se lamentan cuitas, las virtudes y el retrato de su Juancho.

¿Quién tenía la culpa?

Nadie. Ni él, ni el amo.

Cuando se venden: el padre al hijo; el discípulo, al maestro; y se vende alma, conciencia, honor, Patria, ley, etc.

¿Quién tiene la culpa?

La pobreza—dicen mis paisanos.

El dinero—corrigámosles: el «invento judío», razón de razones, y causa de causas:

«el fetiche amarillo

eterno compañero de Judas Iscariote», como lo maldijo Dicenta.

Este Dinero tan mal repartido.

Habían quedado clavados en el suelo, Dn. Pancho, pensando en sus deudas a Dn. Tadeo y Ringri, sin explicarse por qué no vendería la vaca y el cuchí. . . y por qué se compra a los cristianos. . .

PROVINCIA

Don Pancho cruzaba por una nueva etapa de su azarosa vida.

Empleado y militar, antes de la transformación, durante el Gobierno conservador, al que sirviera, hasta ascender a Comandante en Jefe, en la Restauración, iba en el vaivén de la lucha por la vida: de pendolista a dependiente, de aquí, a negociante, a quilleca, a Alguacil, a Juez, a sobresistente. . .

Era de oírse de los incansables labios de Don Pancho, escenas de Galte, de Balzar, del Gatazo. . . las de los frentes revolucionarios del 83 y del 95; en que las charreteras y el inconsútil GRADO militar eran blasón de matonismo, y se prodigaron hasta de CAPILLO, con el agua bautismal: ego te baptiso: capitán graduado, &c.» dándose casos de alferencias puerperales. . . y coronelatos congénitos: negros parásitos, que en simbiosis abracadabrante con la PLAZA SUPUESTA Y LA RE-BUSCA, ulceraban y pudrían el paupérrimo tronco

de la libertad republicana; y continuaba Don Pancho:

«Con mi General Sarasti apresamos a la Marieta de Veintimilla. . .

Otras veces, consumiendo cajetillas de tabacos, historiaba:

—«Recuerdan UU. del Cebollar. . . Ese 5° de julio. . . y ese 22 de agosto, cuando el jipijapa del indio Alfaro, era cernido por nuestras balas: Brrum, por aquí y brrùm por acá. . .

Tuuiiii. . . silbaban los plomos»: Era su can- taleta.

—«Y la ferocidad africana de mestizos y cafres se hizo «Escuela de Oficiales». —al decir de un historiador contemporáneo—Imponiéndose la paz armada de los Cuartelazos, sobre confinios, calabozos, violaciones, saqueos y empastelamientos de los órganos de la Idea. . . Cáspita! oíasele tras el mostrador de su cantina, donde Vicente venía a desmamantarse, a chupar ALTA POLITICA, convertido en escucha consuetudinario de tales homilias.

A la caída del conservatismo, por el 96, cuando su sobrino estaba en pañales, y su pobre hermana, la madre de Vicente hubo de lactarlo en los escondites «con leche de susto»; al volver de un amargo destierro, refugióse en el bufete de plumario, y en sus aficiones al juego y a los gallos, adquiridas durante su era militar.

El mismo azar llevábale hoy al manejo de una cantina, y ahí lo tenemos, detrás del mostrador, junto al barril del «YUNGUILLANO»; y limpia que limpiarás la fila de botellas, vasos, copas, en constante escurrimiento; ringlerando perchas

de licores, cervezas y kolas, incinerando atrapamoscas. . .

«Una de las más grandes traiciones—refería a sus cofrades que acudían por la consabida MANANA—fué la del General Veintimilla contra el repúblico Dr. Borrero C., que tuvo la debilidad de nombrarle a aquél de Comandante General de Guayaquil. «La historia de esa ominosa dictadura es para que se avergüencen quienes sirvieron de esclavos incondicionales de ése soldadote ignorante y vicioso. Inspirado por una ambición desmedida, dió un golpe de audaz suicidio, haciendo que el Ejército le proclamara Jefe Supremo, dueño y señor de ésta República desgraciada».

«Patriotas insignes, sin acuerdo, ni convenio anteriores se levantaron en armas, y tras de una campaña prolongada, llena de peripecias y triunfos, atacaron al tirano en su último reducto: Guayaquil, vencéndolo y libertando a la nación, digna de mejor suerte».

«Invitados los principales actores de ése glorioso drama, asistieron a un baile los Generales Salazar, Sarasti, Flores, Landázuri, Lizarzaburo y Alfaro».

El penúltimo danzaba con una guapa señorita, que le preguntó:

—¿Ud. es el General Alfaro?

—No, señorita, contestóle: Soy Lizarzaburo, . . . menos indio que Alfaro».

Reían los tertulios de los chascarrillos y anti-güallas del inmisericorde curuchupa Dn. Pancho, que a renglón seguido, añadía:

«Oigan esto más. Lo que pasó en otro baile».

«Cuando el Ecuador era como feudo de los

Alfaros, el poco divino *Olmedo*, dominaba con más autoridad que su padre, que era todo corazón de madre». . .

«En un sarao aristocrático de la Capital, el arrogante militar bailaba con una bella y espiritual damita—Niña Hipatía—que sabía tratar con talento y gracia, cual distinguida quiteña. . .

«El galán le sopló esta pregunta:

«—Soñó Ud. alguna vez tener la suerte de bailar conmigo?»

«La respuesta fué:

—Jamás me atormentó esa terrible pesadilla». . .

* * *

Don Pancho madrugaba. Oída su misa de cuatro, abría la tienda para recibir, entre claro y oscuro, el aguardiente furtivamente concertado con los contrabandistas de la montaña. Debían traerle sus compadres de Taquiculebra.

Con cuántos disimulos se ingeniaban para entregarle: lo que ingenia el miedo; lo que urde el afán de vivir.

—Nó: el contrabando no puede ser malo. Filosofaba consolándose en su caso de conciencia, con la lógica de mi Coronel Holguín:

—¿A quién perjudica? . . . A los rematistas

—¿A quién robas? . . . al Gobierno; oh, hijito, quién roba de un ladrón.

Pasaban las panaderas. Esquilas y esquilones parecían suspensos de la bóveda matinal, llamando a misas tempraneras. Algunos ebrios entraban en pos del cueri—chunchi, del huallpa—caldo, del bléris, trinquis fortis, chiripunga—

zo, quitólis, y el sin fin de nombres con que los *chupistas* honraban al espíritu de caña.

Las cinco de la mañana. Don Pancho dormitándose, incorporábase del frío, serraniego. Por su imaginación mariposeaba la pregunta a su hado fatal: ¿y si cayera? ¿y si le cogieran en el contrabando? Pero, cuántas injusticias!

Si Cañas Cruzado y los Ríos, es decir los gamonales que equivalía a decir los Rematistas habíanse redondeado fortunas con el contrabando:

¿En qué país vivimos? Y en su fantasía jugetona sonreíale aquél pasaje de su anecdotario, que hoy se lo contaría al primer cliente que asome:

Un Canónigo azuayo, sabedor de que su amigo médico había sido nombrado Alcalde cantonal, encontrándole cierta ocasión por los andenes de la plaza Grande, entre atrabiliario y humorístico, hablábale dicho: sé que eres el señor Alcalde. . . hombre, ¿en qué país vivimos! A lo que el galeno, ingeniosa y listamente, replicóle: —En el que tú predicas. . .

Se alzaba la garúa.

La luz se abría paso por la calle de D. Pancho como abanico de oro.

Los pobres —pensaba don Pancho— a no dormir; a tener los «huesos de punta», decía levantándose; a espantar el sueño de la mañana; a gastarnos sueño de perros..... Y los otros, los aristócratas, a dormirse hasta en las leyes; a taparse con los Monopolios, y hacer biombos de los Estancos... a explotar, sin ser notados, con diplomacia, con decencia..... y nosotros....los demás.....

Ay! pobreza, pobreza! Era un berbiquí que se internaba en los tuétanos para arrancar una respuesta que no salía. . .

—Maldita pobreza!.....

Corrigámosle: maldita riqueza, inventada por el mismo demonio para tormento de los hombres.

—¡Hola Paco!

—Què hay Jefe?

Era Plácido Holguín, el Coronel quiteño, salido de su habitual misa de cuatro, oída desde la mampara o detrás del órgano del Coro, que gozaba de muy buen RETIRO, y paseaba por la morlaquía—después de haber servido a SU CAUSA—con nombramiento de Preboste o Superintendente de Registros y Remontas.

Cada mañana departían con Pesántez. Al principio, se llegaron a mayores, hasta que cada cual hizo la declaratoria de sus CREDOS, acabando así su chabacana *discusión de principios*.

Mi coronel Holguín apuró sus cuatro dedos malos, y empezó como dado cuerda....

—No, hijito: tú, yó y todos debemos este *encanto de vida* al liberalismo. Tú, no lees, compañero. Fíjate: ya podemos todos por igual, decir cuánto lo pensamos. Ya se acabó aquella patraña de conciencia, de chismes de confesonario; de política de beatas; de ignorancia del indio. Alfaro lo libertó y le puso al amparo de la ley. La Constitución del 906 es lo mejor de nuestra historia, hijito... Yo respeto tu ideología, y cuánto hay. Pero así mismo, respeta lo que te digo aquí están: el Matrimonio Civil ¿qué co-

sa más legal? El divorcio ¿qué cosa más humana?

Porque, por un matrimonio de pichones que se han comprendido, hay mil que se aguantan a estas horas el infierno de toda una existencia...

«Y cuánta cosa, hijo. Libertad de pensamiento: ¡claro, racional, lógico! Libertad de imprenta. Nada de opresiones, confinios, ni pena de muerte. Nada de dogmas, ni teocracias: la Ciencia para todo. Alto ahí, abusos de curas y de frailes. Nada de fariseos, ni jesuitas. ¿No ves tu aquí a tanto cura haragán, llenándose de alba-cezgos y casas y cédulas bancarias a cambio de su cielo que lo entrega a los bienaventurados que le creen? ¿No ves comiendo a tus godos del plato liberal? Eso se llama individualismo, tolerancia, amplitud de criterio.

«Los soldados y todos, cuánto somos, todo se lo debemos a la pluma de Montalvo y a la espada del Viejo Luchador (y golpeó el bastón y saludó napoleónico). . . Ferrocarril? En el próximo junio se pondrá el clavo de oro en Chimbacalle. Escuela Militar, confort, palacios, becas, escuelas, modernidad . . . Democracia.

«Y por otro lado, continuar la cultura profana, la civilización al siglo, que quiso ponerla el gran Loco, el tirano genial, el eminente sanguinario, que nos avergonzó en Cuaspud . . . tu García Moreno, el de los azotes al bizarro Ayarza; el de los fusilamientos al Médico Dr. Víola, al General Maldonado, a Juan Borja, al pinochen-se, a los 27 de Jambelí: hijito, ¡cuanto horror! El que desterró a Valverde, a los Andrade, a Montalvo, a Proaño . . . a la intelectualidad ecuatoriana: Hijito ¡para algo son estas canas.! Sor-

bióse otros cuatro dedos, y continuó, relamiéndose: Allá, el oscurantismo, la opresión religiosa, la ignorancia, la hipocresía. Aquí, Libertad, Igualdad y Fraternidad, querido Paco. . .

Don Francisco, entre tanto, revolvía un rímero de periódicos, y de ahí extrajo un reciente número de «EL GRITO DEL PUEBLO», diciéndole a D. Plácido:

—No te contesto yo; que te conteste el Tuer-to Calle, un liberal convicto. Has dado? Bien. Ahora escucha:

(Leyendo)

« . . . Que queda en pié al ímpetu asesino de aquéllos menguados y otros peores, que pusieron a don Eloy en el disparadero?

¿La inviolabilidad de la vida? El tirano Franco fusiló a Vivar, llamado a ser un hombre ilustre, en el cementerio de San Diego de Quito; el Sr. Alfaro fusiló (conociendo que cometía una tremenda injusticia) al pobre Tello, en el muelle de Guayaquil; Valles Franco fusiló a Francisco Guillén en el Cuartel de Policía de Cuenca. . . »

—¿Y UU. no fusilaron a Vargas Torres? interrumpió encrespándose, Holguín.

—Y UU. al General Vega? chantóle don Paco. Sigamos leyendo: . . . «y así se inauguró tristemente el régimen, con fusilamientos que llamaremos oficiales; al margen quedaba un centenar de asesinatos y el horror de la contienda intestina, en la cual no se daba cuartel, como los derrotados en Cabras, y a los vencidos en Sabiango y la Florida . . . »

«Y corrieron los años y la juventud de Quito fue asesinada en las plazas públicas por la Policía

y por los cuarteles; y fué asesinado Vega y fué atrocemente, horrorosamente, indeciblemente trucidado el pobre Tomás Larrea, tan bueno y tan leal; y fueron fusilados nueve individuos en plena sabana, no obstante la declaración constitucional sobre inviolabilidad de la vida, y el pueblo fué asesinado en la Fiesta de San Pedro y arrojados sus cadáveres a los hornos crematorios... para ocultar el crimen!

«La bazofia del militarismo rampante, los asesinos, ladrones, matasietes, infames y criminales, con que el señor Alfaro integró su partido personalista, en el momento en que se le separaba la mayoría decente de los liberales o él los ahuyentaba de caso pensado—esa bazofia, digo, llenó los ámbitos y el asesinato se puso a la orden del día, desde las orillas del Carchi, donde ejercían de verdugos gentes anónimas, hasta las márgenes del Alamor y el Macará, recorridas por un liberal de leyenda, llamado el Comandante Darío Suquilanda...»

«Los que pudimos sobrevivir, aún respiramos» —y remojó la palabra el viejo con lo que sabemos—

«¿Seguridad personal? El panóptico lleno, las cárceles rebosantes, en indefinido destierro los mayores entre el conservatismo y el Partido Liberal; y el tormento...»

«El tormento en las cárceles, en el presidio, en los cuarteles, en las casas de Policía, en los buques de la Armada.» SS. A... M... Dr... J... P... Ministros de Dictaduras y Tiránías, de Despotismo siempre!!!»

«Ah, qué horror: cuánto refinamiento de cruel-

dad!! —Aún dejando a lado las tremendas cosas que yó denuncié en 1.904, en mi artículo «Sanción», que tan hondamente llamó la atención de la sociedad ecuatoriana, quedaba por decir la mitad, que no cabía en una simple crónica, porque al lado de las flagelaciones, fusilamientos, entierro de vivos, baños y jeringatorios helados a la madrugada; palizas, bofetadas, muertes a puntapiés, aplicaciones de maquinillas eléctricas, cortaduras de orejas y de narices, emergían horrores de futuro desarrollo. Los fusilamientos en el cuartel del ALHAJUELA, bajo el mando de C. Alfaro, y los trucidamientos, circuncisiones, castamientos, quemaduras a fuego lento, que tuvieron lugar en los barcos de propiedad nacional, después de la tentativa del 19 de Junio de 1907, que, en suma aspiró a ser función honrada y, significó una aspiración nacional»...

(f) *Ernesto Mora.*

.....
—Qué me dice, coronelito, a esto?

Y se agarraban los vejetes, hasta terminar con libaciones de a vaso, para sustituir con el calor químico, el fuego vital, que sobre sus sesenta inviernos iba faltando, como de apagados volcanes.

Y para cada día no les faltaba tésis: cuestiones militares, rentísticas, sociales, y la palpitante para ellos, la religiosa:

—El liberalismo fué humanizador, racionalizador de Estados, al dictar, por ejemplo, sus Tres leyes sabias: la del Concordato, por la cual, UU, no comprenden cómo la nación reconoce,

y a la vez se beneficia del valor cívico y del ascendiente moral del sacerdote. La de cultos, para evitar la ignorancia, la simonía y hacer de la libertad, el más espiritual de los cultos. Y la denominación del clero, no sólo por ser la hora del americanismo viable y lógico, sino para sojuzgar, igualar, ante la Ley, controlar, en fin, hijito ¿no recuerdas cómo paseó García Moreno, a la grupa de su caballo a un cura beodo? . . . ¿Qué mejores resultados que los que ahora dan en manos de la Beneficencia los bienes de manos muertas?

«Tus mismos correligionarios están lucrándolos . . . ¡Oh, hijito— exclamaba apurando el último saldo de los cuatro dedos: Libertad! Libertad; dí con D' Alambert: La Iglesia libre en el Estado libre. Con los enciclopedistas . . .

Don Pancho le cortaba con argumentos catequísticos, con el Decálogo . . .

Dios es uno, la verdad es una . . . Amigo mío, tu liberalismo nos ha traído el desenfreno, la criminalidad, la impunidad; la ambición de mando; la sed, la codicia insaciable de riquezas. . . ¡Libertad! ¡Libertad! cuántos crímenes se cometen en tu nombre, te diré con Carlota Corday, a que veas si he leído algo . . .

—«Si todo, como lo vemos, obedece a leyes, en lo físico y en lo espiritual, claro que hay un Legislador; y que a tanta injusticia, debe haber sanción Eterna y Justicia Eterna. . . »

* * *

El natural afable de VIVIDOR, que poseía

Don Pancho y aquél don de gentes, que pudieron haberlo llevado a rico, atrajéronle consumidores de todo jaez. Pero, una mala estrella desbarataba trágicamente los castillos de sus empresas.

—Hay una mano negra— se decían en la calle—viendo a don Pancho, eternamente alcanzado, en apuros y crisis, a pesar de sus virtudes públicas y domésticas, dedicación a sus deberes, su acuciosidad, y su misa diaria . . .

—Todo el que bota el hábito es perseguido por la desgracia —cuchicheaban las beatas, al pasar por su tienda y ver los afanes de D. Panchito.

Y dizque fué tonsurado . . .

—Y tuvo valor de salir del convento después de haber vestido sotana?

—No sólo eso: anda sabiendo que Vicente Flores, hijo adoptivo de Pesántez . . . qué . . . ¿no lo sabías? Don Pancho era íntimo de un minorista, cuando estuvieron de monigotes en el Seminario. Ese amigo, después Reverendísimo, perseveró, hasta que le tentó el diablo, que siempre elige las mejoras Almas. Y desde un curato de montaña, para venir de Canónigo, encargó a su *sobrino* Vicente, a la tutela de su compadre Pancho . . . Y el chico está dando nombre, como inteligente. . . No sé, santiguábase: pero, éstos . . . así . . . sobrinos de fraile son de gran cabeza.

—No digas, Duluca, puede llover fuego . . .

—Dios guarde, Trini; pero, ya son muertos el santo sacerdote y la doncella Catita, hermana de Don Pancho, ambos dos, que fueron los calumniados, en olor de santidad . . .

—Ay! no creo, no creo. Ya vez lo que han dicho de mi también. ¡Cómo jalan la lengua! Jesús, la calumnia...

—Ay! a mí lo que me han dicho!... ni los santos han quedado libres. Y se hizo tres cruces en la boca.

—Nadie estamos libres... mientras la alma está en el cuerpo.

El señor Pesántez resultaba humilde, pero interesante héroe de novelas.

Todos los clientes de su era curial, vinieron a parroquianos de «su establecimiento», como llamaba a su taberna.

Y sobre todo, los jueves, en que pululaba de indios y de CHAZOS.

Y el indio del jueves es un semi-dios feral de la cantina. Allí lo olvida todo: su chacra, su rebaño, sus deudas; dijérase que quiere olvidar hasta de que es INDIO. Ensombrerado, emponchado, empolainado de lodo, logrando de la «epopeya de la caña» y de su música indígena, sorbida e hipada por la concertina azeante, desata su quichua, a voz en cuello; bailotea, y ríe en coro «como un huallo que se vacía» y mientras apura su bacanal del jueves... allá, que rueden compromisos y concertajes y TARIJAS; que la vida *haga tiempo*... y... ¿Qué le importan amos gobiernos, ni amos tenientes, ni amo—patrones?... Allá... que hasta el dolor le espere.

Se enloda la plaza con tributos de barro de la cordillera; de arcillas y cangahuas de los chaquiñanes, traídas en las cargas, en las pezuñas, en los cascos y en los pies franciscanos, que se des-

calzan y se desempolainan del limo glutinoso, como su quichua, y caminero, como sus ágaves.

Por las cuatro esquinas de la plaza, entra el río de camiluchos de la gran campiña morlaca; los toldos blancos, los toquillas que albean al sol; las bayetas de la tierra, que son como el musgo de la raza andesítica...

Gualaceo, con sus paños. Paute, con sus peras. Cada pueblo con sus especialidades.

Los guaneños, llegados a horcajadas sobre sus asnos cargueros de la mercancía de la industria norteña. Los yunguillas con haces de panelas... —y así, el resto de Morlaquia.

Pingullos, rondadores y concertinas.

Llorido de hualuas cargadas.

Alboroto de chapas con indios borrachos.

Vocerío mercachifle de gringos, que más tarde serían *firmas*...

Mugir de cimarrones...

Sol picante de feria.

Y olor de olla picante de vendimias.

A medio día, el bochorno del jueves jadeaba por las narices chacareras, la sobaquina, y los relinchos de los jamelgos.

La atmósfera moscardoneaba; el aire sofocábase de zumbidos foráneos y las cantinas estaban al reventar de ponchos y gritos.

Allí se cerraban negocios; ventas de yuntas y de tierras; transacciones de pleitos; diagnósticos de hechizos; noviazgos de un día, como flores de la montaña; matrimonios, crímenes, malquerencias, abigeatos... con la complicidad del «agua chispeante», y la fantasmagoría cobalto del alcohol...

—Miti, curaji, taititu. . .

Upiai, upiai, tiussitu, taititu. . .—No cesaba de brindarse.

—Yapa, yapa, taita Panchito, ¡tu agua de siete brincos. . . para eso me pago la plata caraju. socirucos! . . .

Y el viejo sudoroso estaba a punto de perder la cabeza: cobrando, vendiendo, soplando el braseiro de «agua caliente» y aguantándose impertinencias de paletos y jayanes.

Mediaba la tarde: la concertina, borracha de tristeza moqueaba yaravies!

Las herrerías del tránsito despachaban a la clientela,

Los *chaspapatas* del sábado, eran los herradores del jueves.

* * *

A la vuelta de la feria, la tarde iba detrás de los camiluchos. Regresaba la bronceína estirpe tumbándose a la vera de silvestres moras y nopales; bajo el quitasol de las pencas, o las carpas foliáceas del cañaro y el aliso, a roncar, en sopor de INTI—PAMPA. . . a sentirse troncos de su campo, a sumarse a sus piedras, que parecen montones de cráneos hirsutos de cíclopes fosilizados: a dormir algún milenarío avatar: un sueño de inkas. . .

El sol de la tarde, un tanto apaciguado, colocaba su reflector amarillo contra la punta de las colinas y lo alto de las fachadas de la ciudad.

Los montados volvían al galope por las ca-

rrerías de los 4 puntos cardinales. Las alforjas de *comprados* iban repletas, ahijando a las jacas o sobre el hombro campesino que iría a descargarlas junto a la lumbre hogareña y esperadora.

Ya empezaba el pito de los chapas a pedir el farol a la puerta; a tiempo que la luz daba su último aleteo en el ápice de las cúpulas, de las torres y en la cima de las tierras altas.

La noche tambaleaba contagiada del vaho alcoholizado del jueves: era un indio más, que iba a caer emponchada de brumas, a lo largo de los Andes. . .

La Plaza del Mercado quedábase con toda la tristeza dejada por el alma sufridora de los provincianos; deshabitada, silenciosa, vuelta hacia el crepúsculo, meditando en la campesina crónica, que cada ocho días, en el hormigueante bullicio, dejaba como vedijas en los zarzales, episodios de vulgaridad, de añoranzas, de heroísmos. . . comedias de amor y de dolor: sueltas. . . inenarrables. . .

Un acezido de descongestión y de descanso se escapaba de calles y de plazas. En el mercado una disputa de huesos entre corrillos de canes sin dueño.

Merodeaban a satisfacción, buscando refrigerio en las acequias o encaramándose a las mesas de los matarifes.

Al fin, quedaban solos los *challis*, los perros vagabundos que, en las plazas ajusticiadoras, al silencio de media noche, aullaban a sombras, a fantasmas, a los manes dantescos de los fusilados. . .

Don Pancho reconcentrábase un momento

en el pasado. En Rosaura, que la tenía de INTERNA. En Felicia, en su hija, en esa pobre, en la *malhabida*, para quien buscaba, en conciencia, por derecho natural, como le dijera hace años su confesor! . . .

El párroco amigo, que al verlo de cantinero, le palmoteó a la espalda: «Quièn en agua busca, en agua se vá».

Si: dejaría la cantina! —piensa.— Era horrible negociar con el veneno. ¿Pero, así no han hecho fortuna los Cruzados y los Ríos, santos y católicos? Y si no: de qué se vive; cómo me las arreglo para pagar siquiera los réditos a Dn. Tadeo y al garante.

Ah ¡perra pobreza! se rascaba D. Pancho, en compensación de lo que todo el día no le habían dejado ni rascarse. . . .

¿No sería mejor volver a los enredos judiciales? Le bullían los alegatos de cajón, las palabras sacramentales: Sr. Alcalde Cantonal . . .

Ante Ud. respetuosamente, y en la mejor forma de derecho, comparezco y digo: . . .

Sin duda, ésto érale más hacadero, que vender licores y porquerías.

No había nacido con la vulgaridad específica que hace a muchos sobresalir en el comercio. No nació para judío; y en verdad, que ésto es una lástima.

EL BRUJO

Pascual empeoraba de un mal desconocido.

—¿Y qué parece? curioseaba compá Gashpa.

—TIRICIA NIGRA, aseguraron Comá Cunzhi, tío Shalva, y otros tantos conciertos del don Tadeo.

Y convertido en un envoltorio de macanas, sayales, bufandas y cobijas; enfundada la cabeza en sahumeros y albornoces de bayetas, trajéronle un jueves a la ciudad, a la jineta sobre el rocín de tío Shalva, para consultar con el decano de los brujos, habitué de la cantina de ño Pancho.

Con ligeros retoques, la figura del alquimista trashumante exhibe éstas líneas: sobre una cara bronca y lampiña enchufa el sombrero de ICHURI, en el cual el sombrero es divisa, a la vez que marco para el ojo sanguinolento y adivino; piel arada de rugas, la nariz de curiquinga, la boca profética, las manazas agricultoras, y HUISIANDO el bastón de mugre. ¿De dónde es?

¿cómo le titularon médico los de su casta? Enigmas son: tío Rojas, taita Leandro, el Pulico (Apolinario).

Rodeado de turbas aborígenes sitúase el BRUJO cabe las boticas, para repartición de consultas a porrillo, que los circunstantes atienden sin pestañear, siguiendo sus movimientos de cabeza, a una con el apocalíptico sombrero. Los brujos se llegan a la Botica arrastrando la palúrda clientela; descuelgan con sibilante acezido la seráfica alforja, y de su fondo no muy cristiano extraen el sartal de frasquitos: son las *desaguadas*, que las observan con actitud hierofante. Y su exámen había que despacharlo con la celeridad del caso. Así procedían los otros amitos boticarios y *esucá*, los más antiguos, los que sabían más.

Se inspiran poco, a poco, en libaciones, con las que sus conocidos les pagan el interés prestado con meneos del testuz y ojos abiertos y bovinos, a las lacerias de su gente.

El Bicho, el Espanto, el aire irritado, la peste dañada; el cogido del cuichi, el ojo, el mal aire grande de cristiano, el *Hecho*, el *mal viento*, la tipicia negra, el empacho opilado, . . . El brujo susurra sus diagnósticos a porrillo.

Y a continuación, el recetario de supercherías: en jerga absurda de bozaladas. . .

Consultaba Pascual. Y un pronóstico quichua, silabeado, entre dientes puso indefinible pesadumbre en los circunstantes:

—Ichu.

—Ichu.

—brujiadu

—ichu il mal

—hay que sacar il mal

—hay que dar los 15 asaítes babeó el brujo con la mirada roja, y lanzando carajus de satisfacción por haber descubierto lo que ni taita curas, ni *midicos* entienden bien.

El *especialista* cerró los ojos y abrió los bellos: velaban su sueño con charla no interrumpida las indias, que no dejaban de hilar, remojando con saliva los dedos incansables, en devanar el huso.

—Ichu

—Ichu. . . Era tan real la superstición, que cuando D. Pancho se lo contó esa tarde a las beatas Trini y Duluca, éllas le refirieron casos palpables, concretos.

—Por éso, cuando regalan lo que quierán antes de servirse — y ésto nos han aconsejado taita Obispos — hay que echar 3 veces la bendición. Si es del diablo, revienta.

Pascual, antes de volver grupas, camino de su ramada, había averiguado por Juan desde el fondo más que de su corazón, de sus bayetas y caronas, asomando apenas la nariz huzmeadora y ganchuda. Y contestaba cabeceando el adivino:

Huambra Fán istá in istranjiría juín ganando cullqui y curi (plata y oro). . . Acaso el empírico sea como reminiscencia de los *cushipatas* o *ichuris* del Imperio del Sol, por el prestigio y respeto que invisten su bronce, y el dón de consejo y vaticinio, que le han vuelto misterioso, hasta para muchos mestizos.

Saliendo de su vivienda de la quebrada va

de choza, en choza y de rancho en rancho, en afueras y poblados, llevando en sus árgenas cargadas al hombro, hierbajos y matujos, que él sólo sabe donde crecen y a su vista nacen... en el brujo hay la amoralidad del irresponsable y del indolente.

De regreso al poyo de su bohío, taita Pascual pidió confesión, rogando que de poder del patrón se bonifiquen tarja y documentos cancelados.

—Ay, shunguito... uañucta...

* * *

Pero el hijo de D. Tadeo, gerente de la Casa, estaba a la sazón en uno de esos viajes fenicios, con que frecuentan los negociantes del «toquilla» los puertos antillanos.

Estaba en «Centro Marica», como fachendosos, mascullaban los progenitores de la exportación del sombrero azuayo, que no entendían el significado del «panamá hat», que les sonaba»...

—Bonito nombre, traído de Panamá!... Varias veces el hijo de D. Tadeo encontrós en esos puertos de América del Norte con el ya mister Juan Ringri, que había olvidado el español, no se diga el quichua. Era Jhon y respondía feliz a su nombre: ¡Jhon!

Mientras recorrían los patrones por esas ricas urbes, acá sus conciertos en la mendicidad dejaban pendientes los «picos», a que siga heredando su descendencia, con la ignorancia, la esclavitud indefinida. Aún sobrevivía, Juan! Y en el terrible presentimiento de los moribundos,

Pascual como si quisiera arrancar un estigma que tarde o temprano podría recaerle, levantaba inánimes los brazos, en gesto desesperado...

—¡La tentación! ¡la tentación!; alborotábanse los deudos, regando con hisopos de rosas de la montaña, el agua bendita llevada en la olleta de barro.

* * *

Es Junio.

Hiela por las mañanas; las tardes se alaregan; el medio—día es laxitud.

Es junio el último mes del año escolar, y en los corredores del Colegio hay inquietud de alas y retozos.

¡Los años vuelan! como si hubieran disminuido los ejes del globo, acelerando sus rotaciones.

Vicente, el ahijado de don Pancho, que, con Juan Ringri, entrara a la escuela, y fraternizara en los juegos, veladas y pillatunas de la niñez, estaba a punto del bachillerato.

Junio, último mes de asistencias obligatorias; mes del SETENARIO, de las lecciones finales, de las ilusiones para los dorados pasatiempos de la siega, tumbada en los barbechos.

Vicente Flores, chiquillo soñador y contagiado del mal de las lecturas, se ha sentado a la sombra de los Pinos del parque, con libros y deberes entre manos; perdidos y casi náufragos sus ojos en los horizontes azules!

—Cuán bello sería renunciar libros y tréas de esta inútil y cruenta lucha; y ser ignorados, buenos, ocultos, alegres y llenos de paz, como

mis llanos ilímites, otomanamente recostados.

—Cuánto cierzo en los picachos, y cuánta lucha sin fin en la cordillera, hosca y altiva!! Vicente soliloquiaba:

—Tener alma de prado, llevar una llanura en el corazón, florecer todo el año, y dar paso al sol, al agua, al viento y a la vida. . .

Deliraba en una égloga por las escuetas lomas; porque en ese instante un frío y perfumado viento saludaba sus efebos pulmones, ensanchaba el púber corazón, abanicaba su fantasía, soplabale en el alma y ungíale todo el ser. . .

Pasaba el viento, trayendo y llevando, inocentemente, mil mensajes y nostalgias en que se angustian las flores, los chaparros, pastorías y pajones de la sierra.

Extasiábase Vicente. . . porque ayer, en pasando por la vieja calle, evocó una sonrisa de quince años; y piensa en Ella! Musita interiormente la comunión espiritual, con palabras que así diría: piadosas, indescifrables, de esas palabras con que llenan los poetas sus diarios.

Suspira el colegial, acaso porque el aire entrósele muy cargado y saudoso; pero, estuvo tan álgido, que se le han humedecido hasta las yemas de los dedos. . .

Y olvidado del exámen prosaico, ajeno a la vida corriente, contempla el discurrir de alegres muchachas, que parlotean y ríen frescamente, devanando los andenes.

—Qué suerte —dice para sí— cuánta suerte la de éllas! no tener la tortura de tanto libro seco, de tanto texto rutinario; no temer al dómíne, ni al exámen. . . Y como son tan bonitas y coquetas,

a cada instante flirtearán una nueva ilusión. . . Cuánto diera por ser como éllas; bien exclamaba Gregorio Martínez Sierra: «Después de todo. . .! ¡qué bello es ser mujer!»

Y las locuelas, vaporosas, ambareadas, esculturas vivas, como diseños de Album de Modas, pasan junto al estudiante, sin verlo siquiera, hasta que su risa queda enredada en los rumores del jardín.

Noveno mes estudiantil el de Junio. La pubertad se hiperestesia bajo el signo fatal y eterno de amar y ser amados!

Vicente piensa en la pampa vellida de esmeralda, por la que relincha el potro, de cara al sol de las 5; cuando el bosque es un templo con proyecciones de oro; campanas que vuelan y oraciones que trinan; mientras el turíbulo de las cabañas, levanta sahumerios de ése humo de los campos, pungente a eucaliptos frescos recordadores de vacaciones.

Abandonando el parque, se aleja el colegial con sus libros. Ha roto el aire su alquitara de esencias rústicas; el sol escarmenta las arrebañadas nubes de un cielo virgiliano.

* * *

El parque ha estado de fiesta, por las tardes, en éstos populares crepúsculos del SETENARIO de la santa morlaquía.

Hasta el fanal del cielo ha parecido en estas noches más hondo, más zodiacal: dirían los imaginativos una entreabierto boca de actriz nubia, sonriendo con su diamantina dentadura de luce-

ros, sobre la paz de la ciudad mística y romántica.

Los inspiradores caminos de la campiña poética están en primavera de geranios y retamas.

La vendimia de sus vernáculos flores halló el momento de salir a la urbe, para tenderse en chagrilla, desde las casas de los Priostes, hasta el atrio de la antaño Catedral, embalsamada de incensos y ambrosias magdálicas.

SETENARIO MORLACO: título suficiente para hilvanar cuadros de folk—lore!!!

Chiquillo cuencano: en estas fugitivas noches, florecieron todos tus geranios y todas tus áureas retamas de la ilusión: ya tienen los caminos de tu espíritu la primavera juvenil, como los senderos de la serranía; porque, no dejó triste el Setenario ido, sino la Vida, que todos hemos convenido en que es Amor!!

El parque de la provincia ha estado de fiesta, hecho alfombra de invitación a las faldas de la abuela mística, la Catedral: la de los Sermones de Antología, la de las ceremonias a tutta orquesta; la de las campanas históricas y undivagas: campanas de dialecto morlaco, que conversan con la beata serranía, invitándola a los Panegíricos de sus «Picos de Oro»; campanas canonjiles, que tienden su cauda ondulatoria, por las hiperbóreas colinas, ululadas de tristeza. ¿Algo más? Para la cuencanía de arraigo basta decir: ¡Campanas del Corpus! ¡Campanas de los setenarios!

La hija del pueblo, emperifollada, no puede perder éstas noches; allí será del españolísimo vaivén: con busconerías, con flirteos, y donjuanes; allí será el pretexto de la gran solemnidad cristiana, porque la *Niña grande* fué la MI-

LITARA; el *Nó Doctor*, el ENTRANTE; el *Taita Cura*, el DIPUTADO; el chacarero, dueño de casa, el prioste; y los comerciantes y los niños y las bandas de música; los dulces de Corpus; los Globos de a doce varas, los castillos, con rastros y bengalas, que irisarán el letrero de «GLORIA AL SANTISIMO»...

La plaza grande se ha embriagado, convertida en carrusel, de vueltas interminables. Se ha embriagado de palabras, de músicas criollas, de luces, de parejas, de encuentros. . . y de pólvora.

Las buscavidas detrás de sus manteles niveos y calados ofrecían dulces de la tierruca, hojuelas y empanadas, que olían a gloria; entre palmoreadas de cohetes y campanas; bajo las parahuillas de las constelaciones, los faroles estelares, y la noche negra, azul, violeta, que aludía a una inmensa capa española, olvidada sobre los Andes...!

* * *

Bailan las hojas secas la danza de junio.

Y alguna Flor del parque, al paso femenino de las quinceañeras, despetálase y muere budista en la crispatura romántica de una fina y blanca mano distraída. . .

CHACRA!

Vicente faltó al curso.

Al fin era una rancela de rebelión la de ésa tarde.

Sol de la infancia y ventalle de Junio, a las tres de la tarde, evocando estaban las citas puestas en molido verso becqueriano.

Las casitas de aldea ruborizaban sus techos, que, bajo el enfocamiento del sol ceguecedor, eran unas cuántas alas rojas, abiertas sobre el tálamo verde.

Oro, azul, blanco, rojo y verde: la sinfonía mayor, el pentagrama helénico para el caramillo de Pan.

Altas, espigadas, núbiles las cañas, brindaron su palmito al sol, al cielo, al viento y al paisaje. . . Parecían novias exornadas con cintas sus hojas largas, silvestres, vaporosas y trémulas.

Su ropaje de esmeralda iráse marchitando día tras día, con los besos amarillos y paternos de la luz de junio, y con la intensa vida de amor con los vientos juguetones y líricos.

Vicente sintió necesidad de abrevarse en la naturaleza; de oír sus voces, preceptos de clásica latinidad; de abrazarse del campo y dejar el alma en la urna del espacio. . .

Se estremecían las hojas de la chacra con auras que publicaban azueto, y céfiros licenciados, preludiantes de la sinfonía de vacaciones.

Las hojas extensas, animadas de temblor fibrilar, eran una mano, eran mil manos femeniles que llamaban; desvaídos brazos que se extendían: esperanzas que esperaban. . . La chacra, enjoyada de esmeralda, era una cabeza inquieta y buscadora, que se resignaba.

Al pasar el viento de junio, las chacras eran novias bailarinas y alegres que ensayaban epitalamios. Pero. . ., serían brazos y palmitos, buscando y llamando con susurro de niñas avergonzadas?

Sobre la velluda andesita de la margen del Tomebamba, Vicente pùsose bajo la tutela del capulí. Parecióronle los maizales manos femeninas, cabecitas locas, ataviadas con cintajos y abalorios, y manicure de esmeralda vegetal, obsequiado por la Casa Primavera «a sus favorecidos».

Quiso dedicar a Ella; no sabía a quién, a la Presentida, el Diario de sus primeras impresiones, y escribió:

«Cielo, como la primera vez que lo vimos: azul. . .»

«Nubes, como cuando las contemplábamos tendidos boca—arriba, en el regazo materno; blancas, caminantes. . . arrulladora su lumbre y soporífera como sábana tibia, su blancura. . .»

SAN PEDRO

Pascual agonizaba en su latebra.

—¿Cómo ha cainado, taita?,—era la pregunta de los vecinos que, a boca de oración, regresaban de sus jornales.

—Remanece guañucta. . . Con la «olla hirviendo» (congestión bronquial).

Mama Cunzhi antigua criada de hacienda de los Morocho exorcisaba quichuismos de agorería, *haciéndole cargos a Taita Dios*: «ha sido tu prioste», «Tu pendonero», «tu llavero», «el guionero de las procesiones» . . .

Y, efectivamente, Pascual en su pueblo, con otros cacicuelos moceriles empuñaban el palio de las procesiones, del Corpus, de las Renovaciones, y gustaba «hacer de cabeza», en mingas, festivos. . . huelgas y tumultos.

Sus hijos fueron consignados en casas allegadas a las del amo pudiente; excepto su Juan, de quien Dn. Tadeo decíale que fué castigo la

huída, por habèrselo negado, aumentando las extorsiones, cuando supo su venta. La yunta, el mular, el cuchi y el pejugalillo fueron a ensanchar la hacienda del Hato, donde el viejo concierto deshíachó sus resortes musculares, en aradas, deshierbas, regadíos y pastoreos, descontando apenas intereses de miserables sumas, avaramente extendidas a su favor al módico interés de dos o tres jornales por semana.

Eran vísperas de San Pedro y San Pablo: la campiña y los valles triscaban de júbilo, recolectando hojarasca, briznas, mostelas de paja y cuánto combustible humífero yaciera en el terreno, para la clásica *chamisa*, tan del gusto de los naturales; y sobre todo, en esta gélida noche que amenazaba HELAR, con su cielo bruñido y su cantante ventolina.

—¡A quemar las barbas de «taita San Pedro»,—era la voz transmitida desde la ciudad hasta las colinas. La *chamisa* era homenaje y recuerdo para el anciano Cefas: el respeto sonriente a sus barbas anecdóticas; y el símil de esta noche con aquélla ótra de la Negación, cuando acercárase, al tercer canto del gallo, a la lumbre de la criada de Caifás.

En el bohío de Pascual, tripudiaban los hijos de los labriegos, saltando retozones sobre la crepitante pira, hasta dormirse en su derredor, de gozo y de cansancio.

Los canes aullaban lúgubres, y en la punta del árbol más alto y milenário del peñascal contiguo, graznó el RUCU—CUZCUNGU (buhu). Esa mañana la comadre Cunzhi oyó cantar a la gallina. . . el aire mismo de la noche de San Pe-

dro tiritaba «como un pájaro en la nieve»...

En el camastro, taita Pascual estertoreaba. . .

—J U A N C H O . . . Curi . . . cull . . .
qui . . . cull; y la asfixia de la bronconeumonía
senil ahorcó la última esperanza de su miserable
vida.

Afuera, en la inmensidad, las flainígeras lenguas luchaban con las sombras.

Nadie recogió su último aliento; porque, hasta el escuálido perro fué echado lejos, a que no perturbe sus funestos latidos.

El ábrego futeboleaba con los cenicientos despojos de la chamiza. . . .

Adentro mama Cunzhi era una biblia de Cuentos.

Empezaba con «El Pucara», o la guerra a muerte que, en el carnaval hiciéranse las tribus a hondazos, de monte a monte.

Y seguían: el diablo posesor invisible o «Incubo»; el «Súcubo»; el «Chusalongo»; el «Gagón», que llora por las noches, anunciando el mal vivir, entre compadres y consanguíneos; la «Mama Huaca» o mujer del Adivino, que sabe dónde QUEMA el cerro y los sitios de las huacas o entierros El «Cuzcungo», el «Alma santa»

«El Chiro», de cuerpo de mono, patas de cabro y coraza de tortuga, fuerte en los raptos. «Las 3 Cruces», «las tres calles» y «las tres tiendas»

Asustaban los espeluznantes diálogos, los macabros personajes, la burda onomatopeya escalofriante:

—Oyááá!

—Aláuuu!!! comentaban castañeteando dientes, los circunstantes.

Y, amanecía: los gallos anotaban las 3 de la madrugada. Mama Cunzhi, en el cobertizo, adormilándose en el poyo, y alimentando el fogón con tarallas, seguía grave y sibilina, contando del *Kunchur* o Cara o Cruz; del «huar—huar» o bebedizo que priva de la razón; del «Farol de la Viuda» que arrojó sus criaturas a las aguas, y *recoge sus pasos*, en altas horas de la noche, por las orillas del río, vestida de negro y con un farol que anda. . .

Después de cada Cuento, hacía signos, hacía rezar por el alma bendita y gangueaba otro capítulo de ésas Mil y una Noches del folklore andino!...

Este era el «Cura sin Cabeza» . . .

Rayaba el día; mugía el ganado patronil, trinaban toda suerte de aves, bordando la esterilla blanca del alborcar friolento. Por la madeja de caminos asomaban los ponchos madrugadores de los dolientes. . .

Los gallos cantaban tristemente, como si salmodiaran un alterno DE PROFUNDIS.

Al día siguiente fué el velorio de Pascual, indicado por la chisporroteante fogata que, a la redonda del lomerío, era el aviso de costumbre; la ignígrafa invitación: algo como una primigenia Capilla ardiente. . . Aullaban los ciezos y ateneaba el frío de las ráfagas. . .

Tendidos musulmanamente los deudos al rededor del ataúd de CUATRO PESOS, desarrollaban la epicúrea orgía, al raso de la loma. La niebla era otro tahir que lentamente sobre ella se sentaba. . .

Cada doliente trajo consigo la TORINERA o la SENCILLA de puro; y cada *huarmi*, su pan, su cari—uchu, su gallina, su mote.

Los acompañantes jugaban el HUIRO, para gastos de bebida.

—Huairo parado, juego ganado!!!—se oía alguna vez, entre campal algarabía.

* * *

A ésas horas, el amo afortunado estaría en alta mar... y aquí, en las soledades del páramo, la luna, la imperial ILLA, de Atahualpa, como cirio mortuario se apagaba en los lubricantes de un triunfante amanecer estival, que iba reclínándose sobre la policromía de las lomas.

* * *

—¡Estos indios son bien brutos!—explosionaba el Caporal—rezándoles una y cien veces la cuenta. El hijo de Dn. Tadeo habíale dejado instrucciones de hacer una planilla «bien hecha», ad—lbitum, porque como Juan ya no existía—según recalcarle astutamente Morocho (hijo), y como nadie le pagaría, que los indios comprendan la *filantropía* derrochada; que sepan quienes son los «MOROCHO Exporting panamahat's»...

—Oigan: esto ha gastado el patrón grande, y como Pascual no tiene herederos, se ha hecho por el bien de su alma... porque U.U. son más que hijos para mi taita Tadeo.

—¡Diusulupagui, siñur taitituu!!

Conversábanse risueños, en rápido quichua,

que pareciera trabalenguas, en el sentido de que, como Juan era el único heredero sobreviviente, que no volverá, que el mayordomo ponga no más,—punshia cuenta.

—Tarjami apárin... ¡ponga no más!

El caporal tarjó con trinchí. Ni le *hacía conciencia*, porque como esto no se pagará nunca...

—¿qué nombre sois vos!—gritábales uno a uno, eructando el *precavente* que habíase *flotado* al entrar en el chozil del finado, para evitar el «mal viento».

—qué nombre sois! Era para anotarlos en la lista de testigos, para hacerles firmar ante el Juez el día del reconocimiento de las cuentas.

—achaca nu más manavali cuintus, corrieron, hablando en altas voces, sacándose los sombreros al ver que por la travesía de los capulíes asomaba el cortejo de la Cruz Alta...

Pasado el entierro, reanudóse la fanfarria.

—Los Auquis, los auquis!! era una especie de huelga comunista, en que dispersábanse los circunstantes, a campo traviesa, para la rapiña.

Fingíanse gritos de animales, mientras duraba la voz de rebato:

—los auquis, los auquis...

Las plañideras remachacaban en su ulular andino las virtudes y recuerdos del pobre taita.

Mientras roncaban chumados los indios en plena pampa y a la bartola, mejor que en la más mullida alcoba, habían entrado los abigeos en la cabaña mortuoria, hasta dejarla limpia... Hoz, arado, quipa, flauta, bombo, zamarro; pilchis, ponchos, uallos... nada al día siguiente.

Los *shuas* cazaban estas oportunidades para hacer su agosto.

Al quinto día de muerto Pascual, otra vez reuniéronse para el *Cinco*, que consiste en lavar con hojas de penca la ropa del difunto y bañar a viuda y huérfanos.

Pero, de Pascual nada restaba de lavar—¡alairitu! ¡alairitu! se acabó, lloraba la más vieja de la peonada.

Acudió el mayordomo de don Tadeo, aprovechándose con solercia de la reunión para hacerles firmar a los testigos y que se reconozca, ante los jueces y en mancomún todos los documentos no retirados, e ítem más, los gastos de funeral y entierro.

Planillas desde la Cruz alta hasta la cédula de la Hermandad: responsos, vigiliass, derechos, dobles, misa, andas, sepultura y fábrica y epitafio y cruz.

—Quedaba su hijo Juan, había dicho, no obstante, Morocho (padre) y quizá, mitayos malagradecidos. . . tendremos para arreglarnos, si Dios dá vida. . .

ROSAURA

Hija única de Dn. Francisco Pesántez, Rosaura completó su educación, en los mejores internados del Azuay.

A la conclusión de cada año lectivo, disponía su salida del Colegio, para gozar del amor del campo y de su padre. Soñaba en la víspera de salir a la hacienda, y sobre todo, este año, que había crecido bastante, y debía saltar al gancho con su nuevo traje de montar. El corazón latíale de gusto. El camino entrábale en el alma, con más ilusión; con más luz que antes. . . como nunca.

Junto al portón del Colegio desperezábase el viento de Julio, cansado de barrer hojarascas, disponiéndose a elevar cometas.

Las colegiales, vestidas de azul y blanco, como pedazos de cielo primaveral, lucían su uniforme, como un ejército de auroras, o una bandada de AZULINAS. . .

Al salir Rosaura este último año, vió como

prendida una nubecilla gris a la campana del Colegio: condensación de lágrimas y de adioses. Don Francisco, al ponerla la corona de Excelencia, habíase enjugado una lágrima ingenua.

Despedíase, como María Estuardo de las costas de Francia, como las princesas encantadas de su País de Ensueño: el Colegio blanco iría en su alma, para toda la vida, y los árboles del patio lloraban espronedinas hojas «volantes», repartidas en esa última tarde, en los rayos del poniente, como simbolismos de los adioses a las azules primaveras. . .

* * *

La temporada de vacaciones se anuncia con un heráldico ventalle, escapado de las geórgicas. Por las calles de la ciudad y con rumbo a las afueras, piafan briosos tropeles de la cabalgata que va al encuentro de Agosto.

Adelántase el «guía», amarcando al menor de los hijos del amo; siguen los patrones chicos, con aire de futuros centauros; después, las niñas, luciendo vistosos aperos, en traje de amazonas; flotante al viento la cola de la falda, al igual que el velo que las defiende el rostro, y con ellas, el atractivo indefinible de la emoción. En caballo de espuela y garboso, cierra la cabalgata el papá, con sombrero de hacendado, bufanda idem, poncho de vicuña, guantes etc. . . y espuelas, que se las calzó al momento de montar, la buena vecina que se queda al cuidado de la cerrada mansión.

Las familias pudientes salían a los fundos y

heredades; y la ambiental burguesía, a sus cuadras, estancias y cuartos de terreno, que aquí y allá, alfombran la campiña azuaya.

A sus haciendas trasladábanse las graciosas flores del hogar morlaco, de las que regresarían en octubre, «cuando floreciesen sus rosales», y entonces, quienes se fueran al empezar el desarrollo nubil detenido por la anemianta fatiga de los internados, volverían plenamente formadas, con amapolas en el rostro, auroras en las pupilas, sombras y perfiles; curvas y morbideces, tal que si un artista magno, se hubiese esmerado en dar el último toque a su obra inmortal.

Junto con ellos, llevaba don Francisco a Vicente Flores, única reliquia de infaustos parientes, que hacía poco tiempo, a lo que dejaron a este huérfano, «como uno de tantos».

Graduado de Bachiller, consiguió de toda suerte de amigos, el préstamo de revistas, libros y novelas, con cuyo lote, una «MUESTRA», de reconstituyente, obsequiada por el médico de casa de don Pancho, y un stock de ilusiones, relleno las franciscanas alforjas, y al galope, madrugó un día de Julio, para comulgar con la soledosa naturaleza, en las propiedades del padrino.

Miraba el mundo, como por la última vez lo mira el niño; el paisaje rozaba su adolescencia, como un arco suavísimo, la epidermis de afinada cuerda de violín, que supiera sentir, y que pudiera hablar. . .

No era para dormirse la noche que precedía al viaje. En el traspacio los caballos mascaban pienso, golpeteaban sobre las piedras saltadas, re-

sollaban un traspasar a hierba molida, y ponían con su piafar la alegre nota de llamada a las vacaciones.

Y luego, a las del alba, los preparativos de ensillar cabalgaduras, de apretar alforjas en el colmo de su gravidez, de olvidar algo y de apresurarse a la salida.

Un vaho de cuadra saludaba al día; y por el empedrado de las calles resonaban los ecos del traslado a las haciendas.

* * *

A raíz de la viudez, Dn. Pancho curaba sus morriñas, reincidiendo en sus aficiones de gallero, de tahúr y de negociante de caballos, gracias a los emolumentos de plumario mayor, y a su clientela de campesinos, apegados al empírico y al brujo, ántes que el médico, y al QUILLCA, antes que al jurisperito.

Vendió la cantina, liquidó cuentas, sacó prendas, pagó créditos prescritos y con lo restante de la venta de su predio urbano, trató de adquirir un ENTABLE, prefiriendo acampar en el retiro de una vejez pastoril, como compensación a su mocedad bohemia y borrasca.

Había que sacar dinero a intereses. Hipotecó-le el propio fundo, convirtiéndose en administrador de una presa más del insaciable Mo-rocho.

* * *

Su verba, caudalosa y gesticulante; su mimi-

ca, fácil y suasoria, sugestionaban a los litigantes rústicos, que inquirían ex—profeso, por el «amo Panchito», para cartas, documentos, escrituras y defensas, de lo que cada quisque imaginaba su *justicia*.

Era el paráclito de los escribanos, y el tipo acabado de los curiales: con el blanco buche de toquilla, los días ordinarios, y la suarda chistera, en los festivos; cuello y puños rígidos y salientes; ropa legendaria, bastón a la militar: bigotes rucios, chamuscados de colillas y quevedos a la frente. Saludador ceremonioso y conversador indeclinable.

No pocos doctores, de los de aquel triste proletariado de levita, vendieron sus autógrafos, a precios de circunstancias. . .

Por aquella misma época, y como pago de una fuerte suma, que por derechos judiciales adeudaba al amo Pesántez, su inveterado poderdante, Pascual Ringri, consignó al último vástago de su pegujal, al huambra Juancho, de ocho a diez años, en casa de don Pancho, donde el *longuito* fraternizó con Rosaura y luego con Vicente, en los infantiles juegos de aquella íntima convivencia feliz, aquerenciada antes del uso de la razón.

* * *

Años más tarde, a poco de la desaparición de Juan, entregó su alma, con todos los auxilios de la religión, la consorte de don Francisco, cuando Rosaura apuntaba a la onceava primavera, y en tal sazón, como es sabido, hizo

cesión de los pocos bienes que le dejaran sus andanzas de «mal negociante», como cariñosa, reprendíale siá Merceditas; y con el préstamo de don Tadeo, implantó mejoras en su finca de los calientes de CHAUCHA, a la que recluyóse, como padre del yerno a ubérrima tebaida, en cuya jurisdicción debía ser juez, maestro, médico y abogado.—A la cuenta, «padre y madre», como decían los oriundos del montaraz caserío.

La pena más grande que tuvo esta vez fué la de abandonar la lectura del «GRITO DEL PUEBLO», que llegaba de Guayaquil, con las chispeantes y nunca bien ponderadas «CHARLAS» del tuerto Calle. . . Don Pancho era un gacetófono, un connaturalizado, un vicioso, si cabe, de las intrigas del periodismo de tejas abajo. Y ésta, significaba la más dura de las renunciaciones.

Como vivió páginas de nuestra asendereada historia, y conoció *de visu*, a los apóstoles viejos: zorros de la farsa, lobos y aguiluchos de casta y de «cargolla», comentaba los saetazos del panfletista, que sabían apuntar en la flaqueza del prójimo su luz oblicua; en los frentes más ridículos de esos actores de tragedias y sainetes, de lo que seguimos llamando «la política», que la comparó un socarrón humanista «a ciertas cocinas llenas de humo, de las cuales, todo el que entra ha de salir llorando».

Y ésta fué otra de las causas de la ruina de Pesántez: su politiquería y chauvinismos patrioterios y partidaristas, que le valieron cárcel, destierro, pequeñas confiscaciones y charlatanerías ociosas. . . Era una politiquería morbosa, de la

que iba a contagiarse freudiana e insensiblemente, su ahijado Flores.

De tener imprenta, habría sido periodista; pero, Dios habíale dotado de un gran corazón a quién nada tenía que dar. . .

De los nuevos, nada sabía. De oídas, pudo repetir alguna vez, que de la cuna saltaban «al empleo».

Era la eterna pugna: los flamantes alféreces, contra los veteranos; los estudiantes, contra los maestros; la juventud, disputando, palmo a palmo, el palenque, a los padres de las transformaciones.

Para don Pancho, todo lo de *su tiempo*, fue admirable: tal era la fórmula de su obsesión. Imbuído de psicología y prejuicios regionales, su gobernante ideal, fué García Moréno; su poesía predilecta, la del terruño y una filiación subconsciente al partido tradicionalista.

—Leamos por la última vez a Ernesto Mora —se dijo—y abriendo «El Grito», palabra, por palabra, encantado cada vez más, leyó: «Si! . . . mucha seguridad personal! . . . Pero, es el cuento que, además del presidio, el confinamiento y el destierro indefinido. . .! también la expulsión, bajo registro, hacia las playas del puerto nicaragüense de Corinto, donde esperaba a los tristes expulsados—muchos de los cuales murieron en el destierro—, la policía de aquél fascineroso, condenado por la historia, y por toda América, que aún se llama—pues todavía el diablo no se lo lleva—José Santos Zelaya.

«Es claro que querramos integrarnos con el alfarismo redivivo, porque el Sr. Alfaro respetó,

como buen liberal, la propiedad privada, y defendió honorablemente la Hacienda Pública. No quiero hacer de declamaciones y recuerdos ésta extensa crónica. Mas, bandería, que comenzó con un decreto de confiscación—;desvergüenza inaudita en pleno siglo XIX, que continuó con monstruosos cupos de guerra, como si labrase en país conquistado, como los de 1896, contra Cuenca y por boca del Sr. Lizardo García, y de 1889, contra toda la República entera, es bandería calificada en concepto inferior que los apaches, quienes siquiera ponen su persona en peligro, cuando desbalijan a transeuntes inermes».

«Y a la sombra de la tolerancia, tan infinita, como criminal, que extendióse de 1895 a 1912, surgieron fortunas de la nada; pudieron llegar a propietarios aquéllos pobres bohemios, que entraron en la función a manos lavadas; salieron con más de 100 mil sucres en dinero y se enriquecieron, hasta falsificando valores del Estado, negociando con créditos públicos, al amparo del Gobierno, robando descaradamente con el favor del mismo y su complicidad oficiosa; agiotistas y usureros, en peculados monstruosos: muchos rufianes, cuya lista completa publicaré el día que me dé la gana, desde los falsificadores (hablo en plural) del papel sellado, hasta los pagadores agiotistas de las Tesorerías de Hacienda y Municipales; desde Tesoreros infidentes, hasta Ministros de Hacienda; desde los financieros a la rota ventura, hasta los arbitristas de pan pringado . . . »

Todos indecentes! todos ladrones y concusionarios; una quiebra espantosa de la Hacienda

Nacional, la fé pública y la honradez privada».

«Ni la vida, ni la propiedad a salvo. ¿Iremos a buscar, SS. Moncayo, Peralta, la libertad de sufragio, la de conciencia, la de imprenta, la de reunión, la parlamentaria, la artística, la de los sentimientos individuales, dentro de la norma de la moral establecida en el alfarismo que vosotros representáis y defendéis? ¿Cuánta miseria! La libertad electoral, en manos de los ruines (nombres ilustres . . .) Y el látigo por el oriente y las prisiones por el occidente. Y entonces si hombres como Moncayo, Peralta . . . eran personajes importantes, los de la situación, que ordenaban dispersar a balazos y garrote limpio, las manifestaciones populares, pacíficas y permitidas por la ley».

«Quedaba a lo menos la libertad de imprenta!! Si la libertad de imprenta significa libertad de pensamiento, ésa es la clave del Liberalismo.

Y he aquí, que al día siguiente del advenimiento del señor Alfaro, esa libertad fue quebrantada por el bárbaro asalto a la Imprenta de «El Globo», inmediatamente seguido del ataque y destrucción de las prensas de la Curia de Quito; y luego, se siguió en una sucesión atroz, hasta el despedazamiento y secuestro de casi todas las imprentas guayaquileñas, bajo la gobernación de un antiguo periodista D. NN.»

«Si es la hora de sacar todas éstas indecencias a la luz, hay que decirlas, hay que sacarlas, y que se defiendan el que pueda» . . .

¿Qué libertad me pides, triste Bruto, ¿Qué libertad para la Patria ansías? La libertad murió . . . Si, éra de repetir éstos conocidos versos de una

tragedia de Ventura de la Vega, al triste liberalismo fracasado, en manos de Brutos y Casios, que, olvidados de la aventura legendaria, se habían convertido en caballos INCITATUS, en Brutos consulares, a 4 patas, ante el peor y más cruento de los tiranos».

«¿Qué libertad se pedía!!!. . .

Pues, por lo menos, la libertad de Conciencia, la libertad religiosa. . .!; porque, si no se determinaba y defendía algo, en el sentido de establecerla ¿a qué había venido, con ímpetus de reforma, el partido liberal ecuatoriano?».

«.....»

Ernesto Mora

* *

En el centro de la ramada, el trapiche exprimía las jugosas y espejeantes cañas de azúcar; y la ambrosía del guarapo invitaba al refrigerio, en los bochornos de la media tarde. Yunta bovina hacía girar la mecánica noria, rumiando, acompasadamente, uno que otro bagazo; y de los hijos del GUASICAMA, el varón aguijaba la yunta, mientras la hembra, cebaba de cañas, las muelas chirriantes del trapiche.

Vicente, con el inseparable folletín en la mano, deteníase delante de los noques de miel, como hurgando el misterio de la astrosa gente. . . ávido de saborear psicologías criollas, o de sorber escenas del natural, con su don observativo.

A su presencia, callaban acobardados los peones, entregándose por completo, a concentrar

el glauco y siruposo jugo, o a elaborar panelas de *raspaduras* manioobra en la que intervenían *partidarios y piqueros* del hacendado.

Allí estaba Rosaura, que salió ese año del Colegio, porque desarrollaba mucho, y su pubescente palmito cimbreaba túrgido, floreciendo en rosas de tentación.

Reía por nada, subiendo de 4 en 4, las gradierías de la horaciana mansión; remiraba su escultura, amoldada al nuevo traje de SEÑORITA, y en la melena auri—castaña sostenía con la peineta, el tulipán, que, sin dedicatoria le extendiera, al fulgor del véspero, su amigo de crianza.

Vicente regresaba de los saucedales, a cuya sombra, interrumpiendo inconsciente su manía bibliófila, había soñado en escribir el máximo poema del Corazón, como él creyó no se lo había escrito nunca, ni lo hubo jamás en la tierra. . . el nativo poema de su PRIMER AMOR. . .

Tarareando pasillos y tangos de moda, Rosaura bajaba nuevamente al patio, mordiendo el tallo del tulipán, para acomodárselo mejor, con esa coquetería del ave en libertad; que otea todos los horizontes, canta a los espacios y a la vida, y se mira feliz, sintiéndose ingenuamente amada y libre!

—Subamos a la loma—invitó a Vicente— porque desde allí, cuando el horizonte está despejado, como ahora, se ven las puestas del sol, en el Pacífico. Me ha parecido un corazón inmenso desangrándose en el agua. . . Chalupas, yatecillos y canoas de Balao, se los vislumbra sobre una raya lapizlázuli, «serán las orillas» que manso lame el caudaloso Guayas» ¡Tú que eres poeta, debes

quedar encantado de esos juegos de luz en la ría. . . ante esa sublimidad que nos habla del océano, del cielo, del sol del Tahuantinsuyo; de la MAMA—COCHA de la biblia Cañari. . . me he sentido un átomo.

—Es decir que por tus ojos quieres mostrarme la inspiración. Sólo una poetisa hablara como tú; y me atribuyes ese achaque. . .

Casi sin oírle, Rosaura continuaba:

—Al ver sombras de buques créese percibir rumores de otros mundos, vibraciones de alta mar, bullicio de puertos y trájín de malecones. Y lo único que me embarga es un anhelo de viajar.

Vicente leía en la última revista que casualmente consiguiera, aquél soneto de Noboa Caaño: . . .

«Hay tardes en las que uno desearía embarcarse y partir, sin rumbo cierto, y silenciosamente de algún puerto irse alejando, mientras muere el día». . .

—No sabes que estoy escribiendo «Mi Diario»? Allí habrá mucho de esta temporada—repuso Rosaura, ruborosa. Es una bella costumbre que la he aprendido de papá.

—Prometo que haré lo propio. Y después de algún tiempo, nos prestaremos nuestros diarios. Rosaura sonrió de asentimiento; y confiaron en su oferta mutuamente. Con la dulce ingenuidad de la adolescencia que ama y que espera!

La voz timbrada y marrullera de Dn. Pancho, hizo descender del Pindo de sus ensoñaciones, a Vicente y Rosaura; regresando los tres, en

amena paz y compañía, a la casona, que se recortaba con sus platanales y palmeras, en el oscuro lienzo violeta, que iba extendiendo la matema noche, sobre las profundidades de dolor y amor, del firmamento y de los campos. . . «El Angel del Señor anunció a María»—era la voz de Dn. Pancho, que no dejaba sus devociones. . .

* * *

Otra vez, en esos cálidos mediodías de la yungla, sombreados de amarilídeas y musáceas, propuso Rosaura la batida de melcochas, en el bosquecillo de guayabos, chirimoyos, cafetales, naranjos y granadas.

La algarabía de la servidumbre afanábase por evitar las quemaduras, que suele causar la miel a punto. Y todos procuraban blanquear las rubias madejas del alfenique, a fin de preparar el delicioso fiambre, para el retorno de Vicente, que iría para universitario.

Muy cerca de terminarse aquéllas vacaciones, en la opulenta y fecunda zona occidental azuaya, llegóse al patio de la hacienda, un intempestivo visitante.

Don Pancho brindóle hidalga acogida, sentándolo a su mesa, después de haber ordenado que se sirvan los mejores frutos del sartén de aquéllas YUNGAS de la abundancia, sacrificando además, los sacramentales guajolotes, patos y cuyes, para agasajar al peregrino.

Cruzáronse cumplimientos y preguntas, al calor del guarapo maduro y de las PUNTAS, de ésas exquisitas *puntas*, que embodegaba don

Pancho, con su previsión de antiguo, para acontecimientos extraordinarios e imprevistos.

—Soy antioqueño—decía el bienvenido—Ingeniero de minas y socio ambulante de las Academias bogotanas, correspondiente de Columbia, Londón, París y Estokolmo. . . Por malas cabezas, un hermano y yó, trotamos así por el perro mundo..

Desde hoy pongo a sus órdenes, amigo Pe-sánte, interlocutaba, entre hartazgos de arroz y pan caliente—mi casa de Medellín, que vale por diez; mis depósitos de fuertes, en el Banco Popayanés y unos pocos mayorazgos, trasmitidos por abolengos, con escudo y cédulas Reales, paisita, que yo mismo no he alcanzado a recorrerlos, en años de años de nómada por mis mesetas granadinas.

Poco después un diluvio de chascarrillos y de CACHOS colombianos, hicieron las delicias de una sobremesa, que se prolongó hasta muy entrada la noche.

Don Pancho refería de las Ruinas de DUMAPARA, célebre fortaleza, descubierta en las cercanías de Nabón, la que cuentan que mandó construirla el último cacique Cañari, a raíz de la ofensiva de los ejércitos de Túpac—Yupanqui, y en la cual sepultóse vivo, con sus tesoros, el Régulo Duma. Y tanto es ésto así humorizaba—que Max Uhle, dicen que al entrar en la excavación, sorprendió bajo un arco la carrera de un indio. . .

—Pues, sépanlo UU.—relamíase el colombiano—que, desde antes de la fundación española, de Cuenca, Salinas de Loyola, Sr. de YAGUARZONGO, trabajaba en los asientos mineros

de Santa Bárbara, junto al Sigsig; en el Ayllón, y en los de Cañaribamba, que se extienden hasta por acá; y por èso, como fruto de mis estudios, he avanzado por estos mundos. . .

—Aquí, cuentan señor, que hubo el «Cura sin cabeza»—comentó el mayordomo.

—Dí, hombre, cómo era aquéllo. . .

—Vaya oyendo, señor: El primer Cura que vino a estas regiones, recibía sus proventos en oro. Entonces, el santo sacerdote quiso que los indios le hicieran conocer donde estaban los fabulosos entierros del oro de Cañaribamba, de que tanto se hablaba. Los mitayos *sabidos*, dijéronle que le llevarían, pero, vendado los ojos. Accedió el cura y así llegó, cargado, a la cripta misteriosa, donde admiró los tesoros del templo del Sol. Para otra vez, el cura proveyóse de semillas de quinua, yerbecilla que brota rápidamente y fué regándola por el trayecto.

Darse cuenta los indios de la estratagema empleada por el Pastor y perseguirlo, todo fué uno: arrasaron las quínuas y amenazáronle de muerte. El cura arrojóse a las aguas del NARANJOS.

Por las noches dicen que hasta ahora, anda por las orillas «el cura sin cabeza». . .

* * *

Así transcurría el tiempo.

El paísa dicharachero, «de seguirle sin fiambre», como afirmaban a una—llevaba consigo una pica, un barreno y la varilla de San Cipriano. Era, como tantos extranjeros y advenedizos,

un «buscador de oro» o «caballero de industria», . . . un HUAQUERO, de los milenarios tesoros o huacas, que, cuentan códices, sepultaron los inkas, a la caída del Cetro del Sol.

—Hoy, le invito, taita Pancho, a mis excavaciones. Creo que con poco trabajo, descubriremos la veta. Conozco cuarzos y canteros . . . la mar. Y si quiere Ud., le doy participación en la Denuncia: o vámonos a medias; ya lo vé: esta Mina la venderemos en algunos millones.

El paisa trabajaba como negro. Diez y doce horas diarias; a veces, durmiendo al raso, al arrullo de grillos, alimañas, sabandijas y culebras, habituales de los bajos.

—Pero, como llevar esta vida, paisita, más valdría que; en sus mayorazgos, y con sus dólares, viviera de rentas en la hermosa tierra bogotana. . . Dígame cuántos hermanos tiene?

—Somos cuarenta hermanos, señor. . .

El primer impulso de admiración, que Dn. Pancho consagró al trajinante, iba descendiendo, hasta degenerar en compasión, cuando le tomó por deschavetado, para quien la unidad era un millón: todo en grande, una megalofilia especial.

—En sus dehesas habrá de seguro caballos, aves de corral—aventuró Rosaura a interrogarle.

—¡Oh!, mi diosita, los caballos del páramo son tan incontables como éstas pajas del cerro. Por allá, en nuestros cañadulzales se vive sólo de ave: hay más gallos que piojos, por la Virgen de Manizales. Ah!, y bendiga Dios esos patos, que los tenemos por miles. . .

—Uno de los cuales ha sido tu papá: murmuró Vicente al oído de Rosaura. Y ambos

rieron, pretextando *la metedura de la pata* del amigo Flores, en uno de los cacharros prehistóricos, que iba desenterrando el arqueólogo minero de la nación de Caldas y de Mutis, al momento que vitoreaba su EUREKA, desenterrando tuestos rotos. . .

Y allí quedóse el paisa, que seguiría enrumbando por sierras y planicies, con su obsesión del vellocino.

* * *

Vicente regresó a la ciudad, llena su imaginación de escenas dulces y sencillas de ésa vida tropical, respaldada de altiplanos, abanicada de forestales, rica de eufóricos frutos—agridulces y aguachentos, como decían los peones—para mitigar la canícula, cuando los equinoccios cantaban en los flancos, solanas meridionales. . .

Fruía Vicente, cada vez más las delicadezas de Rosaura, desfallecía de nostalgias, ante la film vertiginosa de sus espiritualidades; de sus atenciones; de sus sorpresas exquisitas, que dejaban como al descuido, golosinas y manjares para el despertar de la siesta, o con finura angélica, sobre la pasta del libro preferido.

Vernácula y pujante, allá quedó esa tierra de pan llevar, incomunicada por despeñaderos y trochas, cambroneras y atascos, que nadie, sino las filosóficas mulas los presienten, «los huelen», en gráfica expresión de los peatones.

Recordaba sus pláticas a la del tramonto, incensadas por la anónima vegetación, no bautizada por el microscopio que es la pupila de la ciencia.

En su pecho gravitaba el ¡Adiós!... Y los ojos de Rosaura semejábanle estrellas inasibles: élla misma era una estrella!

Sus miradas: estrellas inasibles; alejándose de sus abismos de tristezas.

* * *

Rosaura habíase quedado pensativa, arrimada a las palmeras del patio... Vicente no sería para ésto: no podía ser para la realidad: ¡Cuánto he trabajado por cristianizar sus ideas. Imposible! es de los disidentes irreductibles; es el hombre del libro: quiere vivir a lo intelectual...

—El no es para la tierra. No sería feliz en esta ignorada vida de trabajo, hasta hacernos un capital y volver a la ciudad... a seguir disfrutando, ensanchando las propiedades, con que Dios bendice a los humildes y pacíficos!

¡Cuánto hiciera yo!

* * *

Vicente, entre tanto, acercábase a las travesías comarcanas del cantón urbano, asaltado de consejos para una «descansada vida»...

Volvió a su recuerdo la huida de Juan, cuando otra vez se puso frente al páramo de Cajas.

Si hasta el mismo D. Pancho lo añoró en la hacienda, para cuidador, para compañía en fin...

—¡Qué bien lo habríamos pasado reunidos en Chaucha!...

VICENTE FLORES

Volaban los años.

Vicente abandonó la Universidad por su pobreza y por sus rebeldías. Sin noticias de las muchachadas de Lima, de Méjico y Chile, brotó esporádicamente en él, un impreciso afán reivindicador del estudiantado, «frente a la imposición del favor y de la componenda esbirra, que enfrascaba rectorías y cátedras, con la etiqueta del blasón o del prestigio feudales, para que se auspicien mediocridades, corruptelas y farsas subalternas, bajo el cobijador airón de sus alas de Aguilas de la gloria nacional», publicó una hoja suelta.

Cáustico, mordaz, esgrimió su ironía ante «un Profesor que era a la vez—como otros tantos—diputado, exportador, filibustero, en público y privado, empresario de OO. PP.; edil, clubman, accionista de estancos, cónsul, Gobernador; y cuánto es posible en un «hombre—mo-

saico, hombre necesario—de silla y de carga, o de toda una prestancia social y política». . . Fué por ello, excomulgado del aula y pasó a divagar en el ensayo periodístico, a pesar de que sus crónicas salían mutiladas, truncas eunucas, impersonales, merced al prejuicio y a la sindéresis de las empresas editoras, que ibanle recelando, como a escritor peligroso, hasta que la torva necesidad y el sentido práctico le aleccionaron con la fuerza del numerario. . . Y comenzaron los reportajes, el epíteto holgado a lo manga de fraile, la adulación mendaz. . .

—Tienes fama de literato, y es preciso que aprendas a quedar bien con estos señores—amonestábale don Pancho Pesántez, arrepentido de su obra, de su mal ejemplo de politiqueante, que iba convirtiendo a Vicente en desaforado patriota.

Don Francisco estaba recién llegado de su anacoreta finca, a las llamadas de un fachendorso chacarero, que acabárale de convencer en estos términos:

—Quizá el jóven lo necesite. . . Y como premio anticipado a su artículo, que lo haremos poner debajo de mi cliché, llévele esta demostración de mi aplauso a su talento. Y sacó de su cartera el argumento hércules:

—Dejémonos de fatuidades—relamíase don Pancho. Desigualdad social, ley del embudo: éso que dices lucha de clases, la cuerda que se arranca por lo más delgado. . . pamplinas, hijito. Medio siglo que se trata de lo mismo, según mi propia experiencia. . . Pero, los que tienen cuatro reales, siempre humillarán a los LIMPIOS; los aristócratas nos gobernarán, los militares,

mandarán al Gobierno. . . los mismos perros con distintos collares: es y será la historia de nuestra República. Bien: volviendo al motivo de mi visita, elogio cuánto puedas la honradez de este hacendado. Agrégale que es financista como ninguno: un tío Sam; que la banca tiene en él un exponente, una garantía, en fin, tú sabes: algo que corresponda a la generosa dádiva que te traigo. Uaa mentira más en el mundo es como una gota de agua en el océano. . . Plata hace plata, Vicente, aforismo, como una tonelada. . . en los repartos empleadicios, ya vez que el pan más gordo se lo lleva el más rico, con o sin lógica, como tú dices; y la migaja, se la carga el menesteroso, con o sin justicia, como todos comprendemos: la plata llama a la plata. No ves?

Vicente acordábase, entre tanto, de la cotización de ciertos «REMITIDOS», que le valieron para ayudar a sus viejas: a mama Trini y a mama Dulu, buenas mujeres que prohiaron a su «huerfanito», desde sus tiernos años. Como que sabían de quien era. Su cariño providencial—como en tantos ótros casos—había venido a sustituir su vacío de «Amor de Madre». . . Sus alquileres de pieza eran abonados, a veces, con el precio de discursos épicos para gobernadores; programas administrativos para presidentes de Concejo y «Cartas abiertas» entre potentados. . . Acosábale repugnante el imperativo de amoldarse; la necesidad de adaptarse, el deber de limar intolerancias, y de alojar en curvas elásticas y comprensibles las flaquezas de los otros. Pero su sed de Justicia, de razón y de iguales derechos ante la vida, arrollaban los artificiosos diques del conven-

cionalismo social y rugía la indómita catarata de su juventud rebelde.

Cuántas veces se le ofrecieron situaciones, a fin de que se dejara de quijoterías, e hiciese periodismo, «a la moderna». . . sin las muletillas: FRAUDES, CHANCHULLOS, y creados intereses, propios de los trasnochados reaccionarismos. Montalvo, Calle, pasaron a la historia. Y hoy se imponía el panfletarismo «standard», con hileras estadísticas; columnas de a tanto, la pulgada; gráficas de muñecas, muñecos, perros, gatitos. . . lo de sociedad; y . . . negocio. . . , ante todo, lo positivo, lo comercial, lo que tipifica al hombre standard, siglo XX.

Ganas? Luego existes.

Ahí estaban sus contemporáneos camino de la «evolución»; haciéndose simpáticos al Gobierno. Dando pinitos en el tinglado. La aristocracia. . . de aristocracia; y el mestizaje, en evolución. A ganar, Al honor del empleo.

Vicente sonreía; mientras pasaban cien casos concretos por la mente acalorada. . .

—Luego, eres un niño—replicábale el viejo Pesántez—al aferrarte a un puritanismo del que se reirán tus canas, como ahora se ríen las mías de tus encrespamientos. Mañana vuelvo por el artículo: es urgente, y no olvides de loar su contabilidad infusa, comercial, agrícola. . . Y aún cuando estuviéramos convictos de su ignorancia, con él están los archipámpanos políticos, el prestigio, la buena posición. . . a la sombra de su gerencia.

Y quizá se acuerde de que yó le conseguí este favor. Ya me dijo, que, «entre hacendados

nos habíamos de ayudar recíprocamente». Conque, lo dicho, y no te desentieras de mis consejos.

Había que condescender con el padre de Rosaura, sin remedio. Mucho le debía. El mismo habíale entrenado en la rutina de notariales prosas; y, mientras Don Pancho demoraba en su retiro pastoral y huraño, Vicente reemplazábale con ventaja, hasta hacerse buscar de lueños campos, especialmente los jueves, en que vaciaban los valles en los caminos; los montes y granjas, en las plazoletas y andenes de la ciudad.

Ahí del ganarse la vida forjando contratos de músicos para las festividades, haciendo constar que su permanencia en los anejos, «correría de cuenta del prioste», quién debía aparejarle semovientes de ida y vuelta, aunque al terminarse la Fiesta, sabido era aquello de «la vuelta del músico». . .

No escaseaban documentos de coheteros, acondicionados como los antedichos, de los hermanos músicos, sin omitir de que «en persona debían quemar los fuegos».

Después, entre los filisteos de peñas arriba, adquirió fama y celebrísima, para esquelas de amantes, según tarifa: desde simples declaratorias, reconvenciones de noviazgo, celos, desprecios y fatalidades, hasta el cúlmén de la elocuencia amartelada, que debía partir a las piedras y hacer llorar los mármoles, a lágrima viva, según la intención de esos enamorados que resudaban robustez y transpiraban sobrexeso saturante y campestre de salud.

Así se remendaba para el sustento, meditan-

do siempre, con la ironía escéptica, que agriaba todos los papeles asumidos, por su personalidad acerada y múltiple.

Meditaba en que por su pobreza sintióse un día impotente para alternar con los futuros doctores; en la posible ruina de su tío, en el abandono de su porvenir. . .

Buscaba un hombre, y se encontraba con que su sinceridad era defenestramiento al fracaso.

Unos iban con su ideal. . . pero el mayor número le inspiraba un rimero de artículos, que no se publicaron. . . «los coetáneos estaban encorvándose para hacer la nueva argolla», como lo borroneaba.

* * *

Su periodismo truncábase, frente a la sordidez y sentido común del Director, que le contestaba:

—Si publicamos esta bomba contra los acaparadores de sombreros, el hijo de Morocho nos manda poner candado. Es nuestro acreedor. . . y. . . —«banqueros, buenos cristianos, de edificante vida, acreedores al Fisco: gamonales y césares: ¡el pueblo que muere de hambre, os saluda! . . .»

—Así es. . .

—Pero ya vé Ud.,—platicaba el Director, bostezando—¿Qué sería de una ciudad sin capitalistas? Aún la aristocracia en ruina, necesita galvanizar sus pergaminos. Medítelo bien. La Democracia en el poder, no deja el pelo de la dehesa, y equivale al más burdo cacicazgo: prefiero al aristócrata, con sus taras hidalgas y caballerescas. . . Luego, glóbulos o monedas de

sangre, bien vale cambiarlas con numularios de oro. Cuentan que el portero del cielo, cuando no hay propinas, abre de muy mala gana.

Campesinos y obreros, aspirando siguen evolutivamente a la prestancia SOCIAL; hombreando luego con la clase media, y al fin, injertándose en patrones de nobleza e incluso, en rol político. Ejemplos? de nuestros días. . . luego, ¿en dónde enfocamos su *problema social*? . . . já, já, já, levantemos estatuas a los próceres de nuestras industrias. Hay que hablar con parsimonia. . . Escriba Ud., de caminos, de crisis, y será bienvenido.

* * *

Entre tanto pasaba Vicente sus mejores años, como un iluso, como un revolucionario, como un peligro social. . .

Deambulaba por la Alameda, a orillas del río patrio, meditando, tramando, más bien, alguna *novelina*, que refleje la vida humilde; la de la gente que acudía a los repiqueos improvisados de la Fiesta anual que celebraba el harrio sur, en la Cruz del Vado, llamada la de la Cruz de Mayo.

Recordaba las historietas y tradiciones oídas a los contertulios de Dn. Pancho. Sabía que la Cruz fué colocada por el Obispo Carrión y Martil, cuando lo bautizó al río de Julián Matadero, para exorcisar las continuas crecientes de sus aguas, que habíanse tragado muchas vidas. Allá, por 1778, en la Gobernación del Alférez de Navío, don José Antonio Vallejo, el bravo río había llevado en sus aguas la casa de una familia

Torres y sobrenadando en las olas encrespadas iba a flote la jaula con un papagayo, que daba lastimeros gritos de «Socorro!» Al acudir el gentío y salvar al volátil, hallaron al fondo de esa carabela de carrizos, un óleo de la Inmaculada; y ahí, desde entonces construyóse la Capilla de la Virgen del Río, de la Molinerita, la de las poéticas Misas del Niño.

Quién sabe si el río Tomebamba, no deha su actual apelativo de Matadero, así al camal de su orilla, como a la carnicería consumada por las huestes de Atahuallpa, «que hizo abrir el vientre de todas las cañaris en cinta, porque los hijos traidores a su Incazgo «debían morir dos veces». . . y luego hizo sembrar las márgenes del Tumipampa con los corazones de las víctimas, exclamando: «sembremos corazones ingratos, para ver que producen»: todo esto lo recordaba haber oído a los viejos amigos de don Francisco.

¡La Cruz del Vado! . . . una ascua, en su ambiente festivo de luces y dianas, pirueteando sobre los «dulces de mayo», los airecillos de la música popular, las traviesas campanas y la confitería reventada al amor del barrio de los hornos.

Dice la conseja de los vecindarios, que, en llegando la media noche, la bendita Cruz se inclina tres veces y quién alcanza a mirar aquéllo, es porque debe sufrir honda transformación en su destino, en su suerte, en la vida.

Recordó que Juan Ringri, muy cerca de abandonar la tierruca refirióle haber visto este portento. El último año que acudió a la fiesta, mientras Dn. Pancho entretúvose con sus viejas

amistades al calorcillo de los picantes de las panaderías del Vado, Juan habíase dormido en el andén, arrullado por la música y el buen olor del yantar criollo.

Al despertarse, de súbito, como a media noche, contaba Juan que él vió a la Santa Cruz llamándole, agacharse por tres veces. Unicos testigos: las estrellas, arriba y el río, abajo.

¿Qué será de Juan?

¡En verdad sufriría la grave transformación de la conseja!

De una de las tantas de la milagrosa Cruz oteadora de la odisea del patrio Tomebamba. . .

Mientras así añoraba pensamientos, acercósele un tipo.

—Amigo Vicente, no me reconoce ¿verdad? Soy el paisa; el colombiano que Ud. dejó por los breñales de Chaucha. Y aquí se lo tiene, sanito y a sus órdenes. Mañana empiezo mis preparativos para un viaje al Oriente. Vine acá por aguaitarlo a mi Coronel Holguín, que me ofreció todo su influjo para hacer que el Gobierno ecuatoriano adquiriera mis *Planos* y mis planes, que significan para esta querida República un porvenir de millones. Estoy seguro de que mi Coronel me lo arregla. El dice que sin él, su Gobierno no da un paso, y cuando él lo pide, es más seguro que la predestinación. . .

Ya sabe joven Flores, que si me «*coloco*», Ud. se viene conmigo.

Es la segunda vez que entro. Conozco eso como la palma. . . En el vértice del Upano estubo la gran Sevilla del Oro, cuyos planos se los llevo conmigo, porque me representarán millo-

nes de que los venda a cualquier Empresa: ya verá Ud.; Logroño estuvo frente a la desembocadura del Paute; Valladolid, en el Zamora; Macas y Méndez son los centros actuales, a los que iremos, bien sea por la ruta Cuenca—Pan; o Sigüig—Gualaquiza. . . En todos los ríos y riachuelos hay lavadores de oro, en el sistema fluvial de aquí, ni se diga en los ríos Negro, Yaupe, en los mil tributarios de su Paute, en el Palora, Upano, Namangosa, verá Ud., cómo desde Guallaceo se han escalonado, a lo largo de Santa Bárbara, Guarainàg, ¿para qué seguir? Pero, yo sé que la verdadera maravilla tenemos en el Santiago, porque, la región del Morona es insalubre. Cuando yo vine, dejé 6.000 trabajadores en el Oriente: hagamos el cálculo, más que seguro, de que cada uno lave un gramo diario, y tendremos 6.000 gramos diarios o sea 24 quintales al año: dos toneladas y media, más que menos. Es decir, al precio de compra de \$ 10 y 11 el gramo, nos dice la estadística que el Oriente Azuayo produce la bicoca de 25 millones anuales. . . o la aritmética se equivoca. Amigo Flores ¡a ver, si Ud. me acompaña!. . . Vamos allá, muévase; no piense en casorios, tan joven: Rosaura es de las que esperan! y Ud. puede traerla su dote!! Fíjese.

—Hola, hijito! Era mi Coronel Holguín, que saludaba saleroso, alzando su bastón en actitud recluta de presentar las armas.

—Todo se ha conseguido, hijito. Es que cuando papasito pide algo. . . equivale a una orden. Conmigo las cosas van recto y clarito. Yo no soy taimado, ni gasmoño como los curuchupas. ¡Con esos. . . ni a misa.

Oye, paisa: el Gobierno liberal ha reconocido tus méritos; se te va a comprar los planos. Estás ascendido dentro de nuestras filas y asimilado a Sargento Mayor. Vas a gozar de sueldo, como Ingeniero del Amazonas, tal como yo lo pedí. . . aquí está el telegrama *Oficial*, hijito. . . Tienes viáticos, forraje, comisión de servicios, kilometraje. . . Puedes salir esta misma noche, en viaje de inspección. . .

El paisa había conseguido a fuerza de charla, de talento y de la *invicta* Palanca de un padre de la patria, lo que otros nacionales no lo habrían alcanzado con su mérito.

En un corrillo de Oficiales que gustaba del regodeo populista, quedóse mi Coronel Holguín, enredado en interminable y amenísima conversa:

—¡qué hacen, cholos—quedó saludándolos.

* * *

Vicente resolvió acompañar al colombiano. Ser uno de guardaespaldas, que era la dote de cualquier Jefe. El asunto era ir al País del Oro, no por otra cuestión, bailábase el espíritu de insólito entusiasmo, sino la de introducir en su novela, a los trabajadores del Oro. . . Oro que en breve, atraído por las boas del Norte, debía ir a la carne del DOLLAR, dejándonos papeles miserables, papeles iscarotes, que, como pago de traición, debían convertirse en el dogal de oro, para ahorcarnos mañana, en la cornamenta más alta de un árbol dantesco de esta hacéldama de las sinagogas de Monroe. . . Monologaba:—Restos del Oro de Usnos, tronos y diade-

mas del Incario; reflejos del mismo «metal amarillo», que aguzó los instintos del Conquistador; del mismo Oro, que, lejos de servir para el rescate del último Hijo del Sol, no hizo a la raza, sino cambiar de esclavitud. Restos de este «Oro de América»—como pensó Vicente titular su obra de ensayo. Y seguía soliloquiando:

—Oro que galvanizó la Corona de Castilla! Oro el de América: éste, que debería ir, nó a encarnar en el «Becerro de Oro de los judíos del Norte, sino en el positivo Sol de la auténtica democracia indolatina. . .

Centenares de indios, blancos y mestizos, con otros tantos aventureros rubios habían improvisado sus aduares beduinos. Allí se aterían, después de haber pasado el santo día, sintiendo en sus extremidades el amortiguamiento cianótico, la astricción reumatoide, con que mordía el agua a los violadores de sus entrañas.

Con venganza jibara de garfios y tenazas lancinantes de cristal, defendía el tesoro de sus lavaderos, la onda avarienta, huyendo en vorágines, a dejar su confidencia de siglos en las orientales junglas, donde los pájaros preludian evangelios dinámicos, los ríos crían oro, como dioses, y los árboles cantan el Futuro de América.

AL PAIS DEL ORO

¡Mañana de Mayo! Las últimas lluvias de Abril habían dejado un aire campesino más transparente, más cerúleo y más fragante.

¡El sol de Mayo, en Cuenca, pide versos mariales!

Y dentro de esta gran urna sideral, coros de grillos invisibles, de nidos piadores: vuelos «no aprendidos» de gorriones, jilgueros, turpiales, chugos y colibríes.

La cúpula del cielo, honda azul, brillante elevando los espíritus *sic itur ad astra*; y un galope de campanas del Mes de María sobre los cuatro vientos, hasta los confines que se dan la mano con los cielos . . . hasta más allá del mundo!

Paseó la última vez Vicente por el Parque, ante el viejo Cuartel, jorobado de historia, la Catedral, que llamaba al Mes de María y frente al Seminario, donde le educaran sus mucamas solariegas y el buen tío malandante.

Abiertos los portones del Seminario, dejaban ver su patio, sobre el que brotaran, como en un camposanto, musgos y pátina verdinegra: «el amarillo jaramago», de las elegías a las ruinas . . . Cuánta emoción al contemplar agrietándose de polvo y olvido las bancas que las recorriera a medida que ganaba los años!

Bancos inolvidables, desde los que se evocó la inspiración, al andino repicar de los «Sábados de Mayo»; se escandieron Versos a la Virgen del Colegio; y fué el éxtasis azul ante el primer sueño de Gloria.

Por ésas aulas y corredores ambulaban sombras de Maestros y Condiscípulos.

Un arbustillo ponía en el patio pincelada de cenobio . . . pausa de abadía, donde colgaban a modo de harpas suspensas, vuelos y piar de gorriones, que hoy poblaban con sus motetes el aire que antaño repitiera de memoria, lecciones de ciencias exactas, filosofía, humanidades . . .

Vació el seminario de tradicionales glorias, daba la impresión de una ática colmena o academial castillo encantados y meditativos!

Lejanamente, por la plaza del Carmen, resonaba el estentóreo grito del chofer:

—¡A Gualaceo, a Gualaceo, leco invitador de pasajeros, anunciando que en breve saldría al más delicioso de los cantones azuayos: arco de primavera hacia la virginidad milenaria de los indómitos bosques orientales.

Al tiempo que subían al carro, Vicente y el Colombiano, que llegaba en aquel punto, recién levantado de sus largas horas de sueño matinal, cruzó por delante de ellos, Rosaura, que salie-

ra de una reunión de Hijas de María, inseparablemente acompañada de las *doncellas* Trini y Duluca.

Saludáronse efusivamente. Rosaura, sonreía con la más ingenua de las alegrías:

—Vaya! esta mañana de encuentros. . .

Interrumpíale mamá Trini, contándoles que D. Tadeo, al toparse con éllas saliendo de la Catedral, había ofrecido pagar la *Dote* de Rosaura, en cuánto se encierre de Religiosa:

—¿de cuándo acá? semejante miseria de viejo: creo que está cerca el fin del mundo.

Chancearon finamente sobre motivos de sus encuentros. Dña, Duluca añadía que con el Largo y el Coto también se vieron, y estaban aseados, «nuevitos», cumpliendo como otros «chispines» con la promesa de no probar una *gota* durante el Mes de María: ¡pobrecitos! . . .

—¿y cuándo será el regreso?—preguntó Rosaura a Vicente; y adelantóse el colombiano.

—cuando se le traiga la *dote*. Y volvieron las bromas a interrumpir el minuto sentimental que los dos buscaban al despedirse.

—Dígale a D. Pancho que ya no se confíe ni de Chaucha ni de D. Tadeo: ambas chifladoras lo están arruinando.

—Es que sí . . . —Rosaura miraba a Vicente, como si buscara la fórmula diplomática y prosiguió.

—Si supiéramos oír a los mayores no fuéramos con nuestros propios pies en busca del peligro . . . Vicente permaneció silencioso.

—Déjelo no más, Rosaura, que los poetas son como las golondrinas . . . sólo buscan primavera.

Despidiéronse más con los ojos, Lo que debían decirse quedó bajo el nudo de la garganta. Rosaura iba enjugándose los ojos... Bufaban las ruedas del autocamión en marcha.

La Trini y la Dulu abrazáronse de su hijo adoptivo para despedirlo, y siguieron su camino con los ojos enrojecidos, y suspiraban... ¡que la Virgen le bendiga!

* * *

—La región oriental del Ecuador es un triángulo cuya base es la cordillera de los Andes. Su lado Norte, la línea S. Miguel Tambo—yacu; desde 1916, según el tratado Muñoz Vernaza—Suárez. Lado Sur, del triángulo, es la consabida de Tumbes—Marañón: ambos lados terminan en el vértice del Ambi—yacu, en su desembocadura en el Amazonas—instrúale a Flores su Ingeniero, aunque chliflado y viejo, gran orientalista y obsecado explorador—Este triángulo mide aproximadamente, si mal no lo recuerdo, 300.000 kilómetros cuadrados. Ud., sabe que Wolf aseguró ser el Oriente Azuayo, el más rico en arrastres auríferos y esto se confirma con las cantidades de oro en polvo, en láminas, en pajitas, que surten por los sitios donde PINTA.

Vicente todo lo anotaba en su diario de apuntes, resuelto a vivirlo en su NOVELA, que sería un abierto libro iluminado de mariposas; umbrías lujuriantes; libro en cuya portada gallardearía, sobre un laberinto de gea, flora y fauna, el ejemplar de tribu, tatuado de sol y de libélulas co-

ronado de TAGUASA, vistiendo el ITIPE y pintado a rayas negras con el HUITO; rigiendo el arco y la flecha o con el cetro de la lanza; élitros y plumas, al són del TUNDULI, suspenso de las chontas...

Iba a asistir a la creación de esa naturaleza fabulosa, donde el Amazonas recorre 6.000 kilómetros de selva. La jungla del oro, la Amazonia, que podía ser el canal de unión, entre el Pacífico y el Atlántico.

Mientras se aproximaba a Gualaceo, seguía el colombiano en su interminable charla de instrucciones.

—Verá U., mi querido amigo, la corpulenta CHICA—HUINA, de la que se extrae el incienso; la PAMBANACA, cuyas amplias hojas, las haremos servir de sábanas para acostarnos... los Copales que nos proporcionarán resinas para alumbrarnos; todas las plantas tropicales: Orquídeas que:

«quieren vivir como las almas puras, sin un sólo contacto con la tierra» como cantó Chocano. Y ¡esos amaneceres en la selva! «esos ocasos que parecen prolongarse por miedo a la severa noche de la montaña.

La luna que hace recordar a las de Cumandá:

«Vén, querida madre luna»... Y el paisa tan recitador como conferencista y ahora comandante amazónico, alzaba la voz sobre el ruido del auto—camión que los conducía:

—U. puede escribirse un libro...

¡Gualaceo!, ¡Gualaceo!—ladraron los perros saliéndose contra las ruedas, que interrumpían su descanso colonial.

¡Gualaceo!—corcovearon las cabalgaduras que *pajareaban* ante el monstruo imprevisto, amenazando dar en tierra con el ginete...

¡Gualaceo!—escribió el horizonte virgiliano sonriendo el arribo del camión. Efectivamente llegaron a la tierra de las macanas, y los clásicos paños de la auténtica chola azuaya: huerto de bendición, donde se remansa el río descansando su corriente, para la jornada del Chupianza, en la jibaría secular...

—Son los mismos ríos bautizados y confirmados: el gran Santiago no es sino el mismo Upano, en su confluencia con el undivago Paute... Ya verá cuando acampemos junto a las fuentes salinas del Mangociza.

En unión de los mineros tendrían que prepararse rumbo a su Jauja; hacia los criaderos de las «rubias pepas», en donde pensaba Vicente inspirar su Novela, que desde hoy la llamaría «*Oro de América*».

LA CRISIS

Provincia.

Lunes, Martes Miércoles... giraba el calendario morlaco, con sus campanas, cohetes, música triste; sus jueves ladrados de concertinas... Regreso de ferianos, los viernes; veladas de compromiso artesanil, los sábados, y otra vez, el Domingo. Calendario de tradición, de fiestas, de bonhomia.

Se agitaban las alas del periodismo, cloqueando sus negros títulos: *Problema del cambio; Bajas de la Moneda. Crisis del Toquilla. «Crisis del Circulante»*... Crisis... palabreja que se leía en todos los semblantes, que se expelia irrespirable como un gas carbónico salido del fondo de las almas, después de haber consumido las energías del pensamiento.

¡Si, la crisis! flotaba como endemia pansociológica. Como un mal de males ultramicrobiano...

Don Pancho había salido a la ciudad por motivos de... crisis.

—«Entre hacendados nos entendemos; hoy por mí, mañana por ti»—había halagado su vanidad el actual Gerente, hasta conseguir de D. Pancho que arrancara al periodista Flores pirotecnia de epítetos y campanillas, en aquélla rimbombante semblanza. D. Pancho,—que creyó tener varalta por éso, salía por tercera vez del Banco y resuelto a no volver. Con subterfugios, eufemismos y demoras, se le dificultaba un préstamo chico.

—Si ayer no más remendaron la quiebra de la familia Cruzado, y nivelaron la bancarrota de los Cañas y Campanas...y hoy, un pingajo se le niega al infeliz. Entre ellos, entre ellos se hacen...

Bien hizo Vicente en irse lejos, lo más lejos de éste régimen hipócrita de feudalismo y gamonalías. Estos grandes SS: los que antaño estuvieron con nosotros... éstos transfugas y acomodaticios son los verdugos del pueblo. Y engañese U con sus peroratas. Cuánta luz tuvo el muchacho. Y yó tuve la culpa cuando le obligué a—vanagloriar las sandeces de éste magnate, que hoy, con haberme permitido pisar las alfombras de su gerencia, ha creído que es demasiado para un viejo consecuente y sincero. Cómo será con los de escaso apellido.—Iba pensando el bueno y virtuoso, como desafortunado de D. Pancho:—Estos son autores de los monopolios, y el pueblo debería apedrearlos...

—¿Como, por aquí, hijito ¿desde cuándo? le abrazó Plácido Holguín en un ángulo del parque.

—Por la necesidad mi querido.

Vine a ver si coloco aguardiente; pero, el Estanco ya no lo compra aquí, desde que, por exclusiva de un sindicato linajudo del Litoral, se trae alcohol de la costa, más barato que el de la sierra, naturalmente, sin que por eso rebaje la taza para el consumidor, con utilidades para la Gerencia, que ha merecido un voto de confianza de tu Gobierno... ¿Finanzas? Así se llaman ahora los descaros. Y escúchame: tu Gobierno con el consumo del aguardiente, esto es, con lo que da el vicio, sostiene la educación laica. Y ahora con el mismo negociado, estrangula y mata la producción seccional, que antaño ha sido el patrimonio de nuestros nobles terratenientes...

Yo casi estoy en la calle. Como yó, los yunguillas y Sanahuines, Pautas y Gualaceos, sin poder moler: cruzados de brazos. Paralizado el trapiche. ¿Con qué objeto? Las cañas se pudren de maduras; la soca rompe en almibares, que son criaderos de miles de insectos; y la caña, que antes era cetro de fortuna, hoy es el escarnio del ecce homo, que ni come, ni tiene con qué mudar sus andrajos... Si no conoceré a los inventores de esa pólvora, llamada el monopolio o el Estanco. Fariseos que conmigo dieron bala a los *chapulos* en el 95... y nos ataban al sombrero la «cinta azul, so pretexto de «Dios y Patria», como ahora nos han atado la pasalla de la miseria, con motes y lemas de lucha al alcoholismo, al contrabando, y protección a la Industria Nacional... Esos mismos resultan ahora los mimados del liberalismo: figuras intangibles y consagrados...

—Panchito, respiras por la herida y sólo porque te ha quitado la ley del Estanco tu negocio de guarapo y destilación, despotricas hasta el sacrilegio. Si te refieres a tus grandes hombres del curuchupismo, que son cifra y orgullo del Ecuador, no me parece racional oírte de ése modo. Por eso, hijito, les llamamos ultramontanos a UU. Hay seres cuya gloria es herencia recomendaticia al porvenir. . .

—No hablo más. El Estanco: he ahí la crisis.

—Hijito. . . parece que la ermitaña vida te ha reducido la visión de la realidad. La crisis es mundial. Baja de la guerra del 14, de la Paz Armada, de la Post—guerra y de la reacción de las Naciones, tras la embriaguez de sangre. La crisis es un deshелarse de témpanos de cadáveres, de glaciares de sangre congelada. . .

—No te entiendo. Pero, si sé que todo esto, es castigo de Dios. . .

—Tú necesitas, Pancho, volver a la lectura, siquiera de los periódicos. Oh! hijito, vengo de aprender maravillas. Quito es otra cosa. En provincias el Ecuador se empequeñece; pero, en Quito es grande e inmortal. (La inspiración se le secaba al comandante y sus labios resecos ya pedían el «vaso de agua» de los oradores). Maquinalmente continuó: quisiera que leas a Spengler, a Keyserling, a Unamuno. . .

—Pícaros, sólo pícaros. . . sobre todo, ya lo dijo la Beata Mariana de Jesús: El Ecuador no perecerá de terremotos, . . . de ningunas crisis. . . sino por los malos gobiernos. . .

Mientras mi Comandante Plácido entretúvose a la vuelta de la esquina, remojando la palabra,

Dn. Pancho miraba la herrumbrosa cárcel donde sufrió en su «tiempo heroico» los tormentos del «cepo Pérez», las salvajes torturas del «cepo Franco». Nombres de sátrapas y atilas de la alfaruna transformación—se lo repetía de memoria. Allá, al frente, recortábanse las azoteas del Seminario, cuyos gabinetes y bibliotecas, como tesoro latino—pensaba—sufrieron los vandálicos saqueos. Hubiera escrito como cartilla vieja, los episodios de su «Cuenca espartana»; el apéndice de sus cartas, cuando desterrado en Piura. . . sólo él se acordaba de todo ésto. Y los Cruzados, Cañas y Campanas. . . le hacían exclamar a Dn. Pancho, la frase del célebre Tomás Rendón: —el pobre hiede a cobre. . .

—Muy exagerado estás, hijito—regresó a despedirse el Comandante Plácido, limpiándose las heces de los mostachos—Debes ponerte de cara al sol que más calienta. . . hijito, Darwin no falla: tras la lucha, la evolución, y el triunfo de la selección. . . No hay que hablar mal de tus conmitones que han tenido el arte de bailar al son que tocan los tiempos. . . y no hablar de crisis. . . es la historia, y cuánto hay. . . es el mundo, hijito.

Un sol tan redondo como el de las Armas del Ecuador, «sol de aguas», pintábase en el azul celeste, a filo de tarde sobre el verdín del praderío azuayo.

Casi intuitivamente, al cruzar la Plaza Grande Dn. Pancho encaminóse a la Catedral, más enternecido y torturado que nunca.

De par en par las puertas de la Iglesia Matriz respiran cera, incienso y lirios. Respiran cedro de baúles; visión de casullas irisadas, aliento

ungitivo de ornamentos limpios y reflejos de oros consagrados.

Adentro, la Lámpara del Santísimo—sobrenada tan viva su luz, que parece el alma del sol, centelleante, entre la inundación aromática de paramentos nuevos, de manteles de Primera Comunión, de vasos salomónicos y llamas fervientes: se diría que el aire está arrodillado y e-funde desde la magna sacristía su *Acción de Gracias*, por haber comulgado angelicamente.

Dn. Pancho, busca lugar para su desahogo, entre aquellos mismos viejecitos de otros tiempos, que hacían la Visita al Amo de la Catedral. Arden las bujías, campaneá la torre, llamando a coro, y el corazón imprégnase de aquel almizclado perfume catedralicio, de cortinas y flores, de incienso y harina tragal, vino de consagrar y Panes ázimos. . .

«El noble, el humilde, el señor y el indio; la dama y la pueblerina, acuden en esta bendita tierra al Santísimo de la Catedral, en última instancia, como a refugio inefable, para decirle, cuando el dolor atenacea agudamente, cuánto se trabaja y se llora; cuando sangra el corazón, y no hay a quién volver los ojos, cuánto puede hablar la amargura de la queja; para pedirle que «se haga su voluntad, como convenga:» oraba Dn. Francisco:

—Venite ad me omnes qui laborati et onerati estis, et Ego reficiam vobis». . . Y Pesántez al zaba las manos juntas y cerraba los ojos.

Alguien colocaba un cirio por el enfermo desahuciado; allí consumíase la *espelma* con la cual el vecino caritativo *li pió* la dolencia incu-

rable; la cera clavada al revés y encendida por la cola del pabilo, imploraba, deprecaba al Juez; clamaba misericordia y Justicia, supersticiosamente; pero, con la bretona fé del que nada espera del mundo; allí está el aceite para la lámpara, adquirido con el último ahorrito de anónimas lástimas. . .

Cuánto dolor y cuántas lágrimas quemándose al pie del Amo de la Catedral: cuántos sollozos derritiéndose; y cuánta espelmita pobre será un ex—voto para la vida. . . Pueblo el de Cuenca! su Fé conmueve hasta el enternecimiento. . . Son las tres de la tarde: la campana sigue tantaneando. Cada cirio representa una petición de paz; una reconvención, una súplica; una ilusión sin esperanza; una historia, un Amor, una inocencia. . .

Y todos los cirios desllean sus lágrimas. . .

«Petite et accipietis; quaerite et invenietis; pulsati et aperietur vobis»: Dn. Francisco medita:—Si fieramente sufrimos los desposeídos de fortuna; quién sabe cómo deben torturar las riquezas a los que el vulgo cree dichosos. Yo, que aparezco un paria y un desdichado, he vivido feliz, completamente, feliz con mi ideal. . . El dinero no es todo: los que nunca lo tuvimos, debiéramos tener compasión de los Cresos, de esos Salomones que con más acidia y desesperación que nadie, exclaman desde el vacío de su corazón metalizado: VANITAS, VANITATIS. . . —La muerte nos iguala: y nada bueno se ha hecho. Voló mi juventud tras la edad viril y ésta soñó en los descansos de la vejez, a cuyos umbrales desfallezco; y el batallar sigue, sin término...

Dn. Pancho intimamente conmovido «quisiera morir»... piensa en la eternidad... (suspira como niño) y le asalta la idea del testamento. Mucha es la experiencia que tiene: los hijos son burlados o se enredan en ruidosos y escandalosos pleitos, que han acabado en ocasiones, cuando ha corrido sangre; a punte—bala o a punte papel sellado. ¿Acaso no recordaba de cortiantes, apeos y deslindes; y vista de ojos, trágicamente epilógados con fratricidios o duelos entre la parentela?...

Era mejor arreglar bienes, en vida: testar, asegurar y dejar cuando menos la pobre herencia de paz y de justicia. Un fantasma le tienta: el hijo de Tadeo que tiene fama de hipocritón y mujeriego, podrá enredar a Felicia o a la misma Rosaura: las mujeres son débiles, y «poderoso caballero es don dinero»...

La multitud se llega al Amo de la Catedral, como a Juez Inapelable, como a Consejo Final y Palabra Eterna.

Y, de ese castísimo ambiente, salen: el hijo del pueblo y la mujer del vulgo; y detrás de los viejecitos de manos heladas, sale Dn. Francisco, tosiendo y limpiando las gafas, arrepentido de haber hablado, y pronto a besar los pies de quienes creyó verdugos y opresores... Nó... somos hermanos, y acaso es apariencia de lo que se juzga. Quizá los nobles, letrados y católicos que sirven al Gobierno Liberal, son instrumentos de la Providencia: sufren como nosotros. Este es valle de lágrimas...!

—¡Los errores de los hombres, son aciertos de Dios... ¡Dios escribe recto en pauta torcida!

filosofaba rastreramente Dn. Pancho, al salir haciendo la última genuflexión.—No hay felicidad en la tierra...—Y el escuadrón de sufrimientos se disipaba como caos de sombras.

El sol de la tarde entró también con un manojo de luminarias, a postrarse contra el polvo del Altar...

A lo lejos retumbó el trueno precursor de esos aguaceros de otoño, que suelen epilogar los solazos de un día bochornoso.

—¿Qué hago? ¿de dónde saco?

Y alzaba don Panchito los ojos al cielo amenazante de esas tempestades a las cuatro de la tarde, precedidas de fragorosos truenos, y zigzag de relámpagos, entre las cuchillas de la cordillera.

Angustiábale la sensación de sequedad que produce la falta de recursos:

seca la boca...

seca el alma...

seco el bolsillo.

El espejismo de una pobre idea apresuró su paso.

Por el camino iba meditando según su aforismo de «piénsalo mal y haz lo peor», y al siguiente día estuvo firmado su último «mal negocio», como decía su inolvidable *mitad difunta de la vida suya*.

Y puesto que, Dn. Tadeo, solía aceptar escrituras de venta ficticia, a trueque de salvar humanitariamente las propiedades del ejecutivo remate, facilitando un poco de su rebosante dinero, ahí estaban su *medida* y salvación de emergencia, según el intellectus apretatus de don Pancho.

—Como que se lleve el Banco mi fundo—iba discurrendo—que se lo cargue el indio Morocho, para que vaya con eso más a los infiernos. Que me preste algo para salario de peones: serán unos doscientos sucres. Con la cosecha entrante se los devuelvo. . . y entonces, con el sobrante, al Banco y a deshacer con el *ruco* Morocho esta venta ficta de Chaucha, ésto que ya le pesaba. . . y a dormir en paz.

Era como si lo estuviera viendo. Y aceleró la marcha.

EXAMENES

Micaela y Felicia Delgado, vivían en agreste alejamiento urbano, como Maestras de Escuela rural.

Allá trasmitían a las hijas de labriegos y aldeanos, cuanto supieran de útil y educativo, recibiendo del Visitador enhorabuenas, por su dedicación.

Así llegaba el dichoso mes de Julio. . .

Tililín, tililín tin, tinnnnnn.

Clausuráronse los exámenes de la escuela:
¡Escuela de Parroquia!

Iba desapareciendo de las tablas de un aderezado proscenio ad—hoc, el semicírculo de las chicas de la aldea, vestidas de blusas blancas, lazos verdes, faldas de todo color. Los lacios rizos con la savia resinosa de las cucurbitáceas: el *zambo—huiqui* de la manicure nativa: verdirrojas, como las manzanas, los tomates y agra-ces geranios de su rústico solar. Carirredondas y relamidas.

Afuera, el Venerable Sr. Cura sonreía bona-

chón a los taitas, mamas, tías, comadres. . . Exclamaciones, parabienes y loanzas a los pimpollos, que, después de su exámen iríanse a la casita, donde esperábanles los goces de cosechas; el deshoje; las MIZHAS: tipidores, nidos y mariposas de Agosto, y a la hora de oración, los cuentos de la Bruja de la alquería.

El Jefe de la Comisión examinadora, el Secretario, el representante o cualquier adjunto a la legación, hablaban de los progresos de la pedagogía moderna: de Vasconcelos, Decroly, Mercante. . . Montessori, y rajaban contra las Escuelas confesionales, hasta que, uno a uno, desaparecían los oyentes, quedando los *ensayistas* a liar los cigarrillos obsequiados por el Cura.

Vicente Flores debía llegar esa tarde—lo aseguró la Preceptora—¡Pobrecito!, hace unos dos meses a que acabamos de recibirle, a su retorno del Oriente.

Palúdico, andrajoso, herido, flaco, casi exánime, había llegado a la casa parroquial, que le abrigó con la esplendidez, con que ella sabía hacerlo y más aún, cuando se dió cuenta de que se trataba de *un intelectual*.

Después de que el cuidado y la suculenta alimentación, devolviéronle energías, discutían largas horas con el presbítero acerca del problema de moda: el comunismo o el cristianismo.

—Dios dijo: que empezaría su reinado cuando se aplanen los montes y se igualen los caminos. La sola diferencia entre los sistemas comunista y cristiano, radica en que, el primero, es odio y venganza; y el segundo, amor y misericordia.

—.....—

—Se ha olvidado de los Mandamientos, o sea del único Código de justicia, de Verdad: de Luz y de Amor, en lo humano y en lo Divino.

—En todo éso y mucho más coincide mi socialismo con U. El Trabajo es nuestra Religión y el humanitarismo científico, nuestro culto. . .

Y horas de horas se agarraban a la discusión, sin llegar al acuerdo; naufragando en dédalos de incertidumbre: en las contraposiciones de la práctica, de la realidad, con las más elocuentes teorías sobre la Propiedad. Las doctas palabras de San Pablo, San Agustín, Gregorio Magno; del genio de Aquino; y de San Ambrosio, San Jerónimo, San Basilio, Crisóstomo y los Padres de la Iglesia. . . Francisco de Asís, el Poverello; y las sentencias de Jesucristo: enseñábale el Párroco, a fin de convencerle de que el cristianismo era la única Ancora para el naufragio de los siglos.

—Antes pasará el camello por el ojo de una aguja, que un rico se salve: (Marcos: 10 23, 25)

Sin embargo, Vicente cavilaba: sin la propiedad, el trabajo y la industria, que son las alas del progreso, al atrofiarse, oxidarían la civilización y cultura. Todos aspiramos a TENER, a gastar, a divertirnos, a luchar contra la pobreza y el dolor. . . Y, por otra parte, las desigualdades de posición, fortuna, talento, salud, belleza. . . son espontáneas en la Naturaleza, modelo de economía y organización.

—No hay por qué—añadía el párroco, preguntar al indio y al artesano si están satisfechos con su fortuna. Me consta que, privarle al indio de su sobriedad y supersticiones; de sus

fiestas y hábitos, es matar la felicidad de su raza y de su tradición. Igual cosa verá Ud. que ocurre con nuestros artesanos.

Trabajan, trampean, disfrutan a su modo, y acaso con mayores fruiciones que el más empingorotado de los ricachos. El chazo por ser Teniente y el indio por ser danzante: mírelo pasar, a las primeras del alba, con la urna de su devoción, acompañada del bombo en fiesta, humeando pebeteros y lloviendo chagrillos en la ruta; para después de la misa, tenderse a la bartola en torno a su mantel largo de ají de cui, rociado de jugo de caña. Y fíjese en las compensaciones: El mismo hijo de Dn. Tadeo, que Ud. tanto lo nombra, es el misógino, es el neurótico, es el hombre X, *más pobre*, que el más desdichado de los paisanos...

Contrastes de la Providencia... A la avaricia, debe suceder el hastío. Y entonces, tiene Ud. las envidias ilógicas. El descamisado ojea codicioso los atavíos ajenos, y el opulento señor, para curarse de misantropías, busca «la camisa del hombre feliz», que casi nunca se la tuvo... El justo medio es el fiel de la dicha: «ni envidiados», «ni envidiosos; *su Socialismo*, lo compendia así, el delicado poeta Gabriel y Galán:

«Desciendan por mi frente
del sudor del trabajo los raudales,
y bañen mi pupila distraída:
que ésos son los cristales,
al través de los cuales
debemos todos contemplar la vida»...

—Demasiado fantasear: entre los hombres, está interpuesto, como entre los mundos y los átomos, el éter... la pasión: esa energía de la ley del hierro y de la moral del lobo. Intentar vencer esa repulsión o energía negativa, del conglomerado humano, es lo mismo que atreverse a suprimir la gravedad, y decir a los seres: sois ángeles: volad no más... Y advierta Ud., que, sucesores de Jesucristo son ahora los mercaderes que El arrojará de su templo; descendientes del Quijote, los caballeros de industria; y de Bolívar, los tiranuelos y militronchos; más anárquicos y sanchescos que el más villano de los aventureros de la colonia. Me refiero sólo a los tres más grandes majaderos del mundo, al decir del último de ellos...

Felicia y Micaela habían desempeñado con Vicente oficios de hermanas de la caridad.

El Socialista—como lo llamaban en el villorio a Vicente—en momentos de expansión, dábales a conocer fragmentos de sus Poemas «MIS INDIOS»... y aún capítulos interesantes de su libro «Oro de América», en el que decía haber vaciado su cariño al terruño y una espartana idolatría por la Patria.

Felicia, soñadora y distinguida, que recordaba en su nazarena fisonomía los rasgos cual si fuesen gemelares del rostro azucénico de Rosaura, inquietaba hondamente a Flores: ¡si parecían hermanas!—se decía: hasta coinciden en ese morlaco sentimentalismo, que sólo definirlo puede la misma poesía...

Y Felicia auscultaba morbidamente las voces de la naturaleza, en el silencio fecundo de la montaña y en los crepúsculos idílicos de los valles, avivando—inédita y romántica—su sed de amar. . . hasta que, en los infortunios y genialidades del poeta Flores, halló el alma para su alma.

Paseaban en silencio; se leían el pensamiento. . . Ella fué la enfermera de su cuerpo y de su espíritu desfallecientes. La égloga iba acentuando las espinas de la tragedia, a medida que apuntaban en sus juventudes cármenes de rosas. . .

—Quisiera seguir de enfermera de tu dolencia de «Imposibles», e «Incomprensiones». Sabría rodearte de verdad, de primavera, de vida, hasta morir, porque seas tan feliz, como lo mereces—susurraba apenas Felicia, deteniéndose en el sendero, por el que solían pasear con más frecuencia.

Y Vicente, silencioso, la estrechaba, hasta robar el público tesoro del primer beso, tantas veces acechado en los deliquios de los plenilunios; en sus escapadas a las márgenes del riachuelo, en los descansos a la sombra del valladar o leyendo sus POEMAS, en la colina, a la luz de los ocasos, ante el panorama de repechos y amontonados macizos de jaspe y undicromía, que se apacentaban de silencio y de sol. . .

De la hondonada ascendían perfumes panteístas y germinales; los pólenes danzaban dinisiácos; ni una alma interrumpía los epitalamios de la encañada, y casi, apagados, llegaban los

ecos de la TUNA general, con que la pampeanía UYANZABA los exámenes. . .

* * *

En la casita de la Escuela piropeaban a la maestra.

—Qué buenos han sido!

—Magníficos! sííí. . .

—Esto merece ASENTARSE. . .

Y, sin esperar más, corrió Micaela en persona, a la fogata, regresando en volandas, con el «agua chispeante» y «endulzada», de amarantos de su jardín.

—¡Salud!

Y entre frase y frase, cada cual más salerosa y picante, y muecas de quemazón, vaciaron la escudilla del serraniego DRAQUE. Pinti-paradas y polveadas, la preceptora y sus amigas de confianza, charlaban de Metodología, de Cultura Física; de feminismo, de socialismo y de. . . crisis, entre chanzas de los comisionados y guiños y rubores de las guapas y rollizas convidadas.

¡Dichoso Julio!

Qué de sorpresas, qué de sustos, qué de alegrías, vienes trayendo escondidos, bajo tu capa orlada de mieses y rastros! . . . El melodio de la Iglesia—obligado acompañante del Kirie, del Gloria y del Himno de Neumane—ya prestará su voz meliflua y socarrona a los decidores pasillos y sanjuanitos: ya será ¡el muy beato!, el eje del jaleo.

Anochece. . . Las colinas cercanas se desvane-

cen en «Una sola sombra larga. . . larga. . . lar-larga» los pajarillos pían adormilándose; los ninaucos asoman con sus faroles fosforescentes de una bujía—cárcel; las campanas que, en la aldea, adquieren, por arte de horizontes en soledad, un dejo de melancolía, tocan a ánimas. . .

Cuánto presentimiento de Felicia, al retornar de su fuga. . .

Caían hojas secas en el corazón sangrante, en el océano añil del crepúsculo, como miriadas de barquichuelos de oro. . .

¡Cuánto presentimiento! Seré como hoja, como nube, como ave:

—Qué felices los que vuelan a sus nidos. . . Y los presagios enternecieronla hasta las lágrimas. . . El viento, la tarde; el vuelo de los nidos. El corazón adivina y siempre está despierto. Por éso hay que dormirle con sueños.

El nubarrón de la noche era una ala de avión que sojuzgaba de lo alto. Parecía que todo ese nubarrón de tristeza se les había entrado en el alma. . . La culpa era culpa; aunque fuesen pecados de Amor.

* * *

Sin ser advertidos, Felicia y Vicente penetraron a la hora del mantel largo, mientras la reunión había seguido en lo más caldeado del auge. . .

—Amigo, échenos un paso—doble, una polka o lo que sepa. . . Y el maestro de capilla que no se paraba en pelos, en tratándose de tocar

música del país, propinábales bien marcados sanjuanitos, tamborileados por las virginales manos de dos llapangas de hirviente sangre criolla, que no había mas qué desear.

Los concurrentes miraban a las muchachas del barrio como sátiros, con ojos de cabro pidiendo misericordia, y de aquí para acullá las arrebatában en los acordes de un vals. . . Las inexpertas no sabían qué hacerse en brazos del futuro diputado, o en los del famoso Teniente Político, que, sin parar mientes en los opresores botines, ni en el cuello, ni en la ajustada casaca dominical, obligábanlas a un baile por tarea. . .

¡Qué buenos exámenes!!

Pasada la noche, copitas a medio llenar, corchos nadando en «agua de limón endulzado»; los fuelles del melodio desquiciados; cuellos y pecheras arrugados, y. . . la conciencia del deber cumplido!

El maestro de capilla, ronco de tanto cantar, ensayaba con las aves de los naranjos vecinos, nuevas tonatas.

El señor Examinador dormía a pierna suelta; el secretario ad—hoc o ad—omnia,—por algo hubo de ser secretario—no decía chus, ni mus, dormido en profundo secreto.

Una buenamoza arrullaba el sueño del futuro diputado, canturreando; «pálida y ojerosa»: «Viene la lumbre de la mañana». . .

Y vino a encontrarlos con los hombros de las americanas blanqueados, los hongos hundidos; y en la escuela un vaho de alcohol y de tabaco, que se exhala, como colmo y remate

de todo un año de privaciones y esperanzas. . .

* * *

A estas horas dormirán aún tranquilas, las escolares lugareñas, alegres con oír desde sus humildes camas, y a la semioscuridad de sus covachitas de campo, el gorjear de mirlos y jilgueros, que están saludando la alborada de las vacaciones!

LA BOTICA "SALUTIS"

—Es un fátuo

—un orgulloso

—un extraviado

—un adulator del pueblo para «glorias baratas».

—Parece que vive sólo ebrio. . . tije-teaban en la Botica «Salutis», aquéllos cinco solterones, entre quienes contábase el hijo de Dn. Tadeo Morocho, infalibles cofrades de su despellejadero de prójimos.

—Lo natural hubiera sido que dejándose de andanza por los campos de Montiel este buen muchacho se hubiera constituido con Rosaura Pesántez, como lo supo el vecindario. Ya no es un niño, y como hombre maduro, debe pensar seriamente.

Después de una dorada luna de miel en el retiro bíblico de la hacienda—ahorrando a su cabeza de romperse contra las peñas del prejuicio

que combate, la tierra proficua le hubiera llenado el corazón de paz; la cabeza de verdad; y el pan hecho con amor, y la virtud de Rosaura acabarían por proclamarle el patriarca de la felicidad. . . explayábase el hijo de Dn. Tadeo.

—Oigan UU. lo que escribe Flores: «Debe subir el hombre que socialice las tierras y guillotine el monopolio; deporte a banqueros y plutócratas. Y sembrando escuelas; abriendo Institutos técnicos, regenerando al indio y cruzando la Patria de caminos, cree la aristocracia del Trabajo. . . única salvación de la crisis». . . es el disco de moda en la prensa eventual.

Pero, alguien, nos ha dicho que Flores debe marchar confinado al Capitolio, por sus panfletos, que los viene titulando «Oro de América»; en que trata de la fuga de aquél metal, «aupada por incurias de Gobernantes; la explotación descarada de tenedores de dólares y hasta el contrabando de oro, «tan funesto para el Ecuador, como la escoba de la bruja y las trincas y logias que hacen del tablado político. . . un divertido juego de Ajedrez». . . sus palabras textuales.

El más sabihondo como dado cuerda, añadía kilometrajes contra el insomnio:

—Sus temas favoritos son: la aristocracia y el proletariado; el capitalismo y la propiedad. . .

Su cabeza de Quijote moderno está manida de libros incendiarios, y por eso, no vé clara la realidad.

—Bien está que el Gobierno proceda con mano de hierro contra éstos agitadores ¿cuándo tendremos paz? Es lo único bueno que debe hacerse: medidas drásticas. . . pena capital. . .

—Si *drásticas*, sonrió el boticario, —tártaro emético, aceite de croton drásticos catárticos. . .

—Nooo. . .

No tenemos problema alguno. Faltan capitales y trabajo, y están de sobra las tierras: tal que si padeciéramos la crisis por la abundancia. Nuestros artesanos forman la burguesía; los indios —sobrios y ahorrativos, racialmente, gozan de su «pequeña propiedad», en una especie de comunismo, «cooperativismo agrario» o Comunidad —la clásica del imperio indiano— y reconquistan la posesión de tierras, gracias al afán de los criollos por salir al trato cívico. Supongo que el sistema del Ayuntamiento representa tradicionales organizaciones Teocráticas, o quizá, democráticas, más puras que el Soviet, del tal Flores. Entre nós: los azules evolucionan a rojos. El conquistador trocóse en colono; éste en caballero feudal. . . y al fin el prestigio godo va pasando con rimbombancia de apellidos a encarnar en idolillo liberal. . .

—Bueno—interrumpió de pésimo talante el mal genio de los 5 beatos. . . ¿Y qué se supo del asesinato de don Pancho?

—La historia es fácil—congracióse el más locuaz— Cuando vino de Chaucha, habíase difundido el rumor de que regresaría con un cuantioso préstamo del Banco, dada su vieja amistad que él decantaba haberla tenido con el Gerente; a tal punto que, los bandoleros, alzados a merced de la crisis, por páramos, encrucijadas y suburbios, en la serranía del despoblado, camino a la hacienda, prepararon la emboscada, inutilmente, desde luego, porque don Panchito, dicen que se regre-

saba tan seráfico, como saliera, porque hasta fué vendiendo el fundo a nuestro don Tadeo. . .

Hubo una pausa prolongada.

Luègo, discutieron de corrientes poéticas. Desollaron al Vanguardismo, entre pitadas de tabaco.

Entretuviéronse en las malaveniencias matrimoniales, bendiciendo, in pectore, su santa soltería.

—Si el matrimonio hubiera sido el estado *Perfecto*, Dios mismo, al pasar por la tierra, nos hubiera dado ejemplo, casándose; y prefirió morir en la Cruz. . .

—Sobre todo, casarse en estos tiempos de crisis—asentó el más viejo, con tono sentencioso: ahí viéramos las rebeldías del chico Flores, desde que tomara el estado de Dios.

Siguieron tácitos los 5 célibes.

Tañían las 9 p. m. los campanilos de las Contemplativas y

¡buenas noches!, despidiéronse de la «Salutis».

Había que retirarse temprano, porque. . .

LA REVOLUCION HERVIA

Declaróse la Plaza en sitio.

Amanecía la tropa desplegada en guerrillas. El gacho cuartel debía ostentar un aspecto macabro. Temblores.

Al funesto ¡Quién vive! del guardia arropado en cacharpas de serrano trasnoche, contestaba un tristísimo cantar de gallos. Señal de calamidades. . . La revolución...

—¡Mucho cuidado!—venía a recomendar el Primer Jefe, que a ratos escabullíase de la tabarria para aquél acto heroico.

Los de la banda estaban inmunes de sobresaltos por sus nobles oficios con la alegre y tunantona gente de charreteras.

Los demás *rasos* tumbábanse en los poyos; y los veteranos patojeaban su reuma, su gálico, su gota, y no se qué males crónicos sabidos por su colcha—la inseparable compañera de sus «páginas de servicio».

Frío siberiano. Narices a 4° bajo cero. . .

Desperezábanse los soldados con el deshabilidad y el vaho infernal de la malanoche: con la doble cachucha convertida en gorro de dormir; bufandas hasta la nuca; a los hombros la cama, cuando nó la cobija más gorda o el poncho de castilla. Era la revolución: . . . Muertes súbitas en altas horas. Desapariciones misteriosas. El farol de la prevención apagado de un pistoletazo. Balas que tronaban de no sé dónde. . .

Crepúsculos tenebrosos. . . Un pesado silencio nocturno cobijando como a pobres reclutas los provincianos techos, con su doble manto de sombra y de presagios. . .

Un jefe—día amaneciendo cadáver. Un preso político que se evadía del mapa! las nieblas de la ciudad envolviendo luctuosamente la historia cuya verdad sólo ha visto Dios! . . .

Los panfletos de Flores eran ávidamente leídos y asimilados por la mayoría de las *clases postergadas*.

A los dos días, restableciéronse las líneas telegráficas. Se alzaron la censura y el sitio; y la calma volvía a las ciudades, a las vías y a los campos.

Terminada la movilización de tropas, empezaban condecoraciones y ascensos. . .

A grandes letras los títulos editoriales sobre el cambio total del «Frente Político». «La Nueva Faz». . .

Plácido Holguín era por éstos trigos el hombre. Se necesitaba de Interinos y aquí estaba él: para Gobernador, Intendente o para la Zona.

La prensa se ocupaba ya de sus grandes servicios a la causa: por él estaba colonizándose el

Oriente, gracias al sabio Ingeniero Granadino; por su propaganda iban desapareciendo los retrógrados, y por su fino tacto se descubrían chamuscas. . . y ahora el Gobierno lo llamaba urgentemente.

Mientras tanto, un suelto de crónica decía:

«Anoche, en la quebrada de *Can—can* encontróse el cadáver de Dn. Francisco Pesánte, honrado agricultor y antiguo funcionario, suponiéndose que el hecho delictuoso ha sido consumado por una de las mangas de salteadores o abigeos, que merodean por cuadras y afueras de la ciudad».

«Se ha instruido la indagatoria para dar con el autor o autores y cómplices, etc., etc.»

Era la información escueta de uno de los diarios, que acababa de leerla Vicente, en vísperas de abandonar su escondite, a la caída «de uno de tantos caciques, llamados Presidentes en las Repúblicas Americanas», como escribió en ese artículo que le valió la orden de captura.

Felicia habíale dado refugio, durante la persecución dictada por el Gobierno «contra los valientes periodistas que cauterizaban carroñas de las nauseabundas farsas, y caldeaban al rojo blanco, relampagueantes de estilo y de verdad, pandillas y argollas, pactos ignominiosos y conciliábulos politiqueantes». . . (de Flores)

Con tan luctuosa noticia, Vicente no supo qué partido tomar. Ocultó a Felicia su turbación y volvió imaginativamente hacia la flébil y soñadora Rosaura, sólo y huérfana: sin amparo, ni apoyo.

Dn. Francisco alguna vez departiera con Ro-

saura (presintiendo su orfandad) al indicarla con disimulo su afección por Vicente, a que tomara las riendas del negocio.

En las veladas de la hacienda se rememoraban cariñosas sus prédicas de igualdad; de que los trabajadores debían asociarse con el patrón y de las cooperativas humanitarias en que soñara.

Pero, sus aspiraciones volaban por sobre los rastrerismos cursis del *estado de Dios*. Bien amaría por siempre las prendas de Rosaura. Pero más valdría—meditaba—«llorar en el resto de mi existencia una ilusión perdida, que esclavizar e- se pobre resto a la noria de un desengaño».

Limitóse a deplorar la muerte de su protector... y a entronizar en lo íntimo de su corazón de poeta, el recuerdo santo y estelar de Rosaura, convertida por sus idealismos en Hada, a la que volvería después de rendido en mil combates y desafíos a la sociedad, al destino, al porvenir: después de clarinear en sus libros el somatén de resurgimientos sociales.

Iba a ser desterrado: no importa. Así erraría a lo Montalvo, a lo Proaño, a lo Calle; y más lejos, a lo Sassone, ... cual Gómez Carrillo. ... Vasconcelos.

—De orden superior, hijito...

Debía salir, porque sus «volantes», en persona iba a entregarlas a los protagonistas de sus libelos.

Porque atrevióse públicamente contra cierta Autoridad, persiguiéndole a foetazos;

porque no tenía miedo de amenazas esbirras... en fin... «porque conspiraba»...

«Qué es un Congreso?»—había escrito con

su firma.—Es la subasta de hombres; la feria del agio; la almoneda de las traiciones. Allí, de las suplantaciones; allí, la venta del VOTO a la hegemonía bancaria y a las sociedades explotadoras de extranjería; allí... el remate público de la patria y el cinismo elevado a razón de Estado»...

Así su corazón de batallador soñaba apenas en Rosaura, como en un Ideal; en Felicia, como en un remordimiento...

Pero, la fatalidad se interponía... El Dolor, que es la energía universal, gravitaba sobre las almas...

A la muerte de su padre, Rosaura no pensó en otra cosa, sino en ingresar a un refugio... Alma a lo Rosa de Lima, a lo Mariana de Jesús, a través de santas lecturas, vislumbró para su espíritu la paz de los sellados jardines.

Sobre Vicente Flores pesaba la orden de confinamiento en la Capital, dictada «en uso de las Facultades Extraordinarias», según telegrama en clave que leyera el Coronel de las consignas...

* * *

Felicia escondía en vulgares *Silencios*—ladrados por las malas lenguas—el fruto de sus amoríos, casi misteriosos...

Y los niños de ayer, cargaban hoy con todo el peso y las cicatrices de los años... de la juventud... de la Vida!

VELORIO

Noche.

Las fúnebres cortinas de la Hermandad colgaban del dintel de una tienda de barrio. El gran farol de dos cirios alumbraba típicamente la entrada. Era el Velorio de Dn. Francisco Pesántez.

Del antiguo Comandante de armas.

Como quedárase sin casa, hacienda, ni parientes, habíase por necesidad dispuesto un improvisado túmulo en el centro de la tienda de la beata Trini.

A las primeras horas de la noche iban llegando poco a poco, al recinto mortuario, amigos y relacionados. De negro, sin chistar palabra, apenas saludando con señas. Tomaban asiento en torno al ataúd cercado con paralelos cirios fúnebres, el Coto, el Largo, el Mechero; . . . la señora Duluca. A poco, llenóse la salita. En un ángulo departían a boca—chica el General don Plácido con otro garrotero retirado sobre su tema: altas cuestiones políticas y económicas:

—Tengo un telegrama en clave, hijito. . . Me gusta el candidato socialista: claro! es un poco chiflado, pero es más sincero y cuánto hay; a pesar de que el Candidato Oficial es mi pariente. . . hijito, con tal de que no suban los Curos. Hemos de hacer el frente único, a que nuestro invicto pendón rojo no sea arriado del Capitolio: (lo leyó en no se cuál boletín).

—¿Y lo que me ofreció, General?

—En cuánto suba, ya sabes: tienes que ayudarnos en un asunto interesante. Te hice nombrar Comisionado de Mesa para el Sagrario.

—Ya lo sé, Jefe.

—Bueno: salgamos ahora que entra taita Cura.

Efectivamente, entraba un sacerdote amigo que fuera de D. Pancho, a rezarle unos Resposos. En momentos que salían Holguín y su camarada, hacía el asperges.

Junto con terminantes instrucciones, entrególe sin más testigos que la noche, el Grl. a su esbirro puñados de papeletas para la próxima contienda electoral.

Era la «consigna» . . .

Las más antiguas amistades acudieron al Velorio. Semblantes desconocidos y como escapados de media centuria atrás. Algunas vecinas; hermanas de las cofradías de Trini y de Duluca. Entraban de Toquilla impecable; bolsicón de ebano, paño peruano, rebozo de castilla. A deplorar; a solazarse en los últimos recuerdos; a referir coincidencias; a contar que oyeron *Recoger los pasos*.

—No mata el rayo, sino la raya. . . gan-

gué con voz cavernosa el más próximo candidato a otro nicho de la Hermandad.

Al día siguiente, fué enterrado mi Cde. con los honores militares, acordados por mi Crl. Holguín. La banda, de los *chapulós*; esa banda que no hubiera querido oír la nunca, iba detrás de la carroza de la Hermandad, tirada por un rocinante, que daba frecuentes corcovos, marcando una marcha sentimental con dejos de yaravi doliente: una de esas compuestas por Córdova, Nieto, Tipán o el Petito Suárez. . .

En el cortejo, desovillando una interminable conversa, iban el Crl. Holguín y otros retirados, orgullosos de que hasta a los cabecillas curuchupas, sus compañeros leales del magno Ejército alfarista, les tributen hidalgamente, los honores póstumos. . .

—Cuándo se hubiera figurado el pobre viejo que había de enterrarse con la Banda del Cuartel, y cuánto hay, con salvas, con Oficialidad. . . Ya saben que salgo a Quito. Allí resolveré todos estos asuntos. . . vaya, vaya, hijito, si el Presidente fué mi subalterno: por éso lo tuteo.

Pasó el cortejo bajo la avenida de los eucaliptos, árboles imponentes que vestidos de riguroso luto, esperaban a los muertos, en hilera cerrada y meditativa.

Era la avenida fúnebre: la de las postrimerías y de los recuerdos. . .

Una estrepitosa salva, que asustó a bandadas aligeras del cementerio, descargóse al momento en que el sepulturero ponía sobre la recién cerrada bóveda, la hojalata de la Hermandad, con las

iniciales F. P., último inri con el que la indiferencia humana nos despidió del valle de lágrimas. . .

—Estos Jefes liberales, son mismo buenos; sobre todo, los *Pullmas*.

Así conversaban el Largo y el Cotolo a la cola del acompañamiento.

El sol picaba como dando *causa* para el acostumbrado refresco, que agasajaba a los dolientes a su regreso donde los deudos. . . Era el sol precursor de la primera tormenta, que a la tarde había de bañar las recientes tumbas. . . sic lacrima rerum! . . .

El Largo y el Cotolo, contra su costumbre de quedarse en una de las cantinas cercanas al panteón, retornaban fielmente después del entierro.

En la sala mortuoria esperábales muy mercedamente el *fresco*; el agüado de coco con «punta», y antes que todo, el gran draque morlaco, que tan bien sabe asentar los cansancios. . . y las penas. . .

Volvían los maestros Uzhca y Güiracocha, que, fueran citados para la autopsia de Pesantez, la que no se efectuó «por orden superior».

Volvían los monaguillos de la Hermandad en amigable juego, profanando la capa de coro con el bonete a lo chaplin, jugando a la esgrima con la Cruz Alta y tirándose el aceite de la agua bendita; persiguiéndose a hisopazos. . .

Regresaba, por último, el anciano Preste, rezando el Oficio a la amable sombra de los eucaliptos.

Con las debidas licencias, que sólo «por la

muerte de un judío» dignábase conceder la *censura* periodística, en épocas de revolución, circuló una hojita que decía:

«La Academia del Orden».

Considerando;

que D. F. Pesántes no claudicó de sus principios Católicos;

que militó valientemente en las filas de la Cinta Azul,

y que llevó con honra su título de Conservador,

Acuerda:

Deplorar, como en efecto deplora, tan triste muerte.

Concurrir en corporación al sepelio.

Delegar a que alguien tome la palabra.

Publicar este acuerdo por la imprenta.

y enviarlo autógrafo a la familia:

Dado, etc . . .

El Presidente
Cañas y Cruzado

El Vicepresidente
Campanas del Río

El Secretario
Cruzado del Río y Campanas.

—En efecto, era el último curuchupa— conversaba Holguín ¿Los demás? . . . están comien-

do con nosotros de nuestro plato liberal, hijito . . .

* * *

¡Contrastes! Aquella noche expiraba «con todos los auxilios de la religión», el millonario D. Tadeo Morocho. Había dinero más que suficiente para hacer plañir 48 horas los bronce de toda la diócesis. Las campanas de la Catedral doblaban como en duelo pontificio: Se compraron los jardines *callimanta*, para coronas . . . ¡contrastes y arcanos de la Providencia! Iban a confundirse en el no ser, el pobre y el rico; el explotador y el explotado . . .

El uno con campanas, Misas, Retratos, biografías y discursos. El otro, silenciosa, trágica e ignoradamente, sin más honores que los que nunca hubiera querido, ni por pesadilla.

La comedia de la vida no es sino la repetición y la historia de los contrastes!

NOVIEMBRE!...

Modestamente vestida de luto, Rosaura encaminábase por los barrios viejos de Todos Santos —en dónde ella pasara su infancia deliciosa y feliz— hacia el convento de Salesianas, situado en las afueras de Cuenca, en el grato y geórgico retiro del *Corazón de María*, sombreado de arboledas y de chacras; de senderos y de llanos, que se miraban en el cristal del patrio río.

El cielo de la tarde confidenciaba para ella.

Tras los incendios del poniente, las nubes, que daban fondo a las trapenses cogullas de los árboles, alzábanse como enormes esponjas, que viniesen empapadas de las luces de la Capital, en la que pensaba desde la orden de confinio de Vicente, como reflectores de sus cafetines metropolitanos, o difusas palomas mensajeras, que pintaban en la imaginación de lafiel Rosaura, a Vicente, brindando en una mesa de Bar, o improvisando madrigales a las puertas

de algún cabaret;... ¡Los hombres!... —cuántas veces oyó a Felicia ésta exclamación.

Era noviembre: mes de las Animas Benditas, y época de las siembras.

Las campesinas voces de «La Arada», devueltas por los ecos del lomerío, rompían la urna goyesca del ambiente novembrino, golpeado por el sombrío tañer de las torres parroquiales...

El cascabeleo de las garrochas ahijaba a las yuntas cansinas. Un olor a surco, a tierra germinal inundaba el campo.

Por todas las parcelas, los estentóreos gritos de los gañanes, gobernando el arado de S. Isidro, perdíanse en las pampas. Mugían lejanamente las yuntas. Efundía olor a leche fresca el paso procesional y virgiliano de la bcyada, que remolía entre sus bellos la ambrosía silvestre de los yuyos...

La tarde novembrina holgábase en la choza: allí esperaban los *conzhos* de la chicha, largamente ofrecida al cansancio de la jornada y el apetitoso vaho del *Cuy-uchu* de las siembras...

Todos los surcos habían recibido la comunión del grano candeal. Su tierra transpiraba un perfume primitivo: ¡álgo como el aroma de la Creación!

La hojarasca volaba, jugueteando con los pasos de Rosaura, que a la hora de la oración iba a pedir entrada al «Oratorio» de aquellas religiosas, para renunciar al mundo.

Un viento helado paseaba por campos y ciudades. Y el polvillo veraniego cubría con su gasa los resecos horizontes de noviembre.

—«Veranillo de las almas»— pasaban dicién-

do los campesinos, disponiéndose a pasar *Misas de Finados* en las feligresías, arrulladas en los crepúsculos por el *tugar* de sus campanas tristonas!...

«Entra, hijo mío, yo te daré pan, trabajo y Paraíso» (Don Bosco): leíase en la entrada de ése refugio buscado y pedido por la resignada virtud de Rosaura.

Nadie, ni nada restábale en su pequeño mundo. Murió el padre; ausentóse el presentido; su primer amor—Vicente—que infirióle herida traidora. El único patrimonio pasó «en nombre de la ley» a poder de Morocho.

Nada le quedaba, sino orar y agradecer al «filántropo» hijo de Morocho, sin cuya generosidad, no hubiera contado con la *dote* para cumplir con su vocación...

Con los influjos de piadosas amistades,—y la recomendación del benefactor Morocho—fué admitida como postulante, para salir después, a las Casas de Méndez y Gualaquiza, según los anhelos de Rosaura: de marchar hacia los «olvidos de la selva, «del infierno verde», como solía repetir Flores, al anunciar su libro.

Tardes después, antes de su ingreso, en junta del noviciado, visitaba el Oratorio salesiano de Yanuncay. Este antiguo yermo, por obra del «Ora et labora», era ni más, ni menos que el paraíso: Una Quinta experimental; una granja modelo. Un emporio de trabajo. La paz de la Vida del campo... La tebaida puesta al siglo...

Jardines y huertos; corrales y pesebreras. La abundancia y el amor a la Naturaleza—fuente de felicidad.

El espíritu de Rosaura expandíase hacia un mejor sentido de perfección, de comprensión y de cultura.

—;Pobre Vicente! Si hubiera escuchado las voces de la hacienda—pensaba, contemplando los cultivos de la tierra, regada con el sudor de la frente:

—;Esto es la verdadera civilización!

* * *

Conforme con su temperamento romántico...

Amó una sólo vez.

Y resolvió buscar «El Amor de los Amores»... por misticismo tradicional; por educación del medio... y por vocación.

Exigido el prudente plazo, al fin consiguió ser admitida para después de la Pascua de Reyes.

DICIEMBRE

—Mis vaticinios en asuntos de política, no fallan—aseveró rotundamente, el viejo militar retirado—Conozco a todos, hijo mío, y sé decirle—continuaba achicando su torrentosa voz—apegándose al oído de Vicente, que están de moda las espadas enciclopédicas, y en el momento histórico que vivimos, las espadas vírgenes.

—Pero, dígame Jefe—replicó Vicente—¿quiénes son los militares de escuela? Son los expulsados del hogar y de los colegios; los «malcriados» los insoportables... Buscan plaza de soldados, nó los hijos buenos, ni los ciudadanos de honor; dígame ¿Quiénes se presentan en el Cuartel?

—Calma, hijo mío, calma; no me sea revolucionario. En cada institución hay buenos y malos. Conozco tanto a la gente, y Ud., recién empiezo, hijito, gargarizó, en un gruñido de siesta:

—Cuando fui Primer Jefe navegaba en un mar de compromisos y cumplimientos sociales, y

cuánto hay. Entonces, me venía al molde la máxima de mi viejo Luchador: «Búque la forma».

—Y se la buscaba, Jefe. Al borrico se le hacía cabo de agua, a los rufianes, guardaespaldas, a los garroteros, «plazas supuestas»: los célebres *pipones* de que habla en sus «Memorias» el Comandante Mendoza de feliz recuerdo...

—No, hijo: tú no entiendes de organización militar... en fin, como nos enseñaba el evangelio de S. Eloy: «robar es malo»; pero, la rebusca es permitida...» bostezaba el Cnel: a tí y a los que no nos entienden, hay que enseñar ciertos puntos de vista...

—.....

—.....

—Perdone, Jefe: la revolución en nuestras repúblicas, es endémica. El militarismo metamorfoseado de machetero en «intelectual», vicia de chamusquinas la atmósfera. Así lo he glosado en mil tonos, desde mis ensayos periodísticos. He relampagueado contra las torres feudales del privilegio... Sí, ría Ud., amigo prócer; ría Ud., y fulminaré contra el goce sanchesco de las letras de retiro...

Perp, el prócer, no sonreía, sino que roncaba beatífico, en su pullman, al soporífero tabletear de los vagones ferroviarios, que braceaban sus bielas y herrados ejes; transpiraban calorías del recalentado mecanismo; resoplaban por los acerados pulmones de la locomotora, humaredas de vaho, con hípico jadeo, tal que si el empavonado monstruo, anhelase ganar, ante el asombro de los pajonales, a los corceles huracanados de la cordillera...

E incorporándose campechano volvió a la carga:

—Fíjate si la Nariz del Diablo no es de por sí una pirámide para el Viejo. . . Aquí la locomotora zigzaguea la pirueta más arriesgada de la ingeniería mundial. . . Esto es Alfaro, hijito! Bastaría la Guayaquil and Quito Railway, para levantarle estatuas en cada estación.

—Sólo el ferrocarril a Cuenca nos llegará el día del juicio. . . Ah, Jefe, con lo gastado en éste «ferrocarril» *con o sin empresarios*, tuviéramos uno de oro, como alguien dijo.

—Oh ¡hijito! se perfilan proyecciones y cuánto hay; en orden al comando; nosotros visualizamos estos objetivos y cuánto. . . replicaba, más dormido que despierto, el Comandante Holguín, que regresaba a visitar sus nortños lares, «en comisión de servicio», conduciendo diplomáticamente a los «presos políticos» con buen trato y corazón de madre. . .

En la estación inmediata, una pareja nupcial, que esperaba el tren, primaveril y alegre, entró a ocupar asiento detrás de Flores. El epitalamio inebriaba sus labios; el áureo yugo de himeneo uncía sus manos; los bucles de la prometida zureaban melifluamente sobre el pecho del bien amado; y la luna de miel. . . esperábalos en la empradizada y señoril heredad.

Los contrastes de esta dicha en flor, con su soledad de bisonño pasajero, acabaron por ensimismar al provinciano Vicente, que suspiró con ingenuidad: . . Rosaura. . . Felicia; el amor; el remordimiento. . . la Vida. La esfera del mundo y el triángulo del corazón. . .

A medida que se alejaba del terruño, veía

empequeñecerse las figuras de los Cañas y Campanas y Cruzados. El mundo se ensanchaba, y las grandezas de su pueblo iban quedando tamañitas.

* * *

Iba confinado a la Capital, a órdenes de mi Coronel Holguín, por haber coadyuvado con sus editoriales a la monotonera campante.

Las cumbres y neveras andinas, por cuyas faldas llevaba el tren encajonados disímiles destinos, reavivaron en su imaginación los cuadros de sus Diciembres natales; de este Diciembre inolvidable, que seguiría tal como enantes, en la provincia amada.

¡Veranillo del Niño!

La romería indiana irá a la Fiesta del Belén agrario, por la ese tendido del camino.

Seguirá, luego, la ruta perdida entre mojones de pencas, retamares, capulíes y nogales, alternando las campanillas y cascabeles de sus pólí cromos danzantes, con el tamboril, el tuntu-neante bombo, la desdentada concertina, que carraspea y el quichuizado violín, con su hisbi-seante plañido de aborígen.

¡Diciembre estrellado! En estos amaneceres se estará descolgando del monte o siguiendo cuesta arriba, la comparsa de hijos del campo, a pasar su Misa, untada de chicha caminera y *capitoso ají de cui*, con matachines, amancayes y retamas; humeando por el desfiladero entre banderolas, los pebeteros y el incienso, a cuyo encuentro saldrán las campanas de Pascua y los cohetes de la aldea! . . Así rumía Flores, absor-

to, enajenado, casi sonambúlico, arrullado por el monótono traqueteo locomóvil.

Atardecía. . .

El Chimborazo contestaba el estridente saludo del ferrocarril.

Bajaban del convoy familias costeñas, que anualmente salían a veranear por los huertos serranos.

¡Frio! . . .

Flores y otros presos políticos entraron al Cuartel.

El Comandante retirado, Dn. Plácido Holguín, repartía sendos abrazos.

Era el AS de los mentideros, e iba a la Opera política de la urbe, para hacer y deshacer de la Patria.

—La patria es el estómago, hijos míos—ironizaba en corrillos mirando a rojos y azules.

Su don de profecía le valió el renombre de «viejo político». Tema favorito el suyo «nuestro Gobierno». . . Y en camarillas y tertulias desbalijaba su anecdotario erudito.

En los cuarteles se le esperaba con el banquete de cajón; la retreta y el baile hasta las 4 a. m. Sobre todo, cuando regresaba a Cuenca, trayendo en las alforjas los *nombramientos*. Entonces se prolongaba la recepción hasta el «Cuy-nic», que hacía tableau con un sonado *chivo* (de seguro por faldas) o reyerta escandalosa entre los bravos defensores de la Patria.

* * *

Rendido de insomnios, durmióse Vicente en

el «Retén», hasta que el silbato de la locomotora anuncióle el 2º día de marcha.

Esta vez sentóse junto a otro morlaco, el aprendiz de música Pablo Medina, becado en el Conservatorio de Quito. Nostalgiosos iban ambos. Picados de la morriña del que sale por la primera vez, y todavía umbilicados al natío morosa, románticamente.

¡Diciembre! exclamaron a una.

—Mes de las VELACIONES—añadió el músico. Cuando rapazuelo, era uno de cantores de las VELACIONES DEL NIÑO, en las humildes tiendas de nuestro barrio de las Monjas. Con qué terneza, casi sollozantes cantábamos esos TONOS de nuestro auténtico folklore morlaco.

—¿Quiénes serían los autores de los Villancicos de Navidad?

—Dos inspirados maestros de capilla, hace años de años: el de las Carmelitas y el de las Conceptas, se dice que los compusieron, en amigable competencia.

—Músicos y poetas, como Dios manda.

—Cancioneros y artistas, que han dejado su herencia de los TONOS DEL NIÑO. . .

—En verdad, herencia que da de comer y de vestir a quienes los tocan y los cantan. . .

—Herencia. . . proletaria—sonrió Medina.

—Legado jesucristino, que ha instituido en la ciudad de Santa Ana de los ríos, la más dulce costumbre popular.

¡Era en su infancia: Juan Ringri—el cholito—solía vestir de *Negro-danza*, para ir bailando delante del Niño del Entrego.

Hileras de párvulos iban en compacta proce-

sión con trajes de los más inverosímiles remedos: de papas, de obispos, de jibaros, de marineros y de «cholos». Los maltoncitos a pié y los pequeñines amarcados de sus mucamas.

Una vez impresionóle Rosaura que había salido de Angel, amarcada de Trini. Sobre el castaño cabello la corona enjoyada y prendidas a la espalda las alitas de oro. Era un ángel; ¡fué su primera ilusión!

Un instante pensó en la vuelta. Sí; retornaría de Quito a su verdad, a su soñada vida de campo. ¿A dónde volvería?

¡Rosaura era un ángel! con su rostro de almendro en flor!...

Vicente quedóse reflexionando en dedicar una crónica, al Diciembre de su aldea; exprimir la verdad de ese pueblo resignado y creyente; el «llanto de las costumbres». La elegía del yaraví: su folklóre de Cuentos y Cantares... lo sin igual de la dulce campiña morlaça...

«Y por qué no recordar del vate que hiciera el Teatro de Navidad? El anciano trovero cruza por sus recuerdos infantiles, allá, el 24 de Diciembre de un día de sol, a la hora de la **GRAN ENTREGA DEL NIÑO**, que, saliendo de la plazoleta de las monjas Conceptas, terminaba en el Chorro. Veíalo caminando con aire de autor, los ojos húmedos y tristísimos, como los de todo poeta viejo; su **DRAMA** de Navidad, bajo el ala de la capa latina, y sobre sus canas, el hongo café, de antiguo hombre de pluma.

En sus postreros días de abandono, el Dr. León, compuso aquella especie de Auto **SACRAMENTAL**, reconstruyendo al tenor de los libros

Santos, como buen humanista que fué, Cuadros y escenas; arreglando en cultiparla, los Diálogos entre Herodes y los Reyes de Oriente; la Adoración de los Magos; el madrigal de los pastores; la Loa del Angel de la Estrella; el Palacio de Herodes Ascalonita; la Oración de José y el Amor de María...

Esas estrofas tienen el último resplandor de *un quid divinum*, y revelan, a la vez que gracia en el rimador, el ocaso de su gongorismo. Sea quién fuere —monologaba Vicente— el Poeta es Poeta, y más todavía, si le sangraron las espinas de hostilidad incomprensora, y cayó tres veces en la jornada, al peso de muchos dolores... y de muchas lágrimas...

—En qué piensa, Sr. Flores?

—En la herencia de un Poeta: en ese Drama de Navidad que, como los Tonos del Niño, es el pródigo legado, que siquiera en los Advientos de Noel, llevará yantares y alegrías al huérfano turgurio del Poeta.

—Por lo visto, estamos cursis, Vicente: embobados en las pequeñeces del terruño. Yo también me acordaba de nuestros músicos que de varias leguas a la redonda, volverán como los pájaros en pos de la vendimia. Habrá pan en la tenducha; ya caerán migajas en el nido del hermano músico, por obra y gracia de su buen oído.

Es el tiempo en que Dios amanece para todos...!

Por la ventanilla asomaron los huertos de Ambato, con su copia forestal y abundancia de bosquecillos frutecedores, paradisíacos, nemorosos

y arcádicos, de cultos helénicos y redivivos a Ceres y a Diana.

Allí fueron sus Juanes egregios: el del harpa y el de la pluma; sus Meras y Montalvos, euritmicos, gayos, frondosos y primaverales, de eutrapélica verdura, sabrosos y clásicos como sus cármenes y jardines floridos...

—«Frutishas, uvas, guaytambos, manzanas emilias, —voceaban junto a las ventanillas del rail—way, los vendimiadores de la estación tungurahguense.

Pan de Ambato, mirabeles. . . unas Cajetas. . . Corozitos. . .

El Tungurahua con su nivea cofia, llovida de aladares de plata, parecía la esfinge tutelar: la blanca ÑUSTA, tocada de *lliella* inmácula, ante el formidable pórtico del Oriente, manido refugio de los dioses del Imperio del Sol.

—Los capulíes . . . ofrecían los imberbes indiezuelos.

Y al oír este nombre, evocó Vicente los penates de su tierra: el Capulí, árbol divino —Numen y Lar— a cuyo pié *muere el mortaco*. . . según maldición tradicional. Y, abstraído del presente, en su «Diario para Rosaura», siguió apuntando añoranzas:

«A los mercados de diciembre salen los primeros capulíes, henchidos con el agua de la última llovizna, y con el acídulo de la saudade vespertina que ayer se refugió en su entraña . . .

¡Capulíes de Diciembre! . . . ¡Capulíes de Cuenca!

En su sabor ha cristalizado siete veces la acritud del monto. En su pulpa están las almas de

las raíces, de la tierra, de las milenarias piedras del camino . . . las almas de tantas cosas que van a conversar con nuestro «Capulí» patriarca tutelador, crecido en las andesitas más viejas y requemadas por el sol de Huainacápac: el mil por uno cargan tus racimos a cuya vendimia están acudiendo *runas* y pájaros que no te sembraron!»

«Y junto con los capulíes, salen los hacelillos de yerbas, gramas y musgos traídos por la fé de los indios carboneros para componer en las casas, el bullicioso NACIMIENTO.»

«Aparición de montes para Navidad! El mercado verde se diría, mercado de la Naturaleza, baratillo del campo, bazar de Dios! «Ya hay para la choza un ahorro, porque se han vendido las primicias de la piedra; Gracias, misteriosa fábrica . . . naturaleza: tierra bendita: madre, siempre madre . . .

«Diciembre, con tus fiestas hubo pan para aquél Poeta melancólico y enfermo; para los músicos, que pusieron en sus tocatas, su tristeza de viejos. . . y de músicos!

(«El capulí, los musgos, los pájaros y el indio han hormigueado para cubrir a la mitad el ápoca del recaudador de impuestos» . . .)

Interrumpió Vicente sus apuntes.

«Latacunga plomizo estaba a la vista.

«Salitre, piedra pómez. . . lanas, conejos, palomas; aguas carbónicas, caminos silíceos, cúpulas, cenizas volcánicas . . . parean su jaspe blanco con el cielo plúmbeo del Cotopaxi, piramidal y blanco, tal un colmillo paleontológico que hincara en las nubes.

«Es el tono pardo, blanquinegro, que se escapa hasta del arrullo de las “tugas” y del ronco gahzate de los gallos histéricos. Latacunga: pueblo gris y confidente aborigénico de las brumas andinas!»

«Nos acercamos a Quito: Hermoso lugar para confinio. . .»

Vicente sonríe y continúa sus apuntes populistas . . .

Al fin, como los demás pasajeros, se dispone a entrar a la Capital, bajo el ojo de mi Crl.

EL DESCONOCIDO

Esa tarde, los habituas de la Botica “Salutis”, resolvieron el enigma de la barriada.

Eran los cinco célibes: doctorados, eruditos, prestamistas, literatos y conservadores, que, libres de los prosaicos quehaceres conyugales, apelaron al ameno consistorio dirimente, por sí y ante sí, de la vida y milagros del prójimo.

Uno de ellos, el hijo de don Tadeo Morocho, “romántico” y banquero *sentimental* y latifundista, había tratado, casualmente, la víspera, con el súbdito yanqui, John Ring, que había ido en su busca, exprofeso, para tratar acerca de giros y exportaciones: reservadamente, ignorando que Morocho se lo tenía muy en su Cartera; y seguía sus pasos con el deliberado fin de hacer efectivos los documentos y tarjas peoniles de taita Pascual.

—Habla francés e inglés. De intento le interrogué sobre la fabulosa ciudad de Los Ange-

les. e incontinenti, describíome los Lake Lafayette; Elyssian Lincoln Park's, ilustrándome con recortes de «The Angeles Times» y a su vez, muy insinuante, recordóme de los live o' clock tea, del Cañon del Laurel y del Ocean Park, de las locuras de Coney Island de New York; y toda su conversación cruda, a la yanqui, chapurreada de barbarismos, rodó sobre Wellington, S. Francisco de California; las usinas de Oakland y las visiones alucinantes de Hollyoowd... Una avalancha de city's, avenidas, teatros, plazas, dancig's. . . Un tipo que ha corrido tierras del Charleston, del jazz—band y Paramount's. El país de los «hombres prácticos». Me relató cómo había trabajado con su overol, en las minas de oro de Alaska, en las de Carbón; en las petroleras de Pensylvania. . . En explotaciones de madera del Canadá, en Tampico; y manejando su auto propio, ibase a las fábricas de papel, después; años más tarde, a las de celuloide, en los emporios de Chicago. . .

Por la imaginación de los cuatro solteros y el asombro del boticario, desfiló la gran urbe de los millonarios; metrópoli del Trust, del Standard y del rascacielo. . . ; de los reyes del Hidrocarburo, la bolsa y el Automóvil; de aquel palacio de la moneda, Patrón Mundial del Oro; Capital del Dóllar; árbitro de los Caprichos y Acreeдор Universal: con sus adoratorios del Biceps, incenciados de brea y alquitrán.

Y un rato se movieron las lenguas de los 5 célibes, sobre los concursos de Miami, las Novelas Film; músicas y bailes zoológicos, impuestos por esa Tirana de la Moda, personificación

de Calibán, que, con sus evangelistas y anglicanos cultos, su Idioma y su Comercio, va realizando la absorbente doctrina del Tío Sam: ¡Esa admirable Norte América, Torre de Babel y Babilonia del Becerro de Oro, que ha maquinizado el Arte y la Ciencia, acuñando el Escudo moderno, blasón—síntesis de la Vida, mecanizada hacia un fin: ¡EL DOLLAR!!

Allí las quiebras aluviales de la Banca; la Desocupación de miles de parias; la alimentación patentada por centímetros cúbicos de Vitaminas y de calorías standarizadas. . .

—He allí a Mister Jhon Ring— añadía el Dr. Arcadio que, a fuerza de trabajos, ha podido ahorrar unos respetables cheques; y se nos llega para visitar las Agencias de compra del sombrero de paja toquilla.

Después de informarse de nuestra exportación, como que también nos ha considerado entre los mayoristas, como interrumpido por un relámpago, me preguntó de Vicente Flores: si vivía aquí? y cómo podría verlo, y al fin, de Francisco Pesántez, la noticia de cuya muerte entrístecióle de modo ostensible. . .

Había pensado en asociarle a Vicente a sus actividades: habíale escrito muchas veces y vivía en su busca, ¿dónde hallarlo?

—Oiganme UU.,— añadió el otro contertulio. Anoche se hablaba del difunto Pesántez, y cabalmente, ya podemos atar cabos con lo que me van a oír.— Y saboreándose y relamiéndose, lió y encendió otro cigarrillo. Oiganme UU., hace más de veinticinco años, el *runa Pascual Ringri*, temible picapleitos, consiguió una vez, del apode-

rado de sus llos judiciales. D. Pancho Pesántez, famoso tinterillo, de su entonces, que le perdonara no se qué derechos, a cambio de un larguito, que se lo consignó. Esto me lo han referido ayer las inquilinas de mis tiendas. Dña. Duluca y Dña. Trini, que fueron in illo tempore, dueñas de la vecindad de don Pancho, antes de que este se largara a sus aventuras de chacarero. Ellas me han asegurado haberle conocido al cholito Juan, que tendría de ocho a diez años, cuando desapareció...

—Chicos: Un indio que se ha yanquizado, talvez? prorrumpió el más vejanco de los célibes—brincando como una cimbra: Juan Ringri, ¿no será ahora, el mismísimo Jhon Ring? ¿No es así

Se hizo un silencio de ojos abiertos y bocas suspensas.

—Sigan UU., oyendo el cuento de mis inquilinas. Oigan UU.: Nuestro Juanchito, acoquinado por la escuela y el látigo de nuestra buena Ama de casa, un bonito día, fugó. Y esto es verídico, porque, un muchacho de la inquilina fué compañero de aventuras del cholito,

Y... a Guayaquil, HUILONES; por el con-sabido rumbo de Naranjal, el refugio de los éxodos morlacos... sin duda, rabiatándose a los arrieros y postillones que de por vida, son los trajinadores de esos agrios desfiladeros de nuestro nudo de Cajas. Ahí tienen UU., al paisano, de cara al ancho mundo, embareado confiadamente en aguas del Golfo, sin nombre, sin edad, sin cartas, sin ropa, sin título, sin nadie... y sin un centavo, respirando brisas

costaneras, y, con permiso de Felipe Sassone: oigan UU.

«En una noche, azul y majestuosa, fue una hilera de luces de bahía, como una dentadura luminosa, que, viéndolo llegar, le sonreía»

Y así, de canoa, en canoa; de caletero, en caletero, al fin, un gran buque y un buen viento, separaron a Juan de su compañero de penurias y suburbios: el uno, a las sorpresas del mar; y el otro, al pie del capulí, porque, la costa no es para todos; y a la misma raza de bronce, el sudor y las caquexias, los mosquitos y «el gusano paletero», corroyendo organismos, hacen volver grupas al terruño, a morir en uno de los tambos hospitalarios o en la choza que los vió nacer... ¡he aquí el principio de la vida de Juan Ringri: oigan UU.

Como si lo hubiera estado viendo... mi querido Nico—replicaba—Morocho, atusándose los mostachos donjuanescos...

—Así como éste Jhon que se nos ha ido, los gringos que hasta nosotros se extravasan de ultramar deben ser colonos o campesinos expatriados. Así lo fueron los mismos españoles: galeotes y gente mercenaria...

—Pero, aquí son afortunados: en el comercio, en la industria, en la política. Ah! chicos, chicos: yo que les he visto llegar...!

—Cuánto significa salir, chicos. Nuestra educación es deficiente. Allá se hacen hombres y valen para sí mismos: la educación extranjera fa-

cilita escuelas, Protectorados, Cursos, Liceos nocturnos. . . concluía el más provecto.

Sonaba el toque de las nueve de la noche en los campanarios monjiles—reminiscencias del colonial toque de la queda—y los cinco solterones levantáronse cavilosos e intrigados por las misteriosas erranzas y la fortuna de un indiecito, que habíase adelantado a muchos; que les dejaba atrás a ellos mismos, con ser como eran, doctores, letrados, caballeros, célibes y prestamistas.

Igualaron sus relojes y se despidieron.

El hijo de Morocho no durmió desde entonces. La fortuna poníale por delante un deudor; una especie de lotería al tope de su mano.

Revolvió en el monumental baúl de cuero sus papeles y dió con los documentos de Pascual.

—«Primero es pagar que heredar» y antes de ser Ring o Ringri, tenía que abonar el crédito paterno.

Ahí estaban las planillas. Ahí la escritura del concertaje. Ojalá ponga sus dineros traídos en las propias manos del Sr. Morocho, y el pájaro habría caído. . .

La fortuna se redondeaba: la hacienda de Chaucha era muy suya; los ahorros y quién sabe que más del Mister John serían también muy más que suyos. La plata llama la plata. . . habían dicho los antepasados: ¡hombre!

QUITO, LA CARA DE DIOS

Vicente llegaba a Quito una alegre tarde de cembrina de sábado. Recorrían las animadas calles todos los vehículos de plaza, metiendo la bulla propia de ciudades cosmopolitas. Rodar de coches, landós; greguería aristocrática de sirenas, ambiente saturado de gasolina; resplandores chinescos del tranvía; desenvolviendo una cinta parlante de sombreros, prendedores, cadenas, paletós, manos blancas, ojos acariciantes. . . Lejanamente pitaba la locomotora, haciendo cambios en la estación.

Millares de pupilas abrió la ciudad, con sus bombillas eléctricas, que daban aquel aspecto fantástico a la Capital. El Pichincha, «amarrado la cabeza», dormíase, de pie, como elefante, arrimado a los arcos zodiacales del cielo. Calles suizas, zigzagües, jugaban a la geometría.

Como era crepúsculo de Navidad, alborozábanse con luces de color de 100 bujías, los baza-

res de juguetes, tras de las sutiles vitrinas, de alucinante atractivo, con el irresistible encanto de la ilusión, que dijo el novelista ibérico: «Cristal, ilusión de los ojos»...

Allí el detenerse en extática contemplación, rapazuelos y trotacalles, de ésos que se acurrucan en la primera sombra de un pilar, con el sombrero gacho, los pies negligentes, contraidos y las manos tórpidas, ocultadizas entre los bolsillos y los sobacos, en un quietismo hebebrénico de *dolce far*. . . niente. . .

Tumultuábase el éter de preconcebidos júbilos, que preludiaban las horas de la Misa del Gallo; Cines y bares tenían su lleno completo de gente y de estudiantes nostálgicos del hogar perdido entre los recuerdos de la provincia.

El cieguecito, decano de los voceadores, perdíase por la diagonal de la trascalles, con el sobretodo prehistórico; los botines lasallanos y envejecidos con el tedio de cansancios insatisfechos. . . «El Comercio», «El Día», «La Lotería de los 25.000, como si la mendicidad, la mugre y la sombra, anunciaran la suerte, el regalo y la luz: LA SUERTE! el insólito aereolito del premio Gordo. . . ¡paradojas usuales de la Vida!

Vicente contemplaba su primera noche en la gran urbe, que parecírale ilustración pascual e ilusoria de un Cartel modernista. Calles de tres pisos; barrios cuesta arriba y ramblas cuesta abajo.

A los pocos días, Plácido Holguín echábalas de Cicerone de Vicente.

Mostrábase el Panóptico, erigido sobre peñones graníticos, como sostenido aún por la misma

MANO de García Moreno. Acaloróse un poco al seguir por la ruta de los *arrastres*, describiendo minuciosamente, desde su origen, la histórica masacre de 1912: ¡La muerte del Cóndor, hijito!

—Por allá está S. Diego, donde en 1896 se fusilaba a Victor León Vivar. . .

—Gran morlaco, a quien el inolvidable Maestro, Nicanor Aguilar, cantó como el sabía hacerlo en una Elegía. . .

«que no haya madres, si ha de haber tiranos» terminaba el Poeta, aludiendo al dolor de la madre del patriota. . .

* *

Adivinando la situación de Flores, ofrecióle mi Crl. Holguín llevarlo al día siguiente donde el «viejo Atilio», su amigazo. . . la mejor palanca, hijito: él consigue empleos, y a los morlacos los estima porque dice que son de talento. . . y cuánto hay. Y aquí hallarás a muchos paisanos, que todo lo deben. . . y como lo debemos todo, gracias a Dios, al Liberalismo.

—¡Que castigo!—En todas partes había de encontrar paisanos. A su paso por las estaciones había distinguido cuando menos a uno.

Caras apenas conocidas en su infancia; tipos raros: eran cuencanos que Dios sabe cómo se habían erradicado de su suelo.

—Morlacos has de hallarlos, hijito, hasta en el canto del infierno—sonreíale mi Crl.—En Guayaquil, en Quito, en New York, en las costas; en el Oriente, en las Minas, en los desiertos. . .

—Son los nómadas del Ecuador.

—Son los chinos del Continente...

—Y a donde van, sientan plaza...

La neurosis de Vicente resentíase, al contarse UNO más, en las calles, y al contacto de sus «paisas», que con aire de antiguos colonos, así lo presentaban al primer quisque:

—Es poeta...

—es un intelectual

—es periodista

—es socialista

—es de los NUEVOS

—hay que darle algo...

—Lo malo es que tienes tus ideas, hijito, y con lo del confinio... bueno, pero, como Pepe Lucho dispone de las EXTRAORDINARIAS... se te puede arreglar.

Y pasaban los días y las semanas.

Había que HABLAR a un Jefe de no sé cuál Sección; éste, a su vez, sería la PALANCA ante el subsecretario.

A sufrir las horcas caudinas de las RECOMENDACIONES.

Para entrar al engranaje administrativo, la paciencia de Job.

Al fin, la buena voluntad de Dn. Plácido llevóle nó ya ante el monstruo antidiluviano del organismo administrativo—porque *ese* ya no siente,—sino ante los Primates del Olimpo quiteño.

—Debe ser también doctor—contestaban...

—y también poeta...

—debe ser de Cuenca...

El resto de la burocracia capitalina, parecía decirle:

—¿quién tan será!...

Las lacerias de sus insomnios eran rasgadas a las primeras del nuevo día por las escobas de los CAPARICHIS; o los silbos del SOLITARIO, en fuga neurótica hacia los frailejones del Pichincha.

De los *Ases* de la Literatura y de la Crítica, escribía Vicente: «Estos idolillos puruhás pardos, ruseñores y esopos de gafas—de fealdad casi matemática,—pontifican con su verborrea *pullma*, y decoran, como PONDOS tatuados, el museo de los rotativos, desde los cuales, el resto espera sus plenarias o indulgencias, que ungen a los INTELECTUALES»...

De acero hiriente era su pluma inflexible. Presumía Flores trabajar, buscando sitio en algún periódico.

Pero, los diarios rechazaban la invasión de croniqueros, de repórteres, de colaboradores. También asunto de palancas: todo era palanqueable. Y todos palanqueaban...

Revistas? Sólo las costeadas en la Imprenta Nacional. Y él estaba confinado.

Estaba sólo...

¿A dónde ir?

Por el «Parque de la Independencia», Plácido abrazaba a los veteranos: a esos buenos Retirados, críticos de oficio, que allí vivían sus largas horas, aquerenciados al refugio de esas bancas... descubriendo planes subversivos, pronosticando la caída del Gobierno, el conflicto con el

Perú, la guerra europea. . . el Día del juicio. . .

Por ahí discurrían *haciendo la Patria*. Hablando de Política.

Y Vicente acabó por irse con aquellas compañías peligrosas. Rebaños de presidio, carne de Panóptico, que sonrieron al contar con un FURIBUNDO más, que enroló de voluntario, a las filas de la VANGUARDIA REVOLUCIONARIA.

* * *

Venían los días de Inocentes. ¿Quién no habrá oído hablar de las célebres CHINGANAS de Quito, centro de jolgorio, en la Fiesta popular de inocentes; punto de partida de la truhanería; suma y cifra de la farándula callejera y maleante; manicomio improvisado de la barragania y feria anual de la mestiza gallofa? ¿Quién no se habrá imaginado lo que es una CHINGANA?

Sucursal de cabaret o de ruleta; cabildo, meca, compendio y remate de las trashumantes cofradías de Baco y Momo! . . .

¿Quién no se ha figurado pabellones y carpas formados por obra y gracia de esteras, cobertores, rodapiés, frazadas, manteletas, macanas, pañolones, toldas, ruanas y toda la baulería y buhonería del entresuelo, en yuxtaposición abigarrada? ¿Quién no habrá oído hablar de monos, chuchumecos, payasos, camisonas y belermos de fama mundial, por estos días? . . .

En los chiribitiles de licores baratos y mistelas de pacotilla, empieza a reunirse la gente amiga del buen vivir, y del holgar a costilla, caballeros de industria y sableadores de oficio.

La charanga hacen dos atorrantes, apóstatas de la vida, fracaso de artistas y chullas; iconoclastas de la honra, en cuyo mutismo de tragedia, acechan la navaja del chulo y la vorteriana sonrisa del bolchevique.

Plácido Holguín, inseparable mentor de Flores, a quien consideraba como su allegado, en memoria de su inolvidable amistad con don Pancho Pesánte, entreteníale amenos minutos, con sostenida conversación de buen quiteño, de capitalino por adopción; pues todo el que, de cualquiera de los cantones, parroquias, pueblecillos o provincias aledañas o proclives a la Capital, ha permanecido en ella cierto tiempo, siéntese más quiteñizado que los auténticos pelucones, en el dialecto, en el vestir, en los gustos y en el constestar siempre: que es de «Quito», y contar lo que le pasó «en Quito».

—Hoy las chinganas han desaparecido— continuaba don Plácido, después de narrarle innúmeras escenas de su «despreocupada juventud»; mientras rondaban a los ojos de Vicente, epicúreos covachuelistas y sibaritas de la burocracia, llamando a las marisabidillas, por sus nombres de COMBATE. . .

«La Bola de Oro», «La Republicana», «El bello Animal». . . cruzábanse con abrigos de pieles, como gulusmeando esa emanación penetrante del hampa: olores de féminas y machos, que hasta el viento saludable, negábase a llevarlos, y quedaban allí saturando icores glandulares y argots callejeros.

—Oyé, vía, que tal ricura. . .

Qués pes, mudó. . .

—Mó mió: me muero! Prenditá. . .

—Casharis. . . fiero.

—Una voz infantil cascabeleaba: Tin, tén, serafín, cuchishito de marfil.

Por allá, salía un eco canallesco, caricaturas de trémolo de tenor y zarzuela, cantando estrofas sentimentales, de amorios, de suicidios, de cementerios. . .

Don Plácido saludaba con aires de viejo amigo a todos los de los grupos chinganescos. Y con paternales deferencias, a los *huérfanos de Alfaro*. . .

—¡Chullitas!

—Elé el Comandante

—a los años. . .

—Muy agradecido. . .

—Decí, Vicente, si Quito no es la cara de Dios. . . De Quito al cielo, y del cielo un huequito, para ver Quito:

—Oiganlé, oiganlé. . .

—peguensen unito.

—Jefe, y que fué? . . . camine, vamos; invite copita al «chullita». Un barahonita no le queda mal. A los tiempos ¿y qué tal le fué?

Ya Ud. tan, morlaco—medio chagra, cholito...

—qu'és estico serápes el confinado, adiós. . .

Mi Coronel Holguín, sintióse tocado en la cuerda.

—Hijitos, ¡encantado de la vida! lo de siempre. Los godos comiendo del plato liberal. . . tras de la lucha, los vencidos, a ocupar diplomáticamente los principados y los consulados, y los demás, a la Banca, como quien se retira a la vida privada. Igual cosa si subieran los curos: los li-

berales, pletóricos de retribuciones políticas, diplomáticamente también, a los puestos canongiles, calientitos dejados por los godos, de la Bolsa y de la Banca, y a las diplomacias, con socialismo y todo: Es la rueda del mundo, hijitos y el mundo siempre será mundo, mientras los curas nos engañen por un lado, los gobiernos por ótro, las mujeres por el suyo y cada cual, con lo que Dios le ha dado.

Jé, jé, jé. . . palmoteaban al orador las procaces risas de sus conmlitones, héroes epónimos, ignotos y corroídos por el tiempo. . . por el vicio. . . por la vida. . .

NOCHE DE REYES

Allende el Azuay, la Velación del Niño, vísperas de Reyes, donde mama Trini.

Había pasado el último *Entrego*, desde las Monjas a San José de «El Vecino», bajo el regío azul de un cielo marca «Noel» y un solazo pleno de tradición.

La tarde olía a Nacimiento. Los chicuelos iban silbando tonos del Niño. Sobre los techos bajos de la calle de la Velación, un plenilunio de Enero.

Rematada por Morocho y disuelta por el Hado la casa de don Francisco, Trini y Duluca siguieron de *buscavidas*, honestamente, sin dejar la misa, la «Escuela de Cristo» y «La Sagrada Familia»; peleándose a veces con las cholas *vida mashcas* y barraqueras, a causa de su negocio de *revendonas*.

Al fondo de la tienda, velándose la Urna del Niño, al son de los pasacalles navideños efundi-

dos del melodio fletado, inclusive tocador, y el dúo de aprendices, antes de la muda. Este dúo era número principal del programa, durante la Velación y la Misa.

El contralto del *Mono* y la segunda del *Bisco* alzábanse de sus infantiles pechos, a sostenerse en los tonos más altos y en los más sensibles requiebros. Esas voces crecían, se expandían, desbordábanse tristes y enternecedoras:

«Qué de Alegrías
hay en el Portal:
vamos pastorcitos
vamos y verán»...

A la mañana siguiente, la Misa de 4 a. m., debía ser la «Misa del Niño», y la *Pasada* ostentaría todos los requisitos de costumbre.

La beata Dulu, de perfil moreno y dentadura postiza, con calzas de oro, habíase echado el baúl, para ser la portadora o madrina del Niño.

Acompañábanla, típicamente togadas, las vecinas, de paño, rebozo y bolsicón *de asistencia*. Y detrás, la «banda», marcando los dulces y nostálgicos «Tonos del Niño», a bombo y platillos, con requiebros y trinos, que sacudían las más recónditas fibras del corazón hecho de tierra morlaca!...

Retumbaban los Tonos por las rectas calles, aún dormidas, en el silencio de la fría madrugada. Las campanas de Todos Santos daban sus apremiantes toques, y un petardo en las alturas avisó que la «Misa se había *parado*».

A la misa del Niño estaban convidadas Ro-

saura y Felicia—la que en su afán de ponerse al habla con aquélla—acudió a primera hora, con la manita acostumbrada. . .

Consumida, avejentada, Felicia conservaba, sin embargo, el parecido, el aire inconfundible con Rosaura. Eran hermanas de padre, por una de esas aventuras del epílogo militar del Comandante Pesánte, que como 3er. Jefe, «en sus buenos tiempos» disponía de la Banda para bailes, serenos, padrínzgos y francachelas, de los que tanto solían añorar, cuando departían amigables con el retirado Coronel Holguín, antiguo Jefe de Zona, que también *vivió intensamente su despreocupada juventud*. . . firmando esas célebres «comisiones de servicio». . . para cubrir los sarraos. . . los *Fas*. . . de los «sábados alegres». . . En la Iglesia, Rosaura ocupó sitio cerca del comulgatorio, y Felicia quedóse junto a una de las pilastras, para que la semioscuridad cobijé el pudor de su tristeza.

El silencio de las naves dejaba oír las bien timbradas voces del *Mono* y del *Bisco*, en el dúo de las tonadillas que iban derecho a exprimir el alma. . .

Otra vez las conmovedoras vocécitas de los muchachos subían, desarrollaban sus más altas modulaciones en hondas de tristeza y de ternura: eran sollozos que crecían, eran ayes sostenidos: ¡ah, los huambros cómo se lucían en los Tonos del Niño!

Arriba, Rosaura deshacíase en lágrimas: abajo, Felicia, cubriéndose el rostro, hipaba, despatacando saudades de las rosas de su boca y de los encendidos capullos de sus ojos. . .

¡Sí!, Felicia había anhelado vivir honestamente; casada, como Dios lo quiere, educando a sus hijos y vistiéndolos de amor. . . sirviendo al marido, a que la gente sepa que tiene «una mujer» . . .

Pero, ¡su fatalidad! . . . Era madre . . . Y sentía el vacío del abandono. Con la voz de todas las madres solas quisiera pedir al mundo ¡Piedad! para las que, en una hora de mentido amor. . . han venido a mendigar en el mundo el dolor de ser NADIE!

Abatida de hambre, de miseria —como si en el hijo de sus amores desdichados se prolongase la mala suerte del progenitor, resistiase con el pudor de su orgullo, con un ancestral pundonor, a tocar las puertas de los Comités Señoriles de Protección a la infancia, como lo aconsejara su situación. . .

Amanecía inclinada sobre el toquilla. A veces, una mano invisible parecía llenarle de obras: paños de tejer, . . . tejidos al crochet, bordados a mano. Las fuerzas, como alas de ave náufraga, no le flaqueaban un instante. ¿De qué misterios retoñaban cada día nuevas resistencias físicas y morales?

— Los sufrimientos engordan, había oído martillear en el saludo que se cruzaban las comadres del barrio.

Efectivamente, la comparación del pueblo era exacta. Como los vellones de lana mientras más vapuleados, más se hinchaban, hombres y mujeres de los suburbios, de los *huashas*—donde se enreda una especie de flora humana del arrabal o fauna excivil de la miseria, pasaba llena de

carnes, harta de risas. . . ¿de qué savias se nutre este perfecto organismo de carne y alma?

—Las penas nos mantienen—se contestaban las cholos callejeantes.

Diálogos por el estilo oía Felicia desde su cuarto, una mañana en que viéndose al espejo sufría la extrañeza de mirarse *Otra* . . .

El tiempo consumaba su obra, como el sol, como la tierra; agrietando, descoloriendo . . . oxidando . . .

Preparaba en su interior, mientras se prendía la única manta de burato para la calle —después que todas sus demás prendas fueron transformadas por obra del instinto materno en ropitas infantiles— preparaba una confesión de indigencias; una síntesis de sacrificios dulces y humanos. . . de avergonzados martirios y de sutiles renunciamentos, casi espiritualmente *microbianos*, de ésos que, con ser tan imperceptibles para el ojo vulgar, tan intangibles para la expresión, tan honda e insensiblemente enferman. . . y matan. . .

Al fin debía ir a conocer la Caridad . . . donde las Damas del Niño Pobre . . . donde las Señoras del Comité pró *Día* del Niño . . . A las Asociaciones Pías de la Beneficencia, a las *Gotas* . . . a las *Cunas*.

Pero, no se dignaron de oírla, menos de hablarla. Como iba decentemente trajeada, «debía ser una de tantas».

Ah! Las Fiestas Sociales! Exhibición, pantalla . . . Pura plantilla de damas y matronas, que se abrogan la voz de los *Desheredados* . . . ¡hervía la cabeza de Felicia, . . . que no se dió cuenta del *Ite Misa est* . . .

Salió la gente de la Iglesia, y élla, la última . . . entre las sonrisas de las guapas cholos que volvieron a conducir la Urna del Niño.

Con discreto retraso, acompañaban la vuelta de la Pasada, el Largo, el Cololo y unos cuántos artesanos, que iban a paso de procesión, alzadas las solapas, por el frío mañanero, haciendo humo de tabacos y resueltos a no trabajar ese día, por tan fausto acontecimiento . . .

La banda volvía a sus *Tonos*, con mayor compás y soplando con toda el alma; a incrustar en el fondo del gran corazón morlaco los inmortales Tonos del Niño . . .

Pasadas las alegrías de la Velación y de la Misa del Niño, quedáronse solas, Rosaura y Felicia, frente a frente: Largos silencios interrumpían su diálogo . . .

Y ambas reprimían algo que caldeaba la lengua.

Por la mente de Felicia disputábanse salida contrapuestas ideas. Hubiera querido contarla pormenores de la seducción; iba a pronunciar el nombre de Vicente; pero, un rictus enigmático de Rosaura, sofocaba su historia.

Rosaura, a su vez, tomaba en brazos al hijo de la «pobre Felicia», colmándole de arrullos y voquibles acaramelados y cariciosos.

Era acaso el lejano desahogo de un sueño. Mirábase fijamente, sin atrever la desconcertante pregunta . . .

—No sé como sea la Caridad. No conozco su cara— discurría Felicia: Escribí una esquila al «filántropo» hijo de don Tadeo, al Dr. Moroscho, y el silencio helado del portón cerrándose

detrás de la recomendada, fué la respuesta.

—Acudí a las matronas de la «Acción Social», al Comité Pró huérfanos y a los «Cepillos»: já, já, já . . . reía y lloraba a un tiempo— sacando de ello, muecas despectivas y reproches al pecado y a la prevaricación, que eran «cosas de la gente baja».

Debemos tener presente —seguía, como heredera de la verbosidad paterna— que la gente baja, la honrada porción de la mujer obrera del pueblo, sabe conservar en alto su sentido moral.

En cambio, la buena sociedad, el Club . . . El Tennis . . . Eso debí decírselo a las señoras, y no entiendo por qué me puse turbada y confusa . . .

—No hablemos, Felicia, si algo necesitas, yo te ayudaré—sollozó Rosaura.

Cuando menos hasta ingresar donde ya sabes . . . Mañana . . . y no pudo seguir . . . Debía ser aceptada en el Convento, pasada la Pascua de Reyes! Mañana! . . .

—¡Nada se ha sabido del confinado! Juntas miraban al pequeñín. Rosaura sentía ahogarse en su propio corazón, que la estrangulaba; la sangre huía del cuerpo; a refugiarse quizás en el mismo centro de la entraña torturada, que anudábase convulsa en su garganta, . . . y en sus ojos . . . Felicia, sonrojada hasta el aturdimiento, suspiró entre dientes:

—Adiós, Rosaura . . .

—¡Adiós!

JOHN RING

Trajeado a estilo estadounidense, John pensaba en affaires. Cablegrafió a Vicente desde Panamá, con la intención de asociarle, en cuánto se pusieran al habla, a una de las Compañías «American Gold», de compra de oro, a las que estaba afiliado en sus últimos engranajes, como agente para el Ecuador.

Volvió a su Patria a los 25 años de ausencia. Borrosos trataba de asociar los recuerdos de su infancia. Aunque fuertemente grabadas retenía las impresiones de aquel 1º de Octubre, en que juntos fueron a la Escuela, con Vicente.

Aurora aquélla del 1º de octubre!

La misma esa ruta campestre de tinales y gigantones . . . las mismas parecieronle esas calles de la urbe, por las que desfiló la alegre precipitación de parvulillos hacia los umbrales del hierático portón de la Escuela de los Hermanos.

A su mejor amigo, casi hermano de la infancia, a Vicente, quería abrazarle, contándole sus inverosímiles percances; ayudándole con sus Dólares «contantes y efectivos» . . . volver a

fraternizar bajo el techo de D. Pancho, y decirle «Papá» al antiguo *taítamo*.

Asomado al alféizar de su ventana del Hotel, recorría imaginativamente la antigua ciudad que dejara a sus espaldas, aquella mañana gris, en que sin darse cuenta, llegó a los manzanares de Sayausí, embolsicóse un fiambre de tiernas manzanas, y siguió... A su vuelta, Guayaquil tenía nuevos muelles, nuevas calles. Seguramente, después de cada incendio, cuyas noticias llegábanle en las palpitaciones del Cable mundial, el puerto reconstruíase, renovábase, ganando en cosmopolitismo y urbanización.

El Puerto estaba saneado, gracias a la intervención del Instituto Rockefeller, que él lo conocía, y a la ciencia del japonés Dr. Hidayo Noguchi. Sí progresaba su República; y lanzaba el humo de su habano, recibiendo el sol morlaco, desde el oriente del terruño, no visto en años, y hallado ahora, como un espectáculo de repentino encantamiento pastoril.

Volvió sus ojos a Occidente. El Cajas azul, y detrás, ese Camino de Naranjal: agreste abrupto, solitario y triste... camino de los que emigraban a la costa... Lo dijo un orador: trocha abierta por las lágrimas de las despedidas... que cantó la Antología anónima.

«Adiós. Cuenca de mi vida,
tierra donde yo nací:
para todos fuiste madre
y madrastra para mí...

Cada monte le habló a Juan: de la odisea

andina, de los éxodos morlacos... de los que se van!

Entonces, desenrolláronse aventuras pretéritas, cuando de Samborondón volvía a Manglaralto, regresaba a la Isla del Muerto, o anochecía en Puná... La línea de la Ría... sus primeros amores con la hija menor del Mayordomo de Jesús María. La persecución del padre al descubrir el atrevimiento del «morlaco», del «pachuco» Juan... A raíz de la que fugando otra vez a las haciendas de Catarama y Babahoyo —infiernos tropicales— fué de voluntario a engrosar las filas del General Montero, salvando su pellejo en Huigra, Naranjito y Yaguachi, gracias a su pericia en el conocimiento de la montaña. Sonreía ahora Mister John, remirándose al espejo de la mañana, cuando vestido a órdenes de Concha, al mando de su Comandante Lastre en las negrerías de Camarones, Tachina, Cojimies, fué el de la montonera que sacrificó a la Cruz Roja...

¡Cómo nos matamos en el Ecuador!; y qué diferencia con la lucha positivista de la gente rubia, que sólo mata lo que debe matarse por todos los medios posibles: LA POBREZA...

Haz dinero, aunque sea honradamente (Tio-sam.)

Después del almuerzo, saldría en automóvil, a recorrer la ciudad, a empaparse de campiña, a contemplar sus viejas montañas, como nodrizas, como madres, como abuelas, tan cercanas del cielo, ... tan aferradas, tan inmóviles, tan hincadas en la tierra, de todos sus paisanos...

Cuenca era ahora para él, un sólo gran hogar, una casa propia. La cabaña del Pródigo sentía la sensación de volver al hogar paterno. Estaba en su casa. Y recordando haber oído alguna vez o visto en las miriadas de películas de los mil cines de Hollywood, repetía maquinalmente:

«Home, Swit home» . . .

Hogar, dulce Hogar! . . .

* * *

Cuántas cosas habían pasado en 30 años.

En verdad que John, un indígena del Ecuador, era por el momento, un extranjero en su patria.

El mismo se miraba un enigma, ante los ponchos y bayetas, que volvió a encontrarlos; ante las calles empedradas y el dialecto perdido una mañana imprecisa . . . Sintió el violento choque del natio contra su idioma adoptivo, su mundo cinemático, su traje neoyorkino, su nuevo yó. ¡Los años han volado! Difusas invaden su memoria, las imágenes de su TAITA PASCUAL y de sus campos . . . Si viera a don Francisco, al viejo patrón; a la ñita Rosaura, a Vicente Flores, su caballeroso amigo de la niñez . . . querría infundirles sus ideas; contagiarles de su sajonismo, y participándoles sus aspiraciones, descansar, sólo por un momento, a su mansa sombra tutelar.

Como era época de Pascuas, otra vez le retumbaron los tonos del Niño de su Cuenca; otra vez oía el pito de carnaval, que asomaba después de Reyes . . .

Las casonas solariagas habían pasado a poder de firmas comerciales, de turcos, de hachiches, de morlacos. Demolidas las fijodalgas arquitecturas, los exportadores del toquilla y otros las convirtieron en Oficinas, en Bodegas.

De la rancia nobleza ni para qué hablar. Los «cañamazos», algo como la porción fenicia del Azuay, vueltos de sus viajes mercantiles, sonriendo de la Aristocracia, parecían decir:

—Con nuestras medallas valorizaremos vuestros pergaminos . . . ¡Cómo iba cambiando la ciudad en el lapso de 30 años!

—Ya vendrían los de la «American Gold», a ver para qué sirven los criaderos amazónicos. La solicitud de concesiones era cosa negociable.

—Ya lo veremos . . .

—Qué atrasados por aquí, y John en su nativo suelo se las echó de turista.

LA TARJA

El heredero de Morocho levantóse esa mañana (de abrigo, pantuflas y toalla al pescuezo), resuelto a compulsar una viejísima deuda. La del difunto Pascual, cuyo único heredero por fin estaba al alcance de su mano.

No había remedio. Es imposible que se pierda ésa tarja. ¿Y a qué cuenta? En la «Salutis» al conversar del fastuoso personaje, el había sonreído acariciando su negro propósito.

Llegó el momento de cobrar una yesca, de esas cuántas yescas que se empolvaban en el legajo de créditos del autor de sus días.

—No hay plazo que no se cumpla . . . ni deuda que no se pague,— monologaba por dar comienzo a la famosa liquidación. Estaba resuelto a que no se le perjudique «ni en un *choipi*» . . . Para eso contaba con el camino legal y expedito: «la Vía Ejecutiva». Vía por la que le entraron casas, fundos, hipotecas, bienes, . . . embargos . . . remates . . .

Toquillas al exterior y préstamos «al interior», *vacas lecheras*.

¡Psh! Cuando Dios quiere dar . . . Y extrajo del fondo del bimétrico baúl de cedro (choclonándose con ótras tantas) medio apolillada, pero vigente, la Tarja de Pascual: la que respondía de pérdidas, abigeatos, de daños y perjuicios, de torpezas, de inculpaciones —todo ésto es plata—se dijo, alzando un basurero de papeles . . .

Indio que no roba peca. Si los blancos nos estafan con descaro, los indios nos pagan con ingratitud; ¡Ay ésta plata enemiga! ¡éste polvo de oro que tanto nos pesa!, suspiró por todas partes. . .

Y por fin, habíase adjudicado la hacienda del viejo Pesántez. Ciertó que fué sólo «Venta Ficta»; pero, éso le libró a taita Pesántez de una tempestad judicial.

—Hombre; pero sin motivo le matan al viejo.

—Capaz soy de devolver. . . pero, nó; pero, sí, hombre . . .

—Chaucha es mío; y al César, lo que es del César. El lo vendió. Ante la ley y contra instrumento público, no hubo más que hacer. . . Yo he tomado ese fundo con la correspondiente «restricción de conciencia». Pues, he ofrecido en compensación de lo que valdrían ésas tierras, pagar la dote de Rosaura. Ella, las monjitas, las beatas, la misma sociedad sensata me lo agradecerán.

Bostezaba satisfecho. ¿que más se quieren?

Y se frotaba las manos.

Era benefactor; era filántropo. Quedaba a salvo la integridad de su patrimonio: sonrió fe-

liz, mientras cosquilleaba su estómago como purga efectiva, la idea de que al contribuir con la dote a la dicha espiritual de Rosaura, estaba absuelto del robo del único haber de la huérfana de don Pancho; y a boca llena bendecirían las generaciones su nombre de «caritativo» de «Gran Católico ejemplar», y de filántropo» modelo»; sobre todo, de filántropo . . .

Respiraba la casona de Morocho su hálito optimista; de casa de rico, llena de caprichos, amén de comodidades: jaulas de churucas, macetas de terciopelinas. La solariega mansión de antiguas holguras amanecía con un sólido optimismo! Sin preocupaciones la repleta despensa; sin bulla, porque el celibato era además virtud de economía. Demasiada casa: muebles a profusión; holgura a la antigüa. . . hasta el polvo de las alfombras de las salas y los esqueletos, estaba a sus anchas . . . todo el aire y la casona de los Morocho reflejaba la paz de las arcas repletas; era el aire que respira todo acreedor . . .

Ordenó al paje fuera en busca de su abogado:

—Para eso en Cuenca hay abogados por castigo, advirtióle Morocho.

Hombre, y para lo que él los necesitaba. No tenía sino «ejecuciones», y para ello, bastaba con pagarles la firma. El mismo presentaba sus escritos de cajón, ante el señor Alcalde Cantonal. Para sus otros juicios, de «apeo y deslinde», de «aguas» y de «particiones», «vista de ojos», etc. y juicio de 3 instancias, contaba con un gran *quilca* que era mejor que abogado, y

—«Qué tenía ésto» . . . y se tocaba con el in-

dice las sienes, demostrando la buena dosis de sustancia gris, que hay que gastarse para *hacer jurisprudencia*.

Y el sucesor de Tadeo Morocho demandó en la «Via Ejecutiva» al heredero sobre—viviente del Concierto ya finado hacia cerca de 30 años. La deuda avanzaba a sj 15.000. El recién venido Don John Ringri, a quien se le dejaron las boletas en su hotel, señalado al efecto, fué juzgado, sentenciado y condenado en rebeldía.

Declarado reo, perjuero, confeso, etc.

—Dura lex. . . resolpló el sentencioso juez, dictando auto de embargo, sobre el depósito Bancario de John y librando la Boleta de Apremio personal . . . por costas.

¿Qué sabía John de estas barbaridades?

El capital habíase quintuplicado, los intereses, a lo Banco, cada semestre, estaban capitalizados; y daños y perjuicios y moras, intereses de moras y pagos del mútuo y costas y derechos . . . Fúúú. Todavía los sj. 15.000 eran nada, pensaba el acreedor:

—No puedo perder ni un *choipi*.

EL LIO

—Eso no está perdido; sencillamente es un robo y un imposible jurídico—alzaba su voz el abogado, que al noticiarse de que John había vuelto fondeadito, acudió a ofrecerle sus servicios, por recomendaciones especiales.

—De haber vivido el señor Pesàntez—fantaseaba Juan, asociando recuerdos subconscientes—...

Y borrosamente recordaba de lo agencioso y solícito de su amo, seguido de la procesión de clientes.

De ésa procesión emponchada, que hasta hoy sigue a su abogado por calles y plazas; lo espera por horas en el zaguán, lo sigue por el viacrucis judicial: atras, siempre atrás de la levita que flamea como bandera de esperanzas.

Entra con él de herodes a pilatos; lo busca y le hace propaganda en la peonía:

—«Cun ísticá, nuay pindijadas»...

Imposible! A él nunca le hubiera dejado en esta picota.

—Carajo! Toda la demanda es ilegal. Y ésto lo tenemos ganado...

Tenemos que alegar la prescripción; el abandono; la abolición del concertaje y de la prisión por deudas.

¡Qué brutos son algunos abogados, carajo! continuaba el defensor. No conocen el nuevo Código de Trabajo.

Le juro que este cínico de Morocho, con todos sus millones se vá a encontrar con el Cura de la parroquia. Si tenemos para revolvernos... para reírnos... ¡tanto más, cuanto que...

Con la ley en la mano, oiga, carajo, Mr. John: mándese por papel sellado, dénos para Amanuense, mi apoderado, copias, timbres, boletas...

El abogado vociferaba, subrayaba con golpes, alzábase el «toquilla» a la pedrada, y apersonándose, terminaba:

—Este Morocho cree que está entendiéndose con úno cualquiera de sus peones. Se equivoca... A ver, Mr. John, déme para papel, boletas, copias, derechos... hoy se vencen los términos.

—How many? ... Sacó la chequera, escribió algo y firmó apenas; era un billete por 20 dólares, lo cual al cambio de nuestros ayoras significaba para el Defensor la bicoca de doscientos y pico... Es mi arancel... Con ésto, la ganancia del juicio estaba asegurada.

—¿Para qué cree que soy compadre del Gobernador, que es hoy mi Coronel Holguín ¿acaso no me debe a mí el triunfo de su candidato? Ajá, sepa Ud., Mr. John, que «donde hay amigos no mueren amigos» (Holguín)

—Ya parece que meto en mi alegato «la majestad de la ley» . . . Entiende Ud. que me teme la Corte; porque les he hecho de ver la ley . . . ¡y se crispaba en actitud boxerial.

Lo tenemos ganado: mi pescuezo, si U. paga. —Pero, no le deje al cañamazo: jódale, por cuerda separada . . .

Por la mente del doctor pasó toda una trepa de incidentes: la ley es para todos, y contra 7 vicios hay 7 virtudes, y donde hay unos, hay otros . . . escupió y carajó.

Estaba consumado el lío judicial; la guerra del papel sellado; lo que ha dejado a muchos en la calle . . .

—Y quemaremos el último cartucho! salió vociferando el Defensor de John, sacándose el sombrero casi al tope del suelo y agachándose como derviche, retrocediendo hasta la primera grada.

—Good by! . . .

Jamás tuvo esto para su libro el famoso Juan Ringri.

El se defendería. Irguióse el ancestro de la porfía runa; pues, moriría en el sitio. Pero, . . . cómo? El nada, absolutamente nada debía a Mr. Morocho, ¿verdad?

Disipó pensamientos. Revisó la chequera. Su abogado no tendría más que pedir, y él con su money, y el otro, con el «talento de morlaco» desbaratarían la locura de Morocho.

—Mi nó deber in *Cuencá*. . .

La «American Gold» que había recogido informes, propúsose «standarizar» la producción de Oro de este rincón de América, a fin de esta-

blecer la Sucursal del «American Bank», acaparador del respaldo de oro.

Allí establecería provisiones; ventas a plazos; préstamos; almacenes de ropa; cantinas; transportes y agencias de viveres. Iba a enseñar al país y a sus indígenas lo que debían haberlo hecho: con un Banco de Papel levantarían el Gran «American Gold Bank» que competir pudiera con los similares más ricos del mundo! . . .

Jhon què iba a preocuparse del pleito, éso estaba bueno para sus paisanos. El venía de otros círculos y a emplear muy bien su tiempo. Time is Money.

Hoy sabría de Vicente. . . y conocería a Rosaura. Se presentaría a ellos y les comunicaría su trascendental proyecto.

Rosaura, era su ilusión. . . Un sueño largamente acariciado.

Y aquí; y después, allá.

El también se frotaba las manos. Serían muy ricos.

Y muy felices. . .

O key!!

LA TRAGEDIA

A raíz de la revuelta (otra de tantas habidas en el Ecuador) regresaba el Coronel Holguín, investido de Gobernador del Austro, en atención a sus grandes servicios prestados a la Patria.

Otra vez, ascensos, condecoraciones «Al Mérito»; a los opositores, había que enviarlos, según y conforme: unos al Cuerpo Diplomático, otros, a Galápagos y el resto, al Panóptico.

La revolución socialista había estallado indefectible y envolvente por los cuatro puntos. «Correrá sangre hasta el tobillo» repitió no se cuál de los líderes.

Como un rayo circuló la noticia de que, en el primer encuentro de las fuerzas gobiernistas contra las barricadas, la fratricida bala de los regimientos «leales» había hecho blanco en el pecho del apasionado líder, apóstol y joven precursor de futuras reivindicaciones, de Vicente

Flores, cuya herida mortal cundió el desconcierto y el pavor en las huestes populacheras.

Infructuoso el sacrificio.

Humeaban las desdichadas víctimas, bajo el fragor de la ametralladora del ejército. Consumábase otra masacre en las calles del capitolio. A lo largo del calendario, las trágicas fechas.

En un lecho anónimo del Hospital «San Juan de Dios», convertido en Hospital de sangre, Vicente Flores daba sus postreras boqueadas.

Del bolsillo de su casaca escurriánse páginas de su «Diario» y apúntes de su novelina «Oro de América», escritos cuando peregrinó al Oriente en compañía del aventurero colombiano.

Abiertos sus ojos en desesperado paroxismo espejeaban alguna imagen que no asomó. . . La de Felicia, la de su hijo. . . la de Rosaura. . . el cielo distante de su morlaquí.

El viento dispersaba éstas hojas:

«Las orillas del Ayllón, de Santa Bárbara, del Gualaquiza, de Méndez y Zamora hormiguan de *Mineros*.

«A más de los nativos, pululan extranjeros de todo jaez, que lavan en bateas y en canalones.

«Los *hábiles* conocen la *pinta*, o criadero aurífero, y amontonan la *shalscha*, o arena del precioso metal.

«Hombres, mujeres y niños de distintos pueblos del Ecuador austral están cabe las inclemencias de los campamentos, . . . en pos de un *banco*. . . y a merced del derrumbe o de la *creciente*. . .

«Escuela de Lavadores humanamente «práctica»: no había sino que arrancar del Gran Labo-

ratorio de la Naturaleza el secreto que no se aprenderá en los más encopetados Gabinetes: sobriedad, disciplina y paciencia.

«El puñado de habas y de sal. . . El hábito de conocer *por instinto* la shalsha, y luego, convertirse en máquina lavadora de bataes del *orito*.

.....
«Diariamente se saca Un gramo por cabeza. Un total de 10.000 gramos al día, que representan el valor de \$ 100.000. . .

«Mi jefe colombiano divierte con sus «cachos antioqueños»: es más ingenioso que ingeniero, y me ha entregado los planos de Logroño y ciudad de Amazonas, que dice los venderé a cualquier Compañía en *Cientos de miles*: estoy, pues, con una *Mina*. . .»

LA NOTICIA

La muerte de Vicente Flores sazónaba la tertulia del día. En la «Salutis» enredaban a su memoria, póstumas y magistrales reflexiones. Debía de haberse casado con Rosaura; dedicándose a la hacienda o a reanudar sus estudios. . . ¡Pobre muchacho! Mañana, nadie se acordará de él. Así se malogran las juventudes.

—Nuevo Abdón Calderón, que se ha inmolado en las faldas del Pichincha—habló el más vejanco.

Los solterones lanzaban una salva de epifonemas necrológicos.—Se cuenta que han encontrado en el traspapeleo de sus truncos manuscritos, parrafadas de su especie de Novelina «Oro de América», en la que más habla de política, que de literatura, y un Plano de prospecciones acerca de la fabulosa «Sevilla del Oro» y de sus adyacentes lavaderos orientales. Esto último tan sugestivamente trazado, que a su autor, un huaquero colombiano, le valió para que, gracias a los influjos POLITICOS del ignorantón de nuestro Sr. Gobernador se le nombrara Director de nuestro Oriente. . .

—Y la publicación de esos croquis ha movi-

do tan hondamente a los pueblos, que ya han comenzado las MINGAS pro camino al Oriente.

—¡Coincidencias! Hasta después de su muerte, los papeles y manuscritos del muchacho siguen inspirando a las multitudes.

* * *

El Coronel Holguín organizó la excursión a la apertura de la VIA ORIENTAL. De sombrero alón, traje bolivariano, y botas de hule: cabalgaba en el bridón de la familia Cañas y Cruzado, galantemente cedido al efecto (debían escribir los cronistas).

Con este mérito más, de seguro que iba al generalato.

—Así como la luz eléctrica vino a Cuenca a lomos del Liberalismo o por decir, a lomo de indios, de esos valientes de Quingeo, hijos míos, así la carretera hacia El Dorado la abrirán las MINGAS, o por decir, el liberalismo. . . trastábillaba mi Coronel, al centro de un grupo de patriotas.

—Caminos, caminos, caminos, hijitos!

—3 ráh por el Amazonas,—carraspeó Holguín, con su cascada voz de mando.—3 ráh por la carretera, y viva el futuro Dictador—contestábale un Cañas y Cruzado, de esos propietarios de lueñes playas.

—Viva el señor Curita

—Viva el señor Teniente. . .

—Viva el Presidente de la República—sacóse el jipijapa mi Coronel.

—Viva el Gobernador de la Provincia—le correspondieron.

La minga estaba en su apogeo: corrían de una parte el *jibaro*, burbujeando perlas, de los gualaccos y gualaquizas; y de otra, el cristalino ZHUMIR, de los pantes y guachapalas, metiendo coraje y enardeciendo el patriotismo.

—Hemos de abrir la vía hacia el Atlántico,!! hijos míos, rugió Holguín, sintiéndose aventurero conquistador.

—Kolosal, kolosal, mi Coronel,—abrazábale la flor y nata de la aristocracia de morlaquia: a Ud., se lo debemos todo, y la posteridad erigirá su estatua en los confines donde flamee el tricolor. . .

—Bravo!

—Viva el pendón rojo!

—3 ráh por el Oriente.

—3 ráh por nuestro Ministro azuayo. . .

Este habíase venido—só pretexto de solemnizar la minga para COMPOSER la lista oficial de representantes del Pueblo y dejar a cordes con el Círculo: a Holguín, al Ministro, . . . y a la máquina

Capitaneando ése plebiscito recorrían a caballo e impartiendo órdenes, gamonales, tenientes políticos y párrocos.

El de Guachapala, que fué quien recibiera a Vicente, a su retorno de la gira preamazónica, sabedor de su trágica muerte, santiguóse hipante y suspiroso; abrió su Libro de Horas y masculló un latín, al recuerdo del siglo confesional en el que Felicia le depositara su tribulación. . . y desesperanzas de mujer caída. . .

—Ah! Socialista!

Y le asaltó como mal pensamiento el odio que

profesan a la sacristía los hijos del hábito talar.

—Que Dios en su infinita misericordia me perdone, y conceda Lux eterna al desdichado— conversaba con Dn. Plácido.

—Esta es la verdadera política, la de mi partido liberal, al que me honro en pertenecer, hijos míos; y dirigiéndose al párroco, concluyó la patriótica alocución el Crl:

—Hijo mío: este es el verdadero MODUS VIVENDI . . . «Gobernar es poblar» escriben los cónsules desde el extranjero; yo añado: gobernar es hacer caminos: un puente más, un abismo menos, como cantó Alfredo. Y hago la moción de que, el puente a construirse, lleve el romántico nombre de «Alfredo».

¡3 ráh, por los poetas cuencanos! . . .

Y una salva de aplausos interrumpió la kilométrica improvisación, en medio de Vivas, Abajos y ajos . . .

Terminaron los improbables esfuerzos de un día.

Porque los rellenos, las QUEMAS, las talas y puentes provisionales, eran arrollados por las embestidas de ésa naturaleza indómita, con su fertilidad, sus rioladas, sus crecientes . . . y su fecundidad palpitante.

* * *

—Ahí viene: ese es el Juan— exclamaron a una la Trini y la Dulu, asomándose a la puerta de su tienda, y llamando a Felicia, que solía pedirles posada todos los miércoles, para la venta de sus TOQUILLAS.

Grupos de cholas, que vivían del sombrero,

pasaban echando pestes de los chorreños, que eran los compradores—sacha gringos . . .

—cuchis de gordos los chazos, . . .

—cañamazos, tagarotes . . . yo que iba a sacar la POSTURA que tengo empenada.

—y yó? mis zarcillos de gota y botón, donde el chullquero del Cptán Vizúete . . .

La venta del toquilla representaba la providencia para las necesidades: para la gallina del puerperio; para el específico, el arriendo: los dientes postizos, la Misa; un antojo y los fíos . . .

Jhon acercóse a las mucamas de la casona de su niñez, y ante el parecido de Rosaura con Felicia, extrañóse cuando la presentaron.

—Felicia ¿verdad?

Departieron instantes, y Jhon entregó su tarjeta a Felicia:

My dirección. Esperarle a mi cuarto ¿verdad?

—Tengo que contarle un mundo . . .

Y las tres vieron alejarse a Jhon, camino de la venta del toquilla.

—Así mismo rengó ha venido el longo. Te fijaste en esas pepas? ¿Dónde así se haría tan rico? Aura cualquier niña quisiera casarse con él. Y engolfáronse en recuerdos y murmuraciones.

Despidióse Felicia. Cuenca me bota —iba diciendo— Cuando vengan los gringos, pediré colocación, así fuera para morir. Al fin, Dios es grande y El verá por mi hijo. Y se fué por la tras calle, escondiendo bajo la manta el toquilla, que no se vendió . . .

—mamá, mamá, tengo hambre— decía el pequeño, tragándose una bocanada del frío viento de la tarde . . .

RUBIOS AD PORTAS

Con la gente rubia todo era cuestión de números. Operaciones en las Cancillerías, y cálculos en las esferas. Números aquí . . . y números allá, vino la concesión sobre los ríos amazónicos, a cambio de un Empréstito, con el que la Patria había de quedarse como nuevecita: por aire, mar y tierra.

—El Ecuador, país de empréstitos. Ahora el Oriente; mañana, Galápagos: Bello país, mi Crnl.; aquí me tiene.

—A tiempo paisa; lo llamé presentarse al término de la distancia, porque U. es mi hombre. Tenemos una gran combinación. Con motivo de ésta última minga, mi nombre ha pasado la frontera y es hora, hijito. Por fin, tú y el que habla, vamos a zafar de pobreza. La *American Gold* esperaba el Prospecto de un tal Jhon, porque tiene embarcados implementos, maquinarias y cuánto hay . . . Yo como Primera autoridad y tú, como Director de Oriente estando en pose-

sión de las Denuncias de nuestros Lavaderos, debemos negociarlas.

El Gbrno. hizo su gran COMBINACION; y espera por horas el empréstito.

El tal Jhon está en un lío judicial, y hablando con su abogado, que es mi compadre, hijito, se me ocurrió la idea más luminosa de mi perra vida. He dado instrucciones a mi compadre a que, cuán primo lo aleje a Jhon. Entonces, aquí, los dos seremos los UNICOS cecionarios de las Denuncias, que las negociaremos a precio de oro.

—Sí, mi Crnl. ¿y después?

—sencillamente, tú tendrás para ir a perfeccionarte en Minería y Colonización. Yo saldré a pasear mundo. Hijito, nunca es tarde para aprender. (robar es malo: pero la rebúca es permitida.) Así, nadie nos pedirá cuentas . . . «perdón y olvido», hijito—saltó de gusto.

Ese momento entraba en la Gobernación el Defensor de Ringri, para hablar reservadamente con Holguín.

Los empleados si no bostezaban o pascaban por los pasillos, escribían cartas de compromiso o versos de amor, en las «Remingtons» del bufete burocrático.

Holguín y su compadre salieron para tratar de un arduo problema, que pedía ser remojado con el abreboca.

Por las gradas, el sube y baja de aspirantes e impelentes, saludaba con dorsoflexiones a la primera Autoridad.

—Chulla!

—hijito!.

iba contestando el Crnl., mientras bajaba de su olimpo. . .

Pero, compadre, renunciar a la defensa de Jhon es un grave perjuicio: pierdo algunos miles: y el pájaro es gordo.

—atiéndeme, compadre: «quién no está conmigo, está contra mí»; conmigo, . . .

—buéno, compadre: pero, no se me olvide lo de la Diputación.

—éso queda de mi cuenta. Luégo, si estructuramos una Empresa, en que me ayudarás con tu voto, te mandaré a pasear Europa, cholitico.

—choque, compadre.

. * .

El Congreso había distribuido el posible empréstito: asignando medio millón para el famoso Camino, cuyo Ingeniero será el Paisita. . . y el por mil títulos ilustre Crl. Holguín, Superintendente y Revisor de Gastos.

«Nuestro oro iba a redimirnos»— editorializaban los rotativos . . .

Item más, confirióse el título de Dr. «honoris causa» al gran Mayor Ing. del Amazonas. . .

Decretóse que: de allí en adelante, la Carretera lleve el sonoro nombre de «carretera Holguín»; la parroquia advacente, también «Holguín», y la Escuela, «Holguín». Así se vá immortalizando a los patricios . . .

NAIDE ES PROFETA

El abogado de Jhon presentósele bruscamente:

—¡Los términos han expirado; y sobre Códigos y Leyes . . . conciencia y caridad de éstos *ostia buchis*, no le queda a U. sino un dilema. Un dilema ¿me comprende?: «la bolsa o la vida». . . ¿Tiene U. interés en quedarse aquí? A pagar cosa de sj 30.000 para no ir a la cárcel. . . Ah! no sabe U. el poder del dinero!

Imposible vivir entre fieras. Testigos le han condenado, . . . hasta las beatas . . .

—¡Oh Cuenca, tierra de pleitos . . . mí se vá, mí se vuelve. Yes. Sir, goodbay Cuencá. . .

No hubo tiempo para entrar al Oriente.

Qué informes, ni qué diablo!

—Schocking!!!

—Salga hoy mismo, y no vuelva más: es mi mejor alegato este consejo.

—Adiós!, Mr., ya sabe que yó quedo aquí, para

defenderle. Ud. no pagará, lo he dicho yó, y ¡claro! no pagará, carajo. . .

—Mi no deber *in Cuenca*.

—Ya sabe, Mr., hoy mismo, a media noche porque mañana, al cadalso, y U. mañana, ¿me comprende? Ya no estará en ésta jurisdicción, yo le defendería: pero . . . ahora mismo tiene U. que pagarme ésta planilla de gastos.

—How many? Y le firmó otro cheque Pues en el Banco dejara su depósito de emergencia.

—El futuro Presidente ya le he dicho que es mi amigo y me ha ofrecido la diputación. No sabe U. quién soy yó: y se golpeó fuertemente la aplanchada pechera. ¡Adiós, mr. gracias y cuente conmigo. . . Papeles bajo el brazo, bastón, etc. . .

Felicia entraba ése instante con su inseparable bebe.

—Juan, vengo a tus llamadas ¿en qué te sirvo? . . .

Soy la desgraciada Felicia y éste pequeñín es hijo de Vicente. . . Tú Vicente, el Vicente por quién tanto preguntas, ha muerto, según te informarías. . . Rosaura está de Religiosa en el Oriente. . .

Felicia refirióle a Juan toda la historia de los suyos en su ausencia:

—Ay, Juan, nadie es profeta en su tierra! Si alguien me dice este instante, vámonos! . . . Yá, le digo: vámonos, ya mismo. . . y enjugóse un torrente de lágrimas. . .

—Juan, sin contestar, arreglaba su equipaje.

No importa que se pierdan unos pocos sueros de su depósito. . .

Felicia, sin interrumpir la narración ayudaba graciosamente al arreglo de la maleta.

—Entonces, ¿nos vamos?

—Sí, nos vamos. Te serviré:—latía el corazón a Felicia tempestuosamente—«tú patria será mi patria».

—Y tu hijo, será mi hijo. . . replicó Jhon con sonrisa extranjera.

Resonaba en su imaginación la frase de aquella noche, oída en el tambo de Cajas: cuando huyó la primera vez. . .

—Ay, señor; naiden es profeta en su tierra! . . .

Y otra vez, allá se quedarían en la tierruca, los paisanos, las campanas. . . y los pleitos chicos. Le roía el despecho de su dinero salteado. de sus ilusiones perdidas. . . quizá de su amor. . .

Y el adiós que lloró hace treinta años al mirar las últimas colinas, perdiéndose por el camino de la Costa, volvió a sus labios de hombre.

Pues, no había encontrado a nadie, «y los suyos le condenaban». Y como despidiéndose de sí mismo, al salir de Cuenca, suspiró de alma adentro, un profundo:

Good by!

Las colinas del caro terruño; los campanarios y hasta los árboles de los últimos términos tutelares parecieron abrir una bíblica pupila en el horizonte, con la primera luz del alba, con la pregunta del génesis.

—¿Cáines qué habéis hecho con vuestro hermano?

* * *

Se aproximaba otra vez Carnaval.

El pífano del monte, el viejo pito de carnaval ululó en ese momento como curva emergida del fondo del valle.

Amapecía... clavóse agudamente el eco del pífano en los corazones... en el adiós...

* * *

Dentro del cupé y apuntando la bendición de un idilio de insospechadas compensaciones, iban por la carretera norte, en pos de otro cielo y nueva vida:

Jhon, Felicia y su niño.

—¡Papá y mamá—Sonreía angélicamente...

Las ruedas del auto en que iban rumbo a tierra adoptiva, perdiéndose vertiginosas por la carretera de salida de los lares, en el vuelo de las curvas, sombreadas de capulíes y retamas, parecían repetir maquinalmente:

—Good by, Mr. Morocho.

—Good by—¡Cuenca!

